



IDENTIDAD, NACIONALIDAD Y CIUDADANÍA:
EL DEBATE
SOBRE LA INMIGRACIÓN EN FRANCIA
(1974-2007)

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN RELACIONES INTERNACIONALES PRESENTA:

ALEXIA BAUTISTA AGUIRRE

DIRECTOR DE TESIS:
DR. FRANCISCO GIL VILLEGAS MONTIEL

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
MÉXICO, D.F., AGOSTO DE 2012

A mis padres, por su incondicional apoyo

A Ceci, por hacer todo más grato y divertido

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera sido posible sin la generosidad de El Colegio de México, institución que me brindó la oportunidad de estudiar en sus aulas, beneficiarme del conocimiento y consejo de mis profesores y cultivar invaluable amistad. Estaré por ello siempre agradecida.

Agradezco al Dr. Francisco Gil Villegas, quien me acompañó durante esta investigación, por su confianza y su disposición.

Agradezco a mi amigo y colega Carlos Peimbert por sus comentarios a esta tesis pero, sobre todo, por su sinceridad afable y firme a la vez.

Agradezco a mis compañeros de generación por hacer de estos años una experiencia de aprendizaje constante y, en especial, a aquellos que se han convertido en cómplices de innumerables historias y anécdotas: Francisco, Jimena, Tatiana y Triana.

Agradezco a Gonzalo Almeyda por leer una y otra vez este texto; por su apoyo en cada uno de mis proyectos; por su cariño y bondad infinitos.

Agradezco a mi hermana, Cecilia Bautista, por enseñarme las virtudes más nobles de la amistad.

Por último, agradezco a mis padres, Sergio y Delia, por ser mi principal soporte; por su amor y paciencia absolutos.

A todos, gracias.

ÍNDICE

Prefacio	7
Introducción	10
I. DE LA TRADICIÓN MIGRATORIA EN FRANCIA	15
LOS PRINCIPIOS DEL MODELO REPUBLICANO FRANCÉS	15
La inmigración y la construcción de la nación	15
Nacionalidad y ciudadanía	21
El modelo francés de integración	27
DE UNA NECESIDAD ECONÓMICA A UN FENÓMENO SOCIAL	32
Inmigración, trabajo y mercado	32
Los primeros intentos de control	35
El fin de la apertura	40
II. LOS AÑOS DE POLITIZACIÓN EXTREMA:	
LA DÉCADA DE LOS OCHENTA	47
El triunfo socialista	50
La “segunda generación”: nuevos actores y nuevas demandas	58
La identidad nacional en cuestión: el Frente Nacional entra en escena	63
La reforma del Código de la Nacionalidad: ¿hacia una nueva ciudadanía?	68

III. INMIGRACIÓN E INTEGRACIÓN	74
El mosaico francés a finales del siglo XX	74
La discusión sobre el velo islámico o el “affaire du foulard”	78
Integración e Islam: un nuevo objeto de debate político	88
La alternancia política y el endurecimiento de la política migratoria	95
IV. DE CHIRAC A SARKOZY: LA IDENTIDAD NACIONAL A DEBATE	D N
El terremoto político: el Frente Nacional y los comicios del 2002	104
La política migratoria de Nicolás Sarkozy, el ministro	112
Inmigración, desigualdad y discriminación: los suburbios en 2005	119
La campaña presidencial de 2007 y el mandato de Nicolás Sarkozy	127
Conclusión. LA INMIGRACIÓN Y LA REPÚBLICA FRANCESA	RAN
Bibliografía	146
Anexos	157

PREFACIO

Entre el 2010 y el 2011 tuve la oportunidad de realizar una estancia académica en París con el respaldo de El Colegio de México. Ahí nació mi interés por el fenómeno de la inmigración y su construcción como un asunto político. Durante mi estancia en Francia, este tema acaparaba buena parte del debate público francés, lo mismo en el terreno político que en el académico: entre noviembre de 2009 y febrero de 2010, por ejemplo, el presidente Nicolás Sarkozy impulsó un debate sobre la identidad nacional y el significado de ser francés. Tras meses de discusiones, se anunció una serie de propuestas encaminadas a reforzar la identidad nacional, que iban desde el canto de La Marsellesa en las escuelas públicas hasta el establecimiento de un contrato de deberes y obligaciones para los ciudadanos que adquirieran la nacionalidad francesa. Más tarde, en abril de 2011, el partido del presidente, la Unión por un Movimiento Popular (UMP), llevó a cabo una convención política centrada en el polémico tema del lugar del Islam en Francia. Aunque la inmigración no era propiamente el objeto de las discusiones, sí fue una de sus motivaciones principales.

A pesar de que la inmigración representa una oportunidad para aliviar algunas de las presiones demográficas y económicas de Francia —los trabajadores extranjeros constituyen una fuente de reemplazo indispensable que mitiga el descenso de la población económicamente activa y alivia la carga financiera que supone el envejecimiento—, existe una tendencia generalizada a concebirla como un problema que hay que resolver. En

contraste con lo que ocurre en países expulsores de migrantes, donde la inmigración suele ser entendida como un fenómeno social que debe administrarse, en Francia, como en otros países industrializados, el tema ha adquirido una connotación negativa y, con frecuencia, se le percibe como una fuente potencial de inestabilidad, no sólo por sus vínculos, presuntos o reales, con la ilegalidad, sino también por sus repercusiones sobre las formas de vida, las normas sociales y los valores culturales de los países receptores.

El caso francés es paradigmático de esta problemática pues la inmigración es una realidad social cotidiana –para corroborarlo basta visitar lugares como Seine-Saint Denis en las afueras de París o la célebre estación de tren Saint-Lazare donde cada madrugada cientos de inmigrantes llegan a trabajar a la capital desde la periferia– que ha adquirido una gran visibilidad en el debate público. A partir del último tercio del siglo XX y hasta el día de hoy, el fenómeno migratorio ha sido objeto de una politización creciente, materializada en innumerables discusiones entre izquierda y derecha sobre los criterios de acceso a la nacionalidad francesa, la pluralidad de la sociedad y su modelo de integración e, incluso, la identidad nacional. En esta tesis me propongo estudiar la construcción de la migración como asunto contencioso en la esfera pública y rastrear la forma en que se ha articulado el debate sobre el tema en Francia. El ejercicio es relevante porque las ideas que informan las diferentes posturas se traducen en acciones concretas, legislación y políticas migratorias, que afectan la vida de miles de personas.

Finalmente, quisiera apuntar que, aunque este trabajo parte de la identificación de una singularidad francesa, la investigación abre la puerta para análisis futuros sobre la forma de lidiar con el fenómeno migratorio, es decir, cómo se le define y presenta en la esfera pública, cómo las modificaciones en los flujos migratorios se ven reflejadas en estas definiciones y cómo éstas últimas se traducen en políticas públicas. Aunque sea de manera indirecta, el estudio es relevante desde una perspectiva mexicana, pues nuestro país es un importante expulsor de migrantes; cualquier intento por impulsar políticas migratorias comprehensivas con Estados Unidos, por ejemplo, exige estudiar y entender la forma en que el fenómeno se ha politizado y problematizado en las sociedades receptoras.

INTRODUCCIÓN

En uno de los últimos artículos que publicó, Carlos Fuentes enumeró los desafíos que el recién electo François Hollande tendrá que enfrentar como presidente de la República Francesa. Uno de los principales, decía Fuentes, será dialogar con la comunidad inmigrante, incluirla en la política social y revertir el proteccionismo sarkoziano y su discurso en contra de la inmigración.¹ El diagnóstico del escritor mexicano no podría ser más atinado pues, aunque históricamente Francia ha sido un polo de atracción de intensos flujos migratorios, en décadas recientes la llegada y asentamiento de extranjeros ha sido fuente de numerosos conflictos y tensiones en el terreno social, político y cultural, convirtiéndose así en uno de los temas más contenciosos del debate público francés.

El propósito de esta tesis es analizar, a la luz de las transformaciones políticas, económicas y sociales de las últimas décadas, la evolución del debate sobre la inmigración en Francia. El trabajo busca rastrear la manera en que se han configurado los términos de la discusión y cómo esto se ha traducido en acciones políticas concretas que afectan las oportunidades y perspectivas de la población, es decir, en la definición de la política migratoria. Partiendo de la premisa de que la comprensión del fenómeno migratorio ha estado condicionada por los referentes normativos impuestos por el modelo republicano francés, busco identificar 1] el momento y las causas por las que la inmigración se convirtió en un asunto problemático en

¹ “Viva el socialismo. Pero... (2)”, *Reforma*, México, D.F., 15 de mayo de 2012 (Opinión).

este país; 2] los términos en los que se ha articulado el debate sobre el tema; y, 3] las respuestas del Estado al fenómeno, así como la definición de la legislación y la política migratoria.

La aproximación metodológica es cualitativa: se trata de un estudio histórico, que identifica y analiza las transformaciones en el tratamiento público de la migración a la luz de los cambios registrados en la dinámica migratoria desde el último tercio del siglo XX. El periodo de estudio comprende desde 1974 hasta el 2007, año en que Nicolás Sarkozy llegó al poder. El decenio de los setenta es un buen punto de partida porque fue entonces cuando la inmigración se insertó en la agenda pública francesa. En estos años, el fenómeno dejó de ser visto únicamente en términos económicos y adquirió claras connotaciones políticas y sociales. La fecha de corte se explica porque la postura pública de Sarkozy frente al tema se definió antes de su llegada al Elíseo, es decir, durante su gestión como ministro del Interior. Sus posiciones al respecto se mantendrían a lo largo de su mandato como Presidente y durante la campaña electoral de este año.

Como se verá a lo largo de la tesis, no debe perderse de vista la influencia de las variables externas en la evolución y comprensión del fenómeno durante este largo y complejo periodo. En el origen del cambio en la política migratoria francesa hubo un shock sistémico: el embargo petrolero de la OPAEP y la crisis de 1973. Durante los años ochenta y noventa, el desarrollo de la Unión Europea contribuyó a alimentar las preocupaciones sobre una inmigración creciente, por ejemplo, con la firma de los Acuerdos Schengen, en 1985, y su entrada en vigor diez años después. Al inicio del siglo XXI, los atentados terroristas del 11 de

septiembre de 2001 modificaron drásticamente la ecuación, al reforzar la identificación entre migración y seguridad.

El trabajo está organizado de forma cronológica y se divide en cuatro capítulos. Dedico el primero de ellos a exponer algunos de los elementos más relevantes de la tradición republicana francesa y a rastrear los orígenes del problema. En la primera parte de este capítulo, identifico algunos conceptos y definiciones que serán fundamentales para entender el desarrollo de las discusiones sobre el tema, como la construcción de la narrativa nacional republicana, el principio de la igualdad o la idea de la *laïcité*. El compendio republicano es muy relevante pues contribuirá a definir los criterios de acceso a la nacionalidad y la ciudadanía, así como los parámetros del modelo de integración francés. Estos elementos serán retomados con frecuencia en las discusiones, aunque con diferentes acentos e interpretaciones. En la segunda parte de este capítulo, presento un análisis sobre la inmigración antes y después de 1974, año que marca un punto de inflexión en la comprensión del fenómeno.

En los capítulos posteriores, busco profundizar sobre las principales transformaciones en la dinámica de los flujos migratorios e identificar sus implicaciones tanto en el desarrollo del debate público sobre el tema, como en la definición y adopción de políticas específicas. El segundo capítulo se concentra en el decenio de los ochenta, periodo caracterizado por numerosos e intensos cambios en el terreno político, que van desde la victoria de los socialistas en la elección presidencial de 1981 hasta el nacimiento de las primeras asociaciones de inmigrantes y la aparición en escena del Frente Nacional. Sostengo que en esta década la inmigración se

convirtió en un asunto prioritario en la agenda política francesa, hecho que se materializó en discusiones académicas y parlamentarias sobre el tema, una gran cantidad de leyes al respecto y una iniciativa de reforma al Código de la Nacionalidad.

En el tercer capítulo evalúo la situación de la inmigración en Francia durante los años noventa. Esta época se distinguió porque el debate se alejó del tema de la nacionalidad para trasladarse al terreno de la integración. La introducción de esta nueva agenda respondió a circunstancias específicas como la polémica desatada en 1989 por el uso del velo islámico, mejor conocida como *affaire du foulard*. Este hecho contribuyó a que el Islam adquiriera mayor visibilidad en el espacio público, al tiempo que hizo de la integración de los inmigrantes de origen musulmán una de las prioridades de la política migratoria francesa. Este cambio fundamental se tradujo en la adopción de una postura crecientemente restrictiva y sus implicaciones siguen vigentes en la actualidad.

Finalmente, el cuarto capítulo rastrea la evolución del tema en los primeros años del siglo XXI. Me concentro en el sorpresivo resultado de las elecciones del 2002, primero, y en la gestión de Nicolás Sarkozy como ministro del Interior y en su campaña presidencial del año 2007, después. Sostengo que en lo que va de este siglo, la política migratoria francesa ha adoptado una tendencia muy restrictiva debido al fortalecimiento de la derecha y la extrema derecha en el país y a la cristalización de preocupaciones sobre las consecuencias perversas de una inmigración excesiva. Estas inquietudes fueron capitalizadas por Sarkozy quien pasó de

defender la idea de una inmigración selectiva, al establecimiento de un vínculo entre inmigración e identidad nacional, durante su campaña a la presidencia. Concluyo con una breve recapitulación y una reflexión sobre la inmigración y la República francesa.

CAPÍTULO I

DE LA TRADICIÓN MIGRATORIA EN FRANCIA

LOS PRINCIPIOS DEL MODELO REPUBLICANO FRANCÉS

La inmigración y la construcción de la nación

En las primeras páginas de su libro sobre la sociología de la nación, Dominique Schnapper sostiene que Francia es un país de inmigración sin saberlo.¹ Con esta afirmación, la hija de Raymond Aron alude a la existencia de una ideología nacional unitaria que, hasta hace algunas décadas, ignoró a la inmigración y el papel que desempeñó en la construcción y el desarrollo de la sociedad francesa. A pesar de contar con una larga historia migratoria, Francia no es un país tradicional de inmigración a la manera de Estados Unidos, Canadá o Argentina. A diferencia de lo que ocurrió en estos países, el elemento migratorio estuvo ausente de la narrativa nacional: éste no formó parte de un mito fundacional de la nación ni de la identidad francesa y tampoco ocupó un lugar privilegiado en su memoria histórica.² Según Andrea Rea y Maryse Triper, durante mucho tiempo sólo se identificó a algunos inmigrantes célebres –intelectuales y artistas–, no se estableció un

¹ *La France de l'intégration. Sociologie de la nation en 1990*, París, Gallimard, 1991, p. 13.

² James Hollifield, "France: Republicanism and the Limits of Immigration Control" en Wayne A. Cornelius, Philip L. Martin *et al.*, *Controlling Immigration. A Global Perspective*, Stanford, University Press, 2004, p. 184.

vínculo entre la inmigración y la experiencia colonial y las estadísticas sobre la población inmigrante en Francia fueron escasas.³

Esta omisión fue muy notoria en el terreno de la producción académica. Hasta el último tercio del siglo XX, no había más de par de análisis serios sobre el tema⁴ y, en general, el estudio de la inmigración se dejó en manos de economistas y demógrafos, pues se consideró un fenómeno pasajero, que respondía a las necesidades del mercado de trabajo. A partir de los años setenta, la inmigración comenzó a adquirir importancia en la agenda de investigación de disciplinas como la sociología y la historia. Este interés en el tema coincidió con la adopción de las primeras medidas gubernamentales para lograr el control de los flujos migratorios y con el establecimiento permanente en territorio francés de numerosos trabajadores inmigrantes y sus familias. Para Maxim Silverman, el cambio de una perspectiva económica a otra social y cultural en el estudio de la inmigración fue consecuencia de la transformación de los inmigrantes en actores políticos y el tránsito de una inmigración temporal a otra permanente (*une immigration sédentarisée*).⁵

La ausencia del elemento migratorio en la narrativa nacional y las discusiones académicas se explica también por el proceso de construcción de la nación francesa, que comenzó con la Revolución de 1789. La República se definió en oposición al Antiguo Régimen como una unidad

³ *Sociologie de l'immigration*, París, La Découverte, 2008, (*Repères*, 364), p. 18.

⁴ Georges Mauco, *Les étrangers en France*, París, Armand Colin, 1932 y Alain Girard y Jean Stoetzel, *Français et immigrés*, París, Presses Universitaires de France, 1953.

⁵ *Deconstructing the Nation. Immigration, Racism and Citizenship in Modern France*, Londres, Routledge, 1992, p. 11. Todas las traducciones son propias.

indivisible, fundada en los principios “universales” de libertad, entendida como la autodeterminación y el ejercicio de la autonomía individual; igualdad, que garantizó los mismos derechos a todos los ciudadanos sin distinción de origen, raza o religión; y fraternidad. La igualdad republicana fue un concepto central en el imaginario de la nación, porque ignoró toda filiación política, social o cultural específica. Esta característica fue muy relevante en la comprensión francesa de la inmigración, pues significó la disolución de cualquier particularismo.

La idea de una nación única e indivisible y el ideario jacobino de la Revolución se consolidaron durante los años de la Tercera República (1870-1940), cuyo desarrollo se distinguió por los constantes esfuerzos de las autoridades para lograr la unificación nacional. Como ejemplo, basta recordar que en este periodo se estableció el uso obligatorio del francés en un intento por eliminar lenguas regionales como el bretón, el vasco y el corso. Según Eugen Weber, la imposición del francés como idioma oficial fue una medida necesaria en la evolución natural de la nación.⁶ Otro cambio importante de esta época fue la consolidación del principio del laicismo o *laïcité*, mediante la doble separación entre la iglesia y la escuela pública, en 1880, y entre la iglesia y el Estado, con la ley del 9 de diciembre de 1905.⁷ La llamada *laïcité* constituyó un elemento distintivo de la identidad francesa. Existe un consenso en la literatura sobre la relevancia, simbólica y práctica, de este concepto pues no sólo garantizó la independencia y neutralidad de la

⁶ *Peasants into Frenchman: The Modernization of Rural France (1870-1914)*, Stanford, University Press, 1976, pp. 95-99.

⁷ Para una explicación más amplia sobre esta doble separación véase Jean Baubérot, *La Laïcité. Quel héritage de 1789 à nos jours?*, Ginebra, Labor et Fides, 1990, capítulos 4 y 5.

esfera política, también terminó con más de un siglo de conflictos entre la institución eclesiástica y el Estado.⁸ Para Jean Baudouin y Philippe Portier, el significado de la *laïcité* francesa se articula alrededor de tres elementos indisociables, a saber, la autonomía de lo político, la privatización de la religión, y la preeminencia del Estado. Según los autores, una de las funciones rectoras del Estado fue garantizar la unidad de la nación, superando identidades específicas –regionales, étnicas o confesionales– y limitando su expresión a la esfera privada.⁹

Finalmente, durante la Tercera República se afianzó la idea de que la nación es una asociación voluntaria entre ciudadanos libres e iguales. Las reflexiones de Ernest Renan desempeñaron un papel muy relevante en este sentido. En una célebre conferencia dictada en la Sorbona en mayo de

⁸ La disociación entre religión y política adoptó un carácter muy conflictivo en Francia dada la simbiosis histórica entre la institución católica y la monarquía absoluta. Antes de la Revolución de 1789, el catolicismo estaba presente en toda la sociedad francesa: legitimaba las instituciones políticas, regía la vida colectiva y controlaba los registros notariales y las instituciones docentes, médicas y sociales. La *laïcisation* del sistema político comenzó desde la caída del Antiguo Régimen, pero el proceso no culminó sino hasta 1905. Actualmente, este principio se encuentra materializado en la definición misma de la República: la primera frase de la Constitución establece que Francia es una República indivisible, *laica*, democrática y social. Para una buena síntesis sobre la historia del laicismo en Francia, véase el texto de D. Hervieu-Léger, “El pasado en el presente: una nueva definición de la ‘laïcité’ en la Francia multicultural”, en Peter L. Berger (ed.), *Los límites de la cohesión social: conflicto y mediación en las sociedades pluralistas*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1999, pp. 80-87.

⁹ “La *laïcité* française. Approche d’une métamorphose” en *La laïcité, une valeur d’aujourd’hui? Contestations et renégociations du modèle français*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001, pp. 16-22.

1882, Renan sostuvo una visión voluntarista y contractual de la nación, basada en la idea de un pasado compartido. La nación, decía Renan:

Es una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se ha hecho y de aquellos que aún se está dispuesto hacer. Supone un pasado, pero se resume en el presente por un hecho tangible: el deseo claramente expresado de continuar la vida común. La nación es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de la vida.¹⁰

Esta tesis significó que el concepto de nación en Francia fuera esencialmente político; su existencia descansó en el consentimiento de sus miembros.

Las ideas de Renan pueden leerse como una respuesta a los discursos que Johann Gottlieb Fichte dirigió a la “nación alemana” en 1808, cuando se encontraba ocupada por el ejército napoleónico. En ellos, Fichte determinó los límites de la comunidad nacional según criterios étnicos y culturales como la raza y la lengua. La nación francesa se definió en oposición al *Volk* alemán como una entidad abierta, cuya existencia descansó en la voluntad de sus ciudadanos. Para Dominique Schnapper la flexibilidad de la concepción francesa de la nación se explica, además, porque se desprendió de los principios universalistas de la Revolución: desde 1789, Francia se pensó a sí misma como una nación aparte, ejemplar, fuera de lo común, *in nuce*, universal. En consecuencia, la pertenencia a la nación permaneció abierta a cualquier persona dispuesta a compartir el ideario

¹⁰ *Qu'est-ce qu'une nation? Et autres essais politiques*, Joël Roman (ed.), París, Pocket, 1992, p. 55.

revolucionario.¹¹ Los argumentos de Renan también estuvieron relacionados con el recuerdo de dos acontecimientos que marcaron el nacimiento de la Tercera República: la derrota de Francia frente al ejército prusiano en la Batalla de Sedán y la pérdida de Alsacia y Lorena.¹² La anexión de Alsacia al imperio alemán fue motivo de reflexión en ambos lados del Rin: Theodor Mommsen justificó su incorporación según criterios lingüísticos y étnicos, pues consideraba que por su lengua, civilización y tradiciones Alsacia era germánica. Por su parte, el historiador francés, Fustel de Coulanges, dirigió una carta abierta en respuesta a Mommsen en la que afirmaba que no era la lengua ni la raza lo que constituía la nacionalidad. Alsacia, decía, “es una provincia francesa por el corazón y el espíritu, de acuerdo con las voluntades, las ideas y los afectos”.¹³ Este debate evoca la oposición tradicional entre dos modelos nacionales distintos —el alemán y el francés— representados por Fichte y Renan, respectivamente. Mientras el razonamiento de Mommsen descansó en las ideas antes esbozadas por Fichte, De Coulanges introdujo el elemento de la voluntad que, doce años más tarde, sería retomado por Renan.

¹¹ *Op. cit.*, p. 65.

¹² Para un análisis detallado sobre la guerra franco-prusiana y los significados de la derrota para Francia, véase Alistair Horne, *The Fall of Paris. The Siege and the Commune 1870-1871*, Londres, Penguin, 1990.

¹³ *L'Alsace est-elle allemande ou française? Réponse a M. Mommsen, professeur à Berlin*, París, 27 de octubre de 1870. Documento disponible en: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5442701h>

Nacionalidad y ciudadanía

La antinomia entre estas dos concepciones de nación se ha convertido en lugar común en las discusiones a propósito de la inmigración y los procesos de incorporación de los inmigrantes. Rogers Brubaker enfatiza la importancia de estas ideas que, a su juicio, han contribuido a moldear formas de pensamiento, prácticas sociales y disposiciones jurídicas y, en particular, han delimitado los criterios de membresía a la comunidad política, materializados en el derecho a la nacionalidad y el acceso a la ciudadanía.¹⁴ Una definición mínima de estos conceptos sostiene que la nacionalidad es el lazo jurídico entre un individuo y el Estado, mientras que la ciudadanía otorga ciertos derechos y obligaciones a los miembros de una colectividad. Varios autores sugieren que estas ideas han estado estrechamente vinculadas en la historia francesa.¹⁵ La ciudadanía suele plantearse en términos de nacionalidad, es decir, integrarse a la comunidad nacional otorga el pleno derecho (por lo menos idealmente) a la participación política. No sorprende entonces la tesis de Sophie Duchense sobre la equivalencia entre ambos términos: “ser ciudadano es ser francés” (*être citoyen, c’est être français*).¹⁶

¹⁴ “Immigration, Citizenship, and the Nation-State in France and Germany: A Comparative Historical Analysis”, Anthony M. Messina y Gallya Lahav, *The Migration Reader. Exploring Politics and Policies*, Londres, Lynne Rienner Publishers, 2006, p. 413.

¹⁵ Andrew Geddes, “France: Still the One and Indivisible Republic?”, *The Politics of Migration and Immigration in Europe*, Londres, Sage, 2003, p. 52. Véase también, Miriam Feldblum, *Reconstructing Citizenship. The Politics of Nationality Reform and Immigration in Contemporary France*, Nueva York, State University of New York Press, 1999, p. 1.

¹⁶ En su libro *Citoyenneté à la française*, París, Presses de Sciences Po, 1997, Duchesne presenta los resultados de un estudio empírico sobre el concepto de ciudadanía. Uno de sus

No obstante, lo que significa ser francés no ha sido tan evidente históricamente. Las leyes que definen la nacionalidad francesa fueron moldeadas y reformuladas por la Revolución, la formación del Estado republicano y la experiencia colonial, así como por presiones demográficas, necesidades económicas y exigencias militares específicas. Según Patrick Weil:

Francia se distingue de otros países porque durante todo el tiempo que lleva tratando de delimitar quién es “francés” ha experimentado con casi todas las formas posibles para atribuir y retirar la nacionalidad. Desde 1789, Francia ha modificado su legislación más frecuentemente y de manera más significativa que cualquier otra nación democrática. Además, las leyes de nacionalidad han sido motivo de confrontaciones políticas y legales continuas.¹⁷

El primer intento por definir a las personas que podían ser consideradas francesas ocurrió durante la Revolución. En ese entonces no existía la palabra nacionalidad y el término que se utilizó fue el de “calidad de francés” (*qualité de Français*). La distinción entre nacionales y extranjeros no era clara en estos momentos. No se podía ser ciudadano sin ser francés, por lo que en un periodo de cuatro años —entre 1790 y 1794— se naturalizó a todas las personas que vivían en Francia. Con el inicio del siglo XIX,

hallazgos al preguntar a individuos franceses sobre el significado de la ciudadanía es que la mayoría encontró una correspondencia entre la palabra “ciudadano” y “francés”, o bien recurrieron a la expresión “ciudadano francés”.

¹⁷ *Qu’est-ce qu’un Français? Histoire de la nationalité française depuis la Révolution*, París, Gallimard, 2005, pp. 14-15.

apareció el concepto de nacionalidad y éste adquirió una connotación esencialmente legal: definió el vínculo jurídico que unía al Estado con su población.¹⁸ La primera ley moderna que reguló el acceso a la nacionalidad entró en vigor con el Código Napoleónico de 1804, que instauró el *ius sanguinis* o derecho de sangre como criterio de atribución de la nacionalidad francesa. Esta nueva legislación rompió con las prácticas del Antiguo Régimen, que hacían del nacimiento y la residencia en territorio francés — está última era considerada una muestra de lealtad al soberano— el criterio principal de adquisición de la nacionalidad. Desde entonces, la nacionalidad se convirtió en un derecho individual transmitido por los padres al momento del nacimiento y ya no exigía radicar dentro del país.

Para finales del siglo XIX, Francia se había transformado en un país de inmigración —el primero en Europa. El Código Civil de 1804 obstaculizó el acceso de los extranjeros a la nacionalidad pues, además del *ius sanguinis*, estableció condiciones muy estrictas de naturalización como un periodo de espera de diez años y la revisión y aprobación de cada solicitud por parte del Consejo de Estado. Por el contrario, era relativamente sencillo obtener un permiso de residencia, que ofrecía la ventaja de exentar a los hombres de las obligaciones de la conscripción; en consecuencia, la mayoría de los

¹⁸ En un estudio que rastrea el uso del término nacionalidad a lo largo del siglo XIX, Gérard Noiriel sostiene que la nacionalidad no sólo tuvo un carácter legal, también es posible reconocer una dimensión subjetiva en su significado, que denota el sentimiento de pertenencia a una comunidad determinada con la que se comparten rasgos culturales o valores específicos. “Socio-histoire d’un concept. Les usages du mot nationalité au XIXe siècle”, *Genèses*, 20 (1995), pp. 4-23.

inmigrantes se inclinaron por esta alternativa. Esta situación condujo a una serie de discusiones para modificar la legislación y reintroducir el derecho de suelo (*ius soli*); hubo distintas propuestas de enmienda entre 1831 y 1874. El debate reparó en consideraciones militares, sobre todo después de la derrota de 1870, y demográficas, ya que la necesidad de contar con mano de obra extranjera era cada vez mayor. Patrick Weil ha identificado tres argumentos esgrimidos en favor del *ius soli*: el primero de ellos se refería a la igualdad en las responsabilidades cívicas, es decir, la equidad en el cumplimiento del servicio militar. El segundo involucraba la seguridad del Estado: desde que el Código Civil entró en vigor, la población inmigrante en Francia había aumentado significativamente¹⁹ y los legisladores se preguntaban qué ocurriría en unos años si no se tomaban las medidas necesarias para regularizar esta situación. El tercer argumento sostenía que los extranjeros nacidos y educados en suelo francés se habían convertido en franceses de hecho, por efecto de su socialización.²⁰

Finalmente, en 1889 se reestableció el *ius soli* como principio de acceso a la nacionalidad francesa. La nueva ley otorgó la nacionalidad a todas las personas nacidas en territorio francés, si al menos uno de sus padres había nacido también en Francia (lo que se conoce como doble derecho de suelo); de otra manera, se convertirían en franceses al alcanzar la mayoría de edad. Los extranjeros que no hubieran nacido en Francia

¹⁹ En el transcurso de 30 años, la población de origen extranjero en Francia se triplicó: pasó de representar menos del 1% de la población total en 1851 al 3.05% en 1886. Patrick Weil, “L’Histoire de la Nationalité Française: Une Leçon pour l’Europe”, P. Weil y Randall Hansen, *Nationalité et Citoyenneté en Europe*, París, La Découverte, 1999, p. 59.

²⁰ *Op. cit.*, pp. 78-84.

podrían continuar solicitando su naturalización después de haber residido en el país por un cierto número de años.²¹ Para Patrick Weil, lo novedoso de esta legislación radicó en lo que llama el “uso republicano del derecho de suelo”.²² La residencia como criterio de atribución de la nacionalidad fue muy importante durante el Antiguo Régimen: entonces, cuando un extranjero quería obtener la nacionalidad francesa, las autoridades solicitaban que estableciera su domicilio, presente y futuro, dentro del reino como una muestra de fidelidad al rey. En contraste, con la instauración de la República, la residencia se asoció con el pasado. El vínculo con la nación fue resultado de la educación en la sociedad francesa y la residencia en el país, su garantía. Se pensó que el medio en el que viviera y se desarrollara una persona ejercería influencia sobre ella; así, un niño de padres extranjeros que hubiera nacido y crecido en Francia absorbería progresivamente las ideas y valores republicanos. De esta manera, se estableció una correlación entre socialización y nacionalidad que otorgó su especificidad a la legislación francesa. A diferencia del paradigma alemán, “el derecho republicano basó la nacionalidad en la socialización más que en cualquier criterio cultural o étnico”.²³

²¹ Actualmente, una persona de padres extranjeros nacido en Francia puede optar por la nacionalidad francesa a los 18 años si ha residido en el país al menos 5 años (después de los 11 años de edad); a los 16 años, si la persona la pide en los tribunales; o, por petición de los padres, si el hijo de 13 años reside en Francia desde la edad de 8 años. Antes de obtener la nacionalidad estos niños poseen un título llamado “identidad republicana”.

²² *Op. cit.*, p. 61.

²³ *Loc. cit.*

Este modelo nacional no estuvo exento de contradicciones y excepciones. Durante la experiencia colonial, por ejemplo, el derecho a la nacionalidad estuvo restringido a unos cuantos. En Argelia, la población indígena estuvo dividida en judíos y musulmanes y se rigió por un estatuto civil particular. Los argelinos eran considerados súbditos franceses (pero no ciudadanos) y no existió ningún procedimiento que les permitiera obtener la nacionalidad. Sólo en casos excepcionales algunos judíos y musulmanes de Argelia pudieron naturalizarse. Esta situación cambió en 1865, con un decreto senatorial (*senatus consultum*) que estableció que cualquier argelino podría acceder a la nacionalidad si aceptaba regirse por las leyes civiles de Francia —lo que implicaba que los musulmanes debían renunciar a la *shari'ah*. Cinco años más tarde se naturalizó a los judíos de Argelia, pero no sucedió lo mismo con los musulmanes. Sólo con la reintroducción del *ius soli* a la legislación en 1889, el derecho de la nacionalidad se extendió a la población musulmana, sin embargo, permaneció vacía de contenido —al menos hasta mediados del siglo XX²⁴—, pues los colonos “franceses” no gozaron de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos. Para disfrutar de una ciudadanía plena, los musulmanes, que legalmente eran franceses, debían solicitar su naturalización y cumplir con un procedimiento muy largo y complicado, que exigía, entre otras cosas, un certificado de buenas costumbres y una declaración personal sobre el abandono de la ley

²⁴ Los musulmanes argelinos obtuvieron la nacionalidad plena en septiembre de 1947. Con esto se legalizó su libre acceso a la metrópoli, después de más de un siglo de colonización.

islámica. Zouhir Boushaba ha calificado este proceso como una auténtica “desnaturalización de la noción de nacionalidad”.²⁵

La relevancia de la definición de los criterios de atribución de la nacionalidad y la ciudadanía radica en que éstos contribuyeron a fijar los límites de la comunidad nacional, estableciendo una separación jurídica y simbólica entre franceses y extranjeros. En el preámbulo a un estudio sobre las nuevas fronteras de la sociedad francesa, Didier Fassin distingue dos líneas divisorias que han marcado la historia de Francia: la primera se refiere a las fronteras externas, es decir, los límites territoriales del país, definidos por criterios geográficos y traducidos en la separación legal entre nacional y extranjero. Por otra parte, existen fronteras internas, que distinguen a los individuos dentro del espacio social y político en función de su color de piel, su origen y religión. Así, por ejemplo, los musulmanes de Argelia fueron los residentes extranjeros más rechazados, lo que explica que su ingreso a la comunidad nacional solo ocurriera a cuentagotas. Para Fassin, estos dos tipos de fronteras, externas e internas, han moldeado la construcción de la alteridad, es decir, la imagen del otro, del inmigrante, del forastero.²⁶

El modelo francés de integración

Los principios que forjaron el imaginario nacional también tuvieron una gran influencia en la definición del modelo de integración de la población inmigrante. Éste último se basó en la idea de asimilación, es decir, el

²⁵ *Être Algérien hier, aujourd'hui et demain*, Alger, Éditions Mimouni, 1992, p. 45.

²⁶ *Les nouvelles frontières de la société française*, París, La Découverte, 2010, pp. 5-23.

proceso por el cual los inmigrantes o extranjeros se transformaban en ciudadanos franceses mediante la adopción de la lengua y cultura nacionales, y la participación en las instituciones republicanas, en especial la escuela pública y el ejército, ambos pilares en el proceso de socialización. De esta manera, los inmigrantes italianos, belgas y polacos que llegaron a Francia al inicio del siglo XX se convirtieron en franceses, tal y como lo hicieron los campesinos en los primeros años de la Tercera República. No sorprende que distintos autores se refieran a este cambio con la frase “del inmigrante al ciudadano” (*de l’immigré au citoyen*), en paralelo con la expresión “de campesinos a franceses” (*peasants into frenchmen*), utilizada por el historiador Eugen Weber en su estudio a propósito de la politización del campo francés.²⁷

Para pertenecer a la nación era necesario ser o convertirse en francés, pero ¿qué conformaba la identidad francesa? Patrick Weil ha identificado cuatro elementos constitutivos de la identidad nacional de Francia:

En primer lugar se encuentra el principio de igualdad que, en un primer momento, permitió la identificación entre los habitantes de todas las provincias del Reino. Transformada y fortalecida durante la Revolución, la igualdad formó parte esencial del Código Civil, que constituye el fundamento

²⁷ En su libro *Peasants into Frenchman: the modernization of rural France (1870-1914)*, E. Weber sostiene que a los cambios introducidos por el proceso de modernización, en particular la expansión de las comunicaciones, el servicio militar y la educación, contribuyeron a la transformación de los campesinos en franceses. El texto se ha traducido al francés de manera poética, pero inexacta como “*La fin des terroirs*”. *La modernisation de la France rurale 1870-1914*.

material de Francia hasta nuestros días. Luego está la lengua francesa, la cual sirvió como instrumento de unificación cultural, primero del reino y luego de la República. Esta herramienta de emancipación y debate ocupa un lugar en el corazón de la República. Sigue el recuerdo de la Revolución de 1789, acontecimiento fundacional en la historia del país y referencia obligada para el resto del mundo. Finalmente, se encuentra la *laïcité*, que descansa, desde 1905, en la libertad de conciencia, la separación entre la iglesia y el Estado y el libre ejercicio de cualquier culto.²⁸

El modelo de asimilación “a la francesa” implicó que los inmigrantes debían estar sujetos a un proceso de aculturación para interiorizar esta visión de la República. Según Dominique Schnapper, la identidad nacional no era un hecho biológico, sino político y social: una persona se convertía en francés mediante la práctica del idioma, el aprendizaje de la cultura y la voluntad de participar en la vida política y económica del país.²⁹

La escuela, institución de socialización por excelencia, desempeñó un papel clave en la transmisión de estas ideas. Al ser un lugar de instrucción y conocimiento, se encargó de desarrollar al individuo y al ciudadano, educándolo en los principios y valores republicanos. Así, durante el último tercio del siglo XIX, los maestros de escuela, esos “húsares negros de la República”, según la expresión del escritor Charles

²⁸ *Être français. Les quatre piliers de la nationalité*, París, L'Aube, 2011, p. 4.

²⁹ *L'Europe des immigrés: essai sur les politiques d'immigration*, París, Bourin, 1992, p. 63.

Péguy,³⁰ contribuyeron con la importante labor de lograr la unidad política y cultural de Francia. La escuela pública fue una herramienta muy útil para el modelo de asimilación francés, porque fue el vehículo para motivar y consolidar el afrancesamiento de los inmigrantes y de sus hijos. Este proceso era considerado como una necesidad y una garantía del mantenimiento de la cohesión social. Según la socióloga Danièle Hervieu-Léger, aunque la unificación institucional y legal de la nación concluyó hace más de un siglo, la escuela conserva todavía un lugar central en Francia por su capacidad para generar valores comunes y consenso político.³¹

El modelo republicano de integración descansa, además, en la separación entre la esfera pública y la privada y en la primacía de los derechos individuales sobre los colectivos. La República francesa hace a todos sus ciudadanos iguales ante la ley, trascendiendo cualquier identidad o filiación particular, cuya expresión debe restringirse al ámbito privado. Un reporte oficial presentado por el Alto Consejo para la Integración (*Haut Conseil à l'Intégration*), resume muy bien esta posición cuando afirma que “el modelo francés se basa en la indistinción entre los individuos. Toda persona tiene un valor intrínseco e independiente de la comunidad a la pertenece”.³²

³⁰ La expresión “húsar negro” hace referencia al vestido negro que utilizaban los estudiantes y futuros docentes formados en las Escuelas Normales. “Nuestros maestros –decía Péguy– eran bellos como húsares negros. Esbeltos, severos, serios y ligeramente temerosos de su precoz y súbita omnipotencia”. Posteriormente, la expresión del escritor sería utilizada con frecuencia para referirse al profesorado. Hervé Terral, *L'école de la République. Une anthologie (1878-1940)*, París, EHESS, 1999, p. 207.

³¹ Art. cit. p. 92.

³² Haut Conseil à l'Intégration, *Liens Culturels et Intégration*, París, La Documentation Française, 1995, p.19.

Esta característica desempeñó un papel muy relevante en las discusiones posteriores sobre la inmigración.

Algunos autores sostienen que el modelo de integración francés puede evaluarse en función de tres criterios: la concepción del trabajador inmigrante, las condiciones de acceso a la nacionalidad y su postura frente a los derechos las minorías.³³ Hasta la segunda mitad del siglo XX, la representación dominante del inmigrante en Francia fue la misma que en el resto de Europa, a saber, la del trabajador temporal (el *gastarbeiter* alemán)³⁴; como tal, su integración no era considerada una prioridad. Adrian Favell sostiene que, por mucho tiempo, la lógica dominante del Estado en relación con los inmigrantes estuvo centrada en su inserción socioeconómica, más que en su integración a la comunidad nacional.³⁵ En lo que se refiere al derecho a la nacionalidad, Francia suele ser vista como un ejemplo de apertura, ya que su legislación establece el derecho de suelo como criterio de atribución de la nacionalidad y, por lo tanto, permite que los hijos de inmigrantes nacidos en territorio francés se conviertan en nacionales. Suele contrastarse el modelo francés con el alemán, considerado su antítesis porque se basa en el *ius sanguinis*. Finalmente, Francia no ha diseñado ni implementado políticas públicas de atención a las minorías, como la discriminación positiva. Su modelo está fundamentado en el

³³ Andrea Rea y Maryse Triper, *op. cit.*, p.89.

³⁴ Se conoce con el nombre de *gastarbeiter* a los trabajadores temporales que llegaron a la República Federal Alemana durante los años sesenta y setenta del siglo XX y que contribuyeron a la reconstrucción del país.

³⁵ *Philosophies of Integration. Immigration and the Idea of Citizenship in France and Britain*, Nueva York, Palgrave, 2001, pp. 46-47.

principio de igualdad y laicismo; en consecuencia, no reconoce comunidades o grupos específicos, sino individuos. En palabras de Michèle Tribalat, “el modelo de integración francés es laico e igualitario y se basa en la autonomía del individuo en su relación con el Estado. El desarrollo de cuerpos intermedios fundados sobre criterios comunitarios le es antagónico”.³⁶

DE UNA NECESIDAD ECONÓMICA A UN FENÓMENO SOCIAL

Inmigración, trabajo y mercado

Francia comenzó a importar mano de obra extranjera para satisfacer las demandas impuestas por el proceso de industrialización y contrarrestar los efectos de su lento crecimiento poblacional a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Desde el punto de vista demográfico, el caso francés fue único en Europa, pues el descenso de la tasa de natalidad empezó un siglo antes que en el resto del continente; en consecuencia, entre 1850 y 1940, Francia recibió más trabajadores extranjeros que cualquier otro país europeo.³⁷ Debido a esta delicada situación demográfica, Francia mantuvo una política relativamente abierta frente a la inmigración, la cual se volvió masiva en la década de 1880, con la llegada de miles de personas provenientes de países vecinos como Bélgica, Alemania e Italia (*l'immigration du voisinage*).

La inmigración estuvo estrechamente relacionada con las necesidades y exigencias de la economía, sobre todo en tiempos de carestía,

³⁶ *De l'immigration à l'assimilation. Enquête sur les populations d'origine étrangère en France*, París, La Découverte, 1996, p. 254.

³⁷ Patrick Weil, *La France et ses étrangers. L'aventure d'une politique d'immigration de 1938 à nos jours*, París, Gallimard, 2005, p.32.

como ocurrió en el periodo de entreguerras. De la misma manera, cuando hubo recesión económica y desempleo, el gobierno procuró endurecer el control de los flujos migratorios. Después de la Gran Depresión, por ejemplo, los sentimientos y manifestaciones de xenofobia aumentaron, al tiempo que la derecha francesa presionaba al Parlamento para crear leyes que protegieran la mano de obra nacional.³⁸ En un discurso pronunciado en la Asamblea en 1933, el diputado de extrema derecha, Louis Fourès, afirmaba que había 330,000 parados en el país y más de un millón de asalariados extranjeros; en una situación como esa, decía Fourès, era fácil darse cuenta de que “si los inmigrantes regresaran a sus países de origen, el problema del desempleo estaría resuelto.”³⁹

Los flujos migratorios más significativos para Francia en el siglo XX ocurrieron después de las dos guerras mundiales. Con el fin de ambos conflictos, Francia sufrió crisis demográficas profundas que transformaron el panorama económico y social del país, pues significaron, entre otras cosas, la pérdida de miles de hombres y mujeres en edad productiva: cerca de 1,5 millones de franceses murieron luego de la Gran Guerra y casi medio millón más después de la Segunda Guerra Mundial.⁴⁰ La inmigración constituyó un elemento clave para mitigar este dramático descenso poblacional. Según los estudios de Alfred Sauvy, quien fuera uno de los

³⁸ Para un análisis más detallado sobre el tema véase, Jeanne Singer-Kerel, “Protection de la main-d’œuvre en temps de crise. Le précédent des années trente”, *Revue européenne de migrations internationales*, 5 (1989). pp. 7-27.

³⁹ Citado por M.C. Blanc-Chaléard, *op. cit.*, p. 39.

⁴⁰ Gérard Noiriel, *Atlas de l’immigration en France*, París, Éditions Autrement, 2002, pp. 42-43.

principales consejeros en materia económica y asuntos poblacionales en varios gobiernos de la Cuarta República, “desde 1947 y hasta la década de los setenta, la inmigración representó dos tercios del crecimiento demográfico del país”.⁴¹ El reclutamiento de mano de obra extranjera se convirtió en una prioridad nacional, pues sólo con ayuda de ésta sería posible reactivar la industria y reconstruir la infraestructura del país, luego de la devastación causada por la guerra.

Los flujos migratorios de estos años provinieron inicialmente de países vecinos, aunque también llegaron trabajadores del este de Europa, principalmente polacos y checos; posteriormente, miles de españoles y portugueses se instalaron en Francia, sobre todo durante las décadas de los cincuenta y sesenta, cuando se firmaron distintos acuerdos bilaterales de trabajadores temporales con España y Portugal, entre otros países como Turquía y la entonces Yugoslavia. La inmigración de los protectorados y colonias francesas en el norte de África, en especial de Argelia, comenzó poco antes de la Segunda Guerra Mundial y aumentó considerablemente después de 1945. Además, el inicio del proceso de descolonización favoreció el incremento en la migración procedente de la región del Magreb y otros países de África subsahariana como Mali y Senegal. Según Patrick Weil, aunque la mayoría de estos inmigrantes vinieron para trabajar, algunos buscaron asilo político pues fueron víctimas de racismo y persecución en sus países de origen. Este fue el caso de los armenios

⁴¹ Citado por G. Noiriel, *Loc. cit.*

durante la Primera Guerra Mundial y de la población judía después de que Hitler llegó al poder en Alemania.⁴²

La inmigración se concibió en términos estrictamente económicos y de planeación demográfica en el periodo de la segunda posguerra, es decir, se consideró un fenómeno provisional que contribuiría a aliviar las presiones económicas y poblacionales que sufría el país. No obstante, distintos autores sugieren que este tema fue motivo de numerosas discusiones entre economistas y demógrafos: mientras los primeros sostuvieron una visión temporal e instrumental del asunto, los segundos defendieron una postura de largo plazo que buscaba favorecer el asentamiento permanente de algunos inmigrantes.⁴³ Los economistas ganaron el debate y se impuso la idea de que la estancia de estos migrantes sería transitoria: tan pronto como dejarán de ser necesarios o ante una eventual alza en las tasas de desempleo podrían ser enviados de vuelta a sus países de origen. Sin embargo, con el tiempo la inmigración se convertiría en un elemento permanente y estructural de la economía francesa.

Los primeros intentos de control

El periodo de crecimiento sostenido conocido como los “treinta gloriosos”, que se extendió desde mediados de los años cuarenta hasta la primera mitad de la década de los setenta, fue una época de gran afluencia migratoria hacia Francia durante la cual cerca de 100,000 personas entraron anualmente al

⁴² *Op. cit.* p.49.

⁴³ A. Geddes, art. cit., p.53. J. Hollifield, art. cit., pp. 184-187.

país.⁴⁴ En estos años, el Estado procuró ejercer el control de la inmigración mediante la creación de instituciones destinadas a regular la entrada de trabajadores extranjeros como la Oficina Nacional de Inmigración (ONI),⁴⁵ la Oficina para la Protección de Refugiados y Personas Apátridas (OFPRA) y la Comisión General de Planeación (CGP), que elaboraba planes económicos anuales con objetivos específicos para la importación de mano de obra. Sin embargo, estos primeros esfuerzos de regulación fueron poco efectivos, pues era difícil mantener una política migratoria coherente que respondiera en forma eficaz a las demandas de la economía y el mercado laboral. La ONI, por ejemplo, definió un sistema de reclutamiento demasiado largo y oneroso: solicitaba, entre otras cosas, un contrato laboral aprobado por el Ministerio del Trabajo con el objetivo de lograr la “selección apropiada” de los candidatos según criterios profesionales, médicos y etarios.⁴⁶ Ante esta circunstancia, los empleadores optaron por contratar directamente a los trabajadores, quienes regularizaban su situación migratoria después. Irónicamente, lo engorroso del procedimiento oficial redujo las posibilidades de lograr una inmigración ordenada y controlada.

⁴⁴ M. Silverman, *op. cit.*, p. 42.

⁴⁵ La ONI estableció regulaciones migratorias como la introducción de tres tipos de permisos de residencia. Sin embargo, los primeros esfuerzos de control se remontan a la Primera Guerra Mundial con la creación de las tarjetas nacionales de identidad. Esta innovación marcó el comienzo de un sistema francés de inmigración y control de la población. *Ibid.*, p. 38

⁴⁶ Para una descripción del proceso de selección de trabajadores llevado a cabo por la ONI, véase Carliene Kennedy-Brenner, *Les travailleurs étrangers et les politiques d'immigration. Le cas de la France*, París, OCDE, 1979, p. 23.

Otro de los obstáculos para lograr el control de los flujos migratorios fue su heterogeneidad y la gran cantidad de procedimientos que se establecieron para regularla. Un ejemplo útil para ilustrar esto son los acuerdos bilaterales de trabajadores temporales entre Francia y otros países europeos, que determinaron condiciones y requisitos de entrada distintos para cada país. Lo mismo ocurrió con los ex protectorados y colonias francesas en el Caribe y el norte de África. El caso de Argelia es sobresaliente: desde 1947, los argelinos disfrutaron el derecho a la nacionalidad francesa y la libre circulación entre Francia y Argelia. Estas disposiciones no cambiaron después de su independencia, por lo que los flujos de inmigrantes fueron constantes e incluso aumentaron después de 1962, cuando miles de argelinos (los llamados *harkis*) tuvieron que abandonar el país después de luchar del lado francés durante la guerra de liberación. El gobierno del entonces primer ministro, Georges Pompidou, realizó el primer intento por revisar el principio de libre circulación entre Francia y Argelia y, en 1964, se estableció un acuerdo que preveía la revisión trimestral de las cifras migratorias en atención a la situación económica de ambos países. Túnez y Marruecos también fueron importantes expulsores de inmigrantes, aunque no contaron con las mismas prerrogativas que Argelia. En este caso, sólo se mantuvo el llamado “derecho a la reintegración”, que permitió a todos los tunecinos y marroquíes nacidos durante el periodo colonial reclamar la nacionalidad francesa si así lo deseaban. Además, algunos autores han subrayado la particularidad de los departamentos y territorios de ultramar como Martinica y Guadalupe, pues los llamados DOM-TOM formaron parte

integral del Estado y, en consecuencia, sus ciudadanos fueron considerados nacionales franceses.

Las diferencias en las condiciones de entrada y los criterios de acceso a la nacionalidad garantizados a los migrantes según su país de origen ponen de manifiesto las dificultades que enfrentaron las autoridades al momento de regular el fenómeno de la inmigración. La gran cantidad de mecanismos de control existentes limitaron las posibilidades de contar con una política migratoria coherente y uniforme, encabezada por un solo organismo estatal como la ONI. Para James Hollifield, la descolonización fue una variable fundamental en esta dinámica, pues no sólo estableció un “espacio natural para la inmigración”, sino que también creó una categoría especial de inmigrantes protegidos, que prácticamente eran ciudadanos franceses.⁴⁷

El inicio del proceso de descolonización coincidió con un momento de gran afluencia migratoria para Francia, que algunos autores han calificado como un periodo de inmigración espontánea o salvaje (*l'immigration spontanée o l'immigration sauvage*).⁴⁸ Entre 1955 y 1968, la mano de obra extranjera aún era considerada como un elemento indispensable para satisfacer las demandas del mercado y lograr prosperidad económica. Según el primer ministro Georges Pompidou, “la inmigración era un medio para crear cierta flexibilidad en el mercado de trabajo y evitar la tensión social”.⁴⁹ La necesidad de contar con suficiente fuerza laboral tuvo

⁴⁷ Art. cit., p. 189.

⁴⁸ M. Silverman, *op. cit.*, p.44.

⁴⁹ Citado por Antonio Perotti, *L'immigration en France depuis 1900*, París, CIEMI, 1985, p. 17.

precedencia sobre cualquier otra consideración económica o política y, en ocasiones, se prefirió la mano de obra extranjera sobre la nacional por su maleabilidad, movilidad y, sobre todo, porque era menos costosa y los controles estatales eran muy ineficaces o casi inexistentes. Ante el fracaso de las agencias de regulación oficiales, la definición del ritmo y la dinámica de la inmigración quedó en manos del mercado. Uno de los sectores más favorecidos con esta situación fue el empresarial: según Maxim Silverman, en los años sesenta, “los patronos de las fábricas e industrias pudieron atraer a inmigrantes potenciales, en especial del norte de África, y contratarlos a voluntad ofreciéndoles una remuneración muy pobre, sin preocuparse por la intromisión del Estado”.⁵⁰ Los partidos de izquierda y los sindicatos tuvieron poca injerencia en estos asuntos y no contribuyeron a aliviar las condiciones laborales de los inmigrantes, ya que en realidad sostuvieron una postura ambivalente en relación con el tema, que osciló entre la solidaridad con los trabajadores extranjeros y la protección de la mano de obra nacional.⁵¹

En breve, desde la Segunda Guerra Mundial y hasta el final del decenio de los sesenta, la inmigración fue vista como un asunto temporal y secundario en la sociedad francesa. La presencia de un número cada vez más grande de inmigrantes fue justificada por el discurso de los planificadores económicos, quienes la vincularon con las necesidades de una economía en expansión. Al mismo tiempo, la mayoría de estos migrantes estuvieron

⁵⁰ *Op. cit.*, p. 45

⁵¹ Catherine Withol de Wenden, *Les immigrés et la politique*, París, Presses de Sciences Po, 1988, p. 45.

desprovistos de cualquier protección estatal, vivieron en condiciones precarias hacinados en los suburbios de las grandes ciudades (en los llamados *banlieue* y las *cités*), y enfrentaron condiciones de trabajo desfavorables, exclusión política y discriminación social. Miriam Feldblum describe bien esta situación cuando afirma que “durante la década de los sesenta, la idea del extranjero en Francia evocaba imágenes de trabajadores inmigrantes invisibles y marginados”.⁵²

El fin de la apertura

Para 1970 el número de inmigrantes en Francia era de poco más de tres millones, lo que representaba cerca del 6% de la población total y la cifra más alta registrada desde la guerra. A comienzos de este decenio sobrevino un cambio fundamental en la manera de entender el fenómeno; en estos años, la inmigración se convirtió en un tema prioritario en la agenda política francesa. Hubo un reconocimiento sobre su importancia estructural y dejó de ser un asunto entendido únicamente en términos económicos y del mercado laboral, para transformarse en una cuestión social. Uno de los primeros síntomas de este cambio fue la creación de organismos estatales dedicados a mejorar la vivienda de los inmigrantes. Aunque al inicio de esta década, la inmigración aún era bienvenida por las autoridades, se empezó a cuestionar el número y la composición de ésta. Desde la derecha, surgieron las primeras propuestas para introducir un sistema de cuotas que limitara la llegada de inmigrantes originarios del norte de África, pues se dudaba sobre su capacidad para incorporarse a la sociedad francesa. Por su parte, el

⁵² *Op. cit.*, p. 20.

gobierno comenzó a tomar medidas concretas para retomar el control de los flujos migratorios: en 1968 reconsideró la libre circulación de los ciudadanos argelinos y fijó unilateralmente el número de entradas que serían permitidas mensualmente. Las restricciones se intensificaron con la elaboración de una serie de circulares administrativas con carácter vinculante (*les circulaires Marcelin-Fontanet*), que condicionaron la expedición de permisos de trabajo y residencia a la obtención de un contrato de trabajo de por lo menos un año y la posibilidad de contar con una vivienda digna. Además, las circulares admitieron la expulsión del país como sanción por no cumplir con estos criterios. Estas medidas provocaron un enorme descontento entre los trabajadores inmigrantes, quienes se manifestaron con numerosas huelgas y paros. Estas protestas representaron la primera gran movilización de la comunidad migrante en Francia. Catherine Withol de Wenden afirma que la politización del fenómeno migratorio comenzó durante los meses de lucha que siguieron a la aplicación de estas circulares.⁵³

El consenso en torno al mantenimiento de un régimen migratorio abierto se rompió definitivamente durante la presidencia de Valéry Giscard D'Estaing (1974-1981). Al iniciar su gestión hubo dos desarrollos fundamentales que mostraron una nueva manera de aproximarse al fenómeno de la inmigración. El primero de ellos fue el nombramiento de un secretario de Estado para los trabajadores extranjeros, André Postel-Vinay, que buscaría atender y mejorar las condiciones laborales y de vivienda de los migrantes. La creación de este cargo fue novedosa pues

⁵³ *Op. cit.*, p. 50.

significó el reconocimiento de la dimensión social de la inmigración y la insertó en la agenda política del gobierno. La siguiente medida que marcó a la administración de Giscard D'Estaing fue la decisión de suspender por completo la inmigración laboral hacia el país, anunciada mediante una circular el 5 de julio de 1974.

Después del embargo petrolero del 73, Francia sufrió una crisis económica importante que terminó con treinta años de crecimiento sostenido. La recesión, el alza de precios y el incremento del desempleo brindaron la justificación perfecta para decretar el cierre de fronteras y recuperar así el control de los flujos migratorios. Las autoridades francesas no estuvieron solas en esta empresa; los principales países receptores de inmigrantes en Europa Occidental adoptaron políticas similares. El razonamiento que sustentaba de estas resoluciones era sencillo: ante un escenario económico endeble, era imposible continuar con una política de puertas abiertas y de recepción de trabajadores extranjeros, pues se debía dar prioridad a la mano de obra nacional (para 1975 había cerca de 750,000 desempleados).⁵⁴ De la misma manera, disminuir la inmigración permitiría debilitar movimientos racistas y xenófobos, cuya fuerza y notoriedad eran cada vez más importantes. En estos momentos de crisis, hubo una creciente hostilidad hacia los migrantes, a quienes se percibió como competidores para la obtención de empleo. Los inmigrantes argelinos fueron uno de los grupos que padeció más este rechazo. Según Miriam Feldblum, los argelinos se convirtieron en el chivo expiatorio de los problemas que aquejaban a la

⁵⁴ M.C. Blanc-Chaléard, *op. cit.*, p. 73.

sociedad francesa, tal y como ocurrió con los trabajadores polacos e italianos en los años treinta.⁵⁵

Las iniciativas para frenar la inmigración se materializaron en la suspensión de los contratos de trabajadores temporales, una reducción sustancial en el número de permisos laborales y de residencia expedidos, repatriaciones y ayudas económicas de 10,000 francos para incentivar el retorno voluntario (*aide au retour*). Las autoridades también procuraron restringir la reunificación familiar, pero esta medida no prosperó por considerarse una cuestión humanitaria. Reestablecer el control de los flujos migratorios no fue una tarea fácil, pues los mecanismos e instrumentos previstos para asegurar su regulación habían sido históricamente ineficientes; además, fue muy complicado romper los vínculos entre Francia y sus ex colonias en África. Su estabilización llevaría varios años y no se lograría detener por completo la inmigración: ésta continuó mediante el derecho de las familias a reagruparse, también se mantuvo el flujo de trabajadores estacionarios en el sector agrícola, muchos otros inmigrantes optaron por permanecer en Francia de manera irregular y aumentó sensiblemente el número de solicitudes de asilo, sobre todo después de los conflictos en la península de Indochina.

Aunque la mayoría de la literatura coincide en que la justificación principal para restringir la inmigración fue de naturaleza económica, algunos autores señalan que el gobierno también reparó en consideraciones sociales y de integración.⁵⁶ El argumento social que respaldó esta nueva

⁵⁵ *Op. cit.*, p. 21.

⁵⁶ M.Silverman, *op. cit.*, pp. 53-55.

postura frente a la migración era que la disminución de los flujos permitiría incorporar exitosamente a los más de tres millones de extranjeros que ya residían en Francia. Según una declaración del presidente francés en 1975, se trataba de “establecer un nuevo pacto de integración para los inmigrantes, que les ofreciera un lugar digno, humano y justo dentro de la comunidad nacional”.⁵⁷ No obstante, se abrió una enorme brecha entre el discurso y la realidad. Prueba de ello es que, con frecuencia, los proyectos para mejorar la vivienda de los inmigrantes no recibieron suficientes recursos estatales o el rechazo explícito a la inmigración por parte de algunas autoridades locales, con base en la idea de que existía un límite natural a la cantidad de inmigrantes que una sociedad puede soportar (*seuil de tolérance*).

Por otra parte, la discriminación y el racismo en contra de los inmigrantes estimularon su politización. A partir de 1972, las manifestaciones de la comunidad migrante para defender sus derechos —mediante huelgas y marchas, principalmente— fueron cada vez más frecuentes. Éstas últimas contaron con la simpatía y el apoyo de diversas organizaciones de activistas y asociaciones de derechos humanos que comenzaron a aglutinarse alrededor de la población inmigrante durante estos años. La constante movilización de los trabajadores inmigrantes contribuyó a alterar el estado de invisibilidad en el que la mayoría de ellos se encontraba, al tiempo que los convirtió en actores políticos. Para Catherine Withol de Wenden la politización de los inmigrantes fue una

⁵⁷ Citado por M. Silverman, *ibid*, p. 54.

manera de desafiar las estructuras institucionales y burocráticas del Estado, que los mantenían excluidos de la participación en la sociedad.⁵⁸

La presidencia de Giscard d'Estaing representó un auténtico punto de inflexión en la manera de comprender la inmigración en Francia, pues no sólo se alejó de las prácticas de un régimen migratorio tradicionalmente abierto, sino que transformó la naturaleza demográfica del fenómeno. El cierre de fronteras de 1974 tuvo muchas consecuencias inesperadas que contribuyeron a romper con los patrones migratorios anteriores; la más importante de ellas fue acelerar el asentamiento permanente de los inmigrantes y sus familias, en especial de aquéllos provenientes del norte de África. Después de 1974, un gran número de trabajadores que se desplazaba con regularidad entre sus países de origen y Francia comenzó a establecerse definitivamente en territorio francés. Al mismo tiempo, la composición de la población comenzó a cambiar: la comunidad de inmigrantes de origen musulmán, procedentes de la región del Magreb, era cada vez más numerosa y el mantenimiento del derecho a la reunificación familiar favoreció la llegada masiva de mujeres y niños. De esta manera, la población inmigrante en Francia se transformó: dejó de estar integrada mayoritariamente por trabajadores temporales para convertirse en una comunidad cada vez más diversificada en términos de origen, sexo, religión y edad. Por otro lado, durante el gobierno de Giscard d'Estaing, la inmigración adquirió un carácter eminentemente político y social: pasó de ser una tema marginal, concebido únicamente en términos económicos, a

⁵⁸ *Citoyenneté, nationalité et immigration*, París, Arcantère, 1987, pp. 140-158.

un asunto cada vez más politizado que involucraría un creciente grado de conflicto. Este cambio sería fundamental para el desarrollo del debate a propósito de la inmigración en las décadas siguientes.

CAPÍTULO II

LOS AÑOS DE POLITIZACIÓN EXTREMA: LA DÉCADA DE LOS OCHENTA

Los años que siguieron al cierre de fronteras de 1974 fueron cruciales en la transformación del debate sobre la inmigración en Francia: hubo un cambio en la aproximación gubernamental al fenómeno, al tiempo que la comunidad inmigrante se diversificó –con la llegada de mujeres y niños y la aparición de la llamada “segunda generación”– y surgieron nuevos actores políticos, cuyas ideas y reivindicaciones contribuyeron a definir los términos de la discusión. Si a mediados de la década de los setenta se registró un punto de inflexión en la dinámica migratoria, su equivalente en la comprensión pública del fenómeno se cristalizó hasta los años ochenta. En este decenio, el tema de la inmigración se insertó en el corazón del debate público francés, convirtiéndose en un asunto prioritario de la agenda política. Este renovado interés en el tema se materializó en numerosas discusiones académicas y parlamentarias, una gran cantidad de legislación –según Jacqueline Costa-Lascoux, entre 1981 y 1986 se decretaron 16 leyes nuevas, 79 decretos y más de 220 circulares¹– y un debate sobre la nacionalidad y la identidad francesas. Los años ochenta también estuvieron marcados por el ascenso y fortalecimiento una nueva fuerza política que sacudiría la distribución habitual de los votantes: el Frente Nacional, encabezado por Jean-Marie Le Pen. Al mismo tiempo, las asociaciones de

¹ *De l'immigré au citoyen. Notes et études documentaires*, París, La Documentation Française, 1989, p. 6.

inmigrantes se multiplicaron y sus demandas adquirieron una visibilidad cada vez más amplia. Para Catherine Withol de Wenden, “la década de los ochenta fue un periodo de cambios profundos, marcados por la politización de la inmigración, el impulso asociativo, la diversificación y globalización de los flujos migratorios –del este y del sur– y la aparición del Islam en el espacio público. Todo esto en un contexto de desempleo y descontento social crecientes”.²

Según el censo poblacional de 1982, el número de extranjeros en Francia ascendía a más de tres millones de personas, es decir, cerca del 6.8% de la población total del país. A pesar de que estas cifras no reflejan un cambio radical en relación con el decenio anterior –muchos autores sugieren que desde la suspensión de la inmigración laboral en 1974 estos datos se mantuvieron relativamente estables³–, hubo una transformación cualitativa de la comunidad inmigrante. Los patrones de asentamiento, por ejemplo, se definieron en forma clara cuando los inmigrantes comenzaron a concentrarse en zonas geográficas específicas, a saber, París y sus alrededores (lo que se conoce como Île de France), la región de Rhône-Alpes al este del país y en la llamada Costa Azul (Provence-Côte d’Azur) en el sur.⁴ Por otra parte, el número de familias, y en consecuencia de mujeres, jóvenes y niños, aumentó considerablemente. Con ello, la imagen del trabajador temporal fue sustituida por la de generaciones de inmigrantes establecidas de manera permanente en Francia. La llamada “segunda

² “L’immigration, objet du débat politique”, *Confluences Méditerranée*, 14 (1995), p. 75.

³ M. Silverman, *op. cit.*, p. 58. Véase también M. Feldblum, *op. cit.*, pp.20-24.

⁴ Ezzedine Mestiri, *L’immigration*, París, La Découverte, 1990, pp. 19-21.

generación” desempeñó un papel protagónico en estos años, pues gran parte de los conflictos y dilemas vinculados con la inmigración se articularon alrededor de este grupo. Como prueba, basta recordar la situación ambivalente de muchos jóvenes de segunda generación en relación con asuntos como el acceso a la nacionalidad y la ciudadanía: muchos eran franceses (aunque según algunos testimonios esta condición no estaba escrita en sus rostros⁵); algunos tenían otra nacionalidad, generalmente de algún país del Magreb; otros se definían a sí mismos como musulmanes,⁶ mientras que algunos más eran hijos de *harkis*, bereberes o el producto de matrimonios interraciales. Esta gran diversidad cultural da cuenta de la transformación de la comunidad inmigrante y de la evolución de su estatus jurídico: una buena parte de estos jóvenes ya no eran sólo trabajadores extranjeros, sino residentes e incluso nacionales franceses por nacimiento o por naturalización.

Los cambios en la composición y el comportamiento de la población inmigrante contribuyeron a establecer una especie de dicotomía entre la naturaleza y los patrones de la inmigración presente y pasada. Las autoridades y los académicos se percataron de esta evolución demográfica y adoptaron un nuevo enfoque en el estudio y gestión de la migración. No

⁵ C. Withol de Wenden, “Immigration Policy and the Issue of Nationality”, *Ethnic and Racial Studies*, 14 (1991), pp. 331.

⁶ Según Riva Kastoryano en este periodo los inmigrantes de origen musulmán comenzaron a defender identidades colectivas específicas con reivindicaciones como “ser musulmán en Francia” y “musulmanes de Francia”. Véase su obra, *Negotiating Identities. States and Immigrants in France and Germany*, trad. Barbara Harshav, Princeton, University Press, 2002, pp.64-82.

obstante, las transformaciones más relevantes para el desarrollo del debate sobre la inmigración ocurrieron en el terreno político. El triunfo de los socialistas en las elecciones presidenciales de 1981, la entrada en escena del Frente Nacional y su consolidación como un actor legítimo en el juego democrático, así como la gran actividad de las asociaciones de inmigrantes pueden considerarse los acontecimientos más relevantes en el proceso de politización del tema migratorio en Francia. En palabras de Withol de Wenden, “durante los años ochenta, el significado de la inmigración en el imaginario social y la mitología política se transformó, convirtiéndose en un objeto de negociación entre partidos y líderes en competencia. La dimensión política del asunto prevaleció por primera vez. Esta situación marcó un punto de inflexión fundamental”.⁷

EL TRIUNFO SOCIALISTA

El gobierno francés inició el decenio de los ochenta con una postura bastante rígida frente a la cuestión migratoria. Mantuvo, en buena medida, los objetivos y prácticas de la década anterior, es decir, restringir y controlar los flujos poblacionales mediante el endurecimiento de las condiciones de entrada y residencia en el país. En 1980, por ejemplo, la Asamblea Nacional aprobó la llamada Ley Bonnet que, entre otras cosas, preveía la expulsión del país como sanción a delitos menores. Esta legislación provocó gran controversia y fue motivo de numerosas movilizaciones y muestras públicas de descontento. Una de las más importantes ocurrió en los suburbios de Lyon, donde un grupo de jóvenes

⁷ “Immigration Policy and the Issue of Nationality”, p. 323.

de origen inmigrante –en su mayoría argelinos– llevaron a cabo una extensa huelga de hambre en señal de protesta. Los huelguistas obtuvieron el respaldo del entonces candidato a la presidencia, François Mitterrand, quien se oponía abiertamente a la política de expulsiones. Su postura lo distinguió de los partidos de derecha e incluso de los comunistas, quienes también adoptaron una posición hostil frente al tema migratorio. En una carta enviada a los manifestantes en vísperas de la elección presidencial, el candidato socialista subrayaba los derechos de los migrantes al tiempo que prometía modificar la legislación:

Mi posición es bien conocida. Desde 1978 he impulsado, junto con el Partido Socialista, una propuesta de ley que pretende reconocer sus derechos. Se trata de una ley que protegerá a los jóvenes inmigrantes de las expulsiones que ustedes denuncian el día de hoy y que yo condeno enérgicamente por considerarlas una violación a los derechos humanos. Si soy electo presidente de la República, mi gobierno pondrá fin a estas prácticas inaceptables y llevaré a cabo las modificaciones legislativas necesarias para que ya nadie pueda recurrir a ellas.⁸

Las palabras de Mitterrand a los jóvenes lioneses delinearon con claridad el enfoque que adoptaría en materia migratoria. El programa de gobierno de Mitterrand (sus famosas 110 propuestas) era muy atractivo en lo que toca a la inmigración. La innovación más importante era la iniciativa de otorgar el

⁸ *Lettre reçue le 17 avril 1981 par les militants lyonnais en grève de la faim contre la double peine*, citado por Catherine Panassier, *Les Minguettes, avril 1981 : grève de la faim contre la double peine*, Millénaire. Le Centre des Ressources Prospectives du Grand Lyon, 2008, p. 4. Disponible en: http://www.millenaire3.com/uploads/tx_ressm3/Minguettes_1981.pdf

derecho al voto a los extranjeros en las elecciones municipales, que, sin embargo, nunca se concretó. No sorprende entonces que su candidatura fuera bien recibida por diversos grupos de activistas e inmigrantes, pues generó la esperanza de lograr una política migratoria más progresista y comprensiva.

En mayo de 1981, François Mitterrand derrotó en la segunda vuelta electoral a Valéry Giscard d'Estaing y se convirtió en el primer presidente socialista en la historia de Quinta República. El triunfo de la izquierda se tradujo casi inmediatamente en ajustes drásticos a la política migratoria francesa. Marie-Claude Blanc-Chaléard sugiere que Mitterrand debía distinguirse de los gobiernos que lo precedieron, por lo que desde el inicio de su administración presentó un programa amplio y novedoso que pretendía tomar en consideración todos los aspectos del fenómeno, desde los problemas sociales y de exclusión que debían enfrentar los niños y jóvenes de segunda generación, hasta mecanismos de cooperación internacional.⁹ El presidente lanzó un programa que enfatizó la necesidad de acabar con las inercias heredadas del pasado y buscó mejorar la situación económica y social de los inmigrantes. “Cambiar(les) la vida”, esa era la consigna. Para Jacqueline Costa-Lascoux, “Mitterrand anunció una nueva política basada en el respeto a los derechos humanos y el principio de igualdad entre extranjeros y nacionales”.¹⁰

⁹ *Op. cit.*, pp. 75-76.

¹⁰ “Droits des immigrés, droits de l’homme et politique d’immigration”, *Regards sur l’actualité*, 113 (1985), p. 20.

El desarrollo de la política de inmigración durante la administración de Mitterrand puede dividirse en dos etapas: la primera de ellas se extiende desde el verano de 1981 hasta 1986, año en que comienza el primer periodo de cohabitación en la historia francesa, tras la victoria de una coalición de centro-derecha en las elecciones legislativas. La segunda fase inicia con el mandato de Jacques Chirac como primer ministro en marzo de 1986 y termina con el fin de la década. Durante la primera etapa, François Autain estuvo al frente del Ministerio para la Inmigración. Su gestión se caracterizó por una modificación radical en los objetivos que orientaban la política migratoria francesa y la adopción de medidas de avanzada, en particular en el terreno jurídico. Hasta entonces, las políticas públicas relacionadas con la inmigración se habían concentrado en cuestiones laborales y mantener el control de los flujos. “En los primeros años del gobierno socialista, se enfatizó el respeto a los derechos humanos y la solidaridad con todos los franceses y con los extranjeros por igual”.¹¹ Esta aproximación no sólo fue congruente con la ideología de los socialistas, también contribuyó a satisfacer a un sector de la opinión pública cada vez más sensible a las demandas de la comunidad inmigrante

Algunos autores sugieren que esta nueva política se articuló alrededor de dos ejes principales: por un lado, la lucha por terminar con la inmigración ilegal y, por otro, el mejoramiento de las condiciones de vida de aquellos extranjeros que se habían establecido permanentemente en el país.¹² Los objetivos fueron muy similares a los de decenios anteriores, sin

¹¹ P. Weil, *La France et ses étrangers*, p. 194.

¹² C. Withol de Wenden, “Immigration Policy and the Issue of Nationality”, p. 321.

embargo, las referencias habían cambiado y otros aspectos, como la protección de los derechos fundamentales de los migrantes, comenzaron a volverse prioritarios. Este cambio se materializó en una serie de leyes aprobadas en los últimos meses de 1981, entre las que destacan la suspensión de la política de expulsiones, la eliminación del programa de repatriaciones, la regularización de todos los trabajadores que hubiera entrado a Francia antes del primero de enero de 1981, y la concesión del derecho de asociación para los extranjeros. La introducción de esta legislación permitió estabilizar la situación de un gran número de inmigrantes, al tiempo que les otorgó algunos derechos políticos. La amplitud de la política de regularización fue sorprendente: se legalizó a más de 130,000 personas. Por otra parte, la libertad de asociación presentó una innovación fundamental, al equiparar los derechos de los extranjeros con los de los nacionales franceses en esta materia. La Ley del 9 de octubre de 1981 terminó con un decreto de finales de los años treinta, por el cual las asociaciones de extranjeros debían contar con la autorización previa del Ministerio del Interior. Además, esta ley fue muy relevante por sus implicaciones en el surgimiento y consolidación de un gran movimiento asociativo, encabezado por jóvenes franco-magrebíes en su mayoría, que promovió temas como la llamada “nueva ciudadanía”, medidas en contra del racismo e identidades colectivas basadas en afinidades étnico-religiosas. Finalmente, esta legislación se completó con medidas como la introducción de un permiso de residencia y de trabajo único de diez años, la llamada *carte unique*, que fuera por varios años uno de los principales reclamos de la comunidad inmigrante. Para Catherine Withol de Wenden, “estos cambios

confirmaron las tendencias establecidas al inicio del septenio: la idea de que los inmigrantes eran una parte integral de la nación, el reconocimiento de su individualidad y sus derechos, la búsqueda de acuerdos y cooperación con ellos y la flexibilización de las condiciones impuestas para trabajar y residir en el país”.¹³

Una parte de la literatura sugiere que la política migratoria de los socialistas debe entenderse en el marco de un proceso de transformación más amplio, vinculado con el fortalecimiento del regionalismo y el declive del Estado-nación como fuente de solidaridad social.¹⁴ En este sentido, la experiencia francesa estuvo en consonancia con la evolución internacional de la política neoliberal caracterizada, entre otras cosas, por una reducción sustantiva del papel del Estado como agente regulador y la adopción de medidas de descentralización. Algunas de estas tendencias se reforzaron por la presencia de nuevos actores que buscaban un mayor grado de autonomía institucional, como los movimientos regionalistas. El gobierno socialista respondió a sus demandas con una retórica de promoción de la diversidad étnica y cultural, y con el desarrollo de prácticas cada vez más plurales y descentralizadas, lo que significó una ruptura significativa con el pasado. Según Miriam Feldblum, los gobiernos que precedieron a la administración de Mitterrand tuvieron muchos problemas para lidiar con el creciente pluralismo de la sociedad francesa, pues representó un desafío para el modelo republicano, que insistía en la convergencia política y cultural de

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ Sumanya Dechkumhang, *L'immigration en France: les politiques d'immigration et d'intégration des années 1980 à nos jours*, (Mémoire de fin d'études), Utrecht, University Press, 2007, pp. 35-36.

los ciudadanos.¹⁵ Los socialistas hicieron un esfuerzo importante por alejarse de este paradigma, reivindicando ideas como “el derecho a la diferencia”. Un célebre reporte titulado Democracia cultural y derecho a la diferencia, encomendado en 1982 por el ministro de Cultura, sostenía: “la República Francesa, una e indivisible, reconoce y protege la diversidad de culturas, costumbres y modos de vida. Todos tienen el derecho a ser diferentes y a manifestarse como tales”.¹⁶ Así, con el slogan “vivir juntos con nuestras diferencias”, el gobierno de Mitterrand diseñó una política pluralista que reconoció los derechos de distintos grupos minoritarios en la sociedad francesa, entre ellos, los de la comunidad inmigrante.

Existe un consenso en torno a la idea de que llegada al poder de los socialistas representó un parteaguas en la historia de la inmigración en Francia. Sin embargo, conviene matizar esta afirmación pues, como bien han apuntado Maxim Silverman y Catherine Withol de Wenden, esta política no estuvo exenta de límites y contradicciones. Para Silverman, hubo más elementos de continuidad que de ruptura en las medidas adoptadas por el nuevo gobierno; las innovaciones introducidas por los socialistas estuvieron acompañadas de la retórica y prácticas de control de antaño (*maîtrise des flux migratoires*).¹⁷ El proceso de regulación, por ejemplo, fue parcial: se mantuvieron reservas importantes, como la posibilidad de negar los permisos de trabajo y residencia a cualquier extranjero que representara una “amenaza al orden público”. Esta noción nunca se definió

¹⁵ *Op. cit.*, pp. 32-34.

¹⁶ Henri Giordan, *Démocratie culturelle et droit à la différence. Rapport présenté à Jack Lang, Ministre de la Culture*, París, La Documentation Française, 1982, pp.16-17.

¹⁷ *Op. cit.*, pp. 60-62.

con suficiente claridad y sirvió como pretexto para continuar con expulsiones esporádicas. Al mismo tiempo, la política de regularización masiva anunciada por el gobierno francés contrastó con las prácticas restrictivas y discriminatorias de sus vecinos europeos y tuvo como consecuencia la atracción de nuevos flujos.

La política migratoria de los socialistas fue rica en símbolos pero limitada en resultados, porque las medidas institucionales eran elaboradas en un contexto nacional aislado o lidiaban de manera incorrecta con cuestiones centrales. Según Withol de Wenden, estos límites tienen diversos orígenes: algunos fueron resultado de la naturaleza incompleta de las reformas, otros son productos inesperados de las medidas implementadas, mientras que algunos más tienen que ver con la difícil coexistencia entre un Estado-nación unitario y una sociedad civil multicultural.¹⁸ A estos retos y limitaciones se debe sumar la dimensión europea, en la medida en que el compromiso francés con la Unión Europea representó un desafío para mantener la coherencia de algunas de sus políticas estatales. La necesidad de reglamentar y armonizar el estatuto de los inmigrantes comunitarios y extra comunitarios –proceso que conducirá a la firma de los acuerdos Schengen en 1985 y posteriormente a la supresión de los controles de identidad en las fronteras entre los países miembros– puso en duda cuestiones fundamentales como el acceso de los no ciudadanos a la participación política o la protección social.

¹⁸ “Immigration Policy and the Issue of Nationality”, pp. 321-322.

Finalmente, el obstáculo más importante para la nueva política migratoria lo impuso la coyuntura económica. Los años ochenta fueron un periodo de crisis profunda para la sociedad francesa. Después de la revolución iraní de 1979, el segundo shock petrolero alcanzó a las grandes industrias de los treinta gloriosos, la automotriz en primer lugar. Regiones enteras sufrieron siniestros, en especial aquéllas que empleaban el mayor número de obreros y acogían a las comunidades de inmigrantes más numerosas. La aparición de nuevos pobres, millones de desempleados y miles de familias a la deriva marcó en forma negativa este decenio. El creciente clima de deterioro económico y la erosión de la solidaridad social mermaron la legitimidad de las generosas políticas migratorias anunciadas al inicio de la década, al tiempo que alimentaron la xenofobia y el racismo. Ante este panorama, muchos socialistas adoptaron una postura más dura frente a la inmigración. Al mismo tiempo, ésta comenzó a vincularse públicamente con problemas de crimen y delincuencia; naturalmente, uno de los sectores de la población más perjudicados con esta asociación simbólica fue el de los jóvenes de origen magrebí.

LA “SEGUNDA GENERACIÓN”: NUEVOS ACTORES Y NUEVAS DEMANDAS

Desde el inicio del proceso de reagrupación familiar a fines de los años sesenta, los hijos de los inmigrantes comenzaron a ganar notoriedad tanto por su número como por su situación social. Este grupo se convirtió en una categoría social específica, caracterizada por tener condiciones de vida precarias y por enfrentar problemas de rechazo y segregación constantes. Uno de los escenarios de discriminación más frecuentes fue la escuela.

Muchos niños y jóvenes de origen inmigrante ingresaron al sistema educativo francés en un momento de transformación institucional. Desde mediados de los años setenta, el gobierno impulsó una serie de proyectos de reforma, que reflejaron algunas de las ideas del movimiento de protesta de 1968 y procuraron lograr una mayor igualdad de oportunidades educativas. La administración de Giscard d'Estaing introdujo el concepto de escuela única (*école unique*) como base común para todos durante el primer ciclo de enseñanza secundaria; por su parte, el gobierno socialista creó las llamadas “zonas prioritarias de educación” con el objetivo de favorecer a las regiones más rezagadas.¹⁹ Sin embargo, los críticos han señalado que las metas de estas políticas eran poco realistas dada la marcada estratificación de la sociedad francesa e incluso, en algunos casos, estas medidas reforzaron la creación de ghettos.²⁰ Los hijos de los inmigrante son un buen ejemplo: su acceso a la educación era restringido y con frecuencia se situaban en la zona de “fracaso escolar”; en consecuencia, sus perspectivas educativas a futuro eran poco alentadoras. Una de los efectos de esta situación fue el incremento de la segregación de este grupo.

Por otra parte, durante la década de los ochenta los jóvenes de origen inmigrante, identificados como la “segunda generación” adquirieron una visibilidad inédita y no tardaron en figurar dentro de las nuevas clases “peligrosas”. Su notoriedad se relacionó con acontecimientos que involucraron a la población inmigrante en general: conflictos laborales,

¹⁹ Para un estudio más detallado sobre las reformas del sistema educativo francés véase, Hans N. Weiler, “Las políticas de reforma y no reforma en la educación francesa”, *Revista de Educación*, 289 (1989), pp. 129-143.

²⁰ Brun J. Rhein, *La ségrégation dans la ville*, París, L'Harmattan, 1998, p. 26.

como las huelgas en las industrias manufacturera y automotriz; protestas por los altos costos de la vivienda; y reivindicaciones culturales como el derecho a contar con salas de oración en los lugares de trabajo. Esta vinculación se vio reforzada por la herencia del racismo anti-argelino y alimentada por los frecuentes episodios de violencia en los *banlieue* y las *cités*, lo que contribuyó a incrementar la hostilidad hacia la comunidad inmigrante. El rechazo se dirigió principalmente a los jóvenes de origen magrebí, quienes eran identificados popularmente como *beurs*. Este término se originó a principios de los años ochenta entre los jóvenes que vivían en el *banlieue* parisino, quienes acostumbraban a utilizar una jerga conocida como *verlan*,²¹ que consiste en la inversión de las sílabas de una palabra. Así, el término árabe se convirtió en *beur*.²² Distintos autores sostienen que esta expresión dio a la juventud inmigrante una nueva identidad. Sin embargo, este término está lejos de representar al conjunto de la segunda generación; algunos jóvenes, sobre todo aquéllos que vivían en otras ciudades como Lyon o Marsella, se negaron a definirse como *beurs*. Para los sociólogos Andrea Rea y Maryse Triper, la palabra *beur* es propia de los suburbios urbanos alrededor de París y se refiere de manera específica a los jóvenes involucrados en actividades políticas.²³

Una transformación principal de esta década en relación fue la aparición de la segunda generación de migrantes en la esfera pública, como protagonistas de algunos de los principales problemas sociales que

²¹ Vocablo resultante de la inversión de la locución adverbial *à l'envers* (*verlan* = *lan ver* = *l'envers*).

²² La pronunciación inversa de *a-ra-beu* es *beu-ra-a*, cuyo apócope queda en *beur*.

²³ *Op. cit.*, p. 91.

aquejaban al país, pero también como actores políticos organizados con una agenda específica. La liberalización del régimen asociativo para los extranjeros al inicio del gobierno de Mitterrand favoreció la acción colectiva de los inmigrantes quienes, inspirados en el movimiento en favor de los derechos civiles encabezado por Martin Luther King en Estados Unidos, se aglutinaron en diversas asociaciones que buscaron terminar con la violencia y el racismo, al tiempo que comenzaron a defender reivindicaciones culturales vinculadas con las prácticas y costumbres establecidas por su religión: el Islam. Una de las primeras manifestaciones, y también una de las más publicitadas, de este cambio ocurrió en 1983 con la celebración de una gran marcha nacional por la igualdad y en contra del racismo, que recorrió una buena parte del territorio nacional y terminó con cerca de 60,000 personas reunidas en París. Un año más tarde se llevo a cabo otra marcha que utilizó el slogan “vivir juntos en igualdad, con nuestras similitudes e independientemente de nuestras diferencias”. En ambas ocasiones los inmigrantes pidieron a las autoridades protección frente a acciones xenófobas y de discriminación; otro de los reclamos principales fue terminar con la situación inestable de la mayoría de los trabajadores extranjeros. El presidente Mitterrand respondió con la promesa de un título de residencia único, que fue aprobado por la Asamblea Nacional en mayo de 1984.

El activismo político de los inmigrantes también se preocupó por otros temas como el lugar de la inmigración en la memoria colectiva nacional, el derecho a la diferencia y el acceso a la ciudadanía y otros derechos políticos como el sufragio. Dos asociaciones desempeñaron un

papel muy relevante en este sentido, a saber, SOS Racisme y France Plus. SOS Racisme se creó en el otoño de 1984 como una organización con la misión de identificar y denunciar actos de discriminación racial. Ganó mucha popularidad entre la comunidad inmigrante casi de manera inmediata, al recurrir a estrategias políticas y mediáticas ingeniosas como la adopción del famoso lema “No toques a mi amigo” (*Touche pas à mon pote!*) y la organización de conciertos de rock en favor de la igualdad. Sin embargo, esta asociación fue vista con cierto escepticismo por otros movimientos antirracistas, dada su estrecha relación con el Partido Socialista. Además, el líder de SOS Racisme, Harlem Désir, mantuvo una imagen glamorosa y una gran exposición mediática que tampoco fueron bien recibidas. En opinión de Maxim Silverman, su falta de preocupación por los problemas reales de racismo y exclusión condujo a que SOS Racisme fuera visto con recelo por muchos *beurs* y extranjeros, quienes lo consideraron parte de la maquinaria institucional del gobierno.²⁴

En 1985 se fundó una nueva organización que atrajo a muchos jóvenes de segunda generación llamada France Plus. En contraste con SOS Racisme, esta asociación no tuvo ninguna filiación partidaria específica y su objetivo fue lograr la inclusión de jóvenes de origen inmigrante en las listas de candidatos a elección popular y motivar así su participación e inclusión políticas. France Plus insistió en la integración de los inmigrantes y procuró no enfatizar diferencias culturales. De esta manera y en oposición a las ideas antirracistas sobre el derecho a la diferencia, los slogans más importantes de France Plus subrayaron el derecho a la similitud (*droit à la ressemblance*) y a la

²⁴ *Op. cit.*, pp.63-64.

indiferencia (*droit à l'indifférence*). La labor de esta asociación fue muy relevante porque permitió a muchos jóvenes involucrarse en actividades políticas e introdujo nuevas reflexiones a propósito de temas relacionados con la inmigración, como la ciudadanía. El estatus de la mayoría de estos jóvenes eran ambiguo: aunque muchos de ellos eran franceses por nacimiento, continuaban siendo vistos como inmigrantes e incluso eran estigmatizados por grupos y partidos de extrema derecha, al considerarlos “franceses de papel” (*français de papier*).

El boom asociativo de los años ochenta marcó profundamente el debate político sobre la inmigración en Francia. La participación y compromiso de los jóvenes de segunda generación no sólo les permitió ganar visibilidad y consolidarse como actores políticos importantes, sino que sus demandas y reivindicaciones contribuyeron a precisar y delimitar los términos del debate posterior sobre la inmigración en Francia. La segunda generación denunció los problemas sociales y de exclusión que padecía la comunidad inmigrante en el país, pero también puso en evidencia las contradicciones inherentes a la disociación entre nacionalidad y ciudadanía. A partir de esta década, la discusión se centrará en la redefinición del contrato social y la idea de una ciudadanía plural.

LA IDENTIDAD NACIONAL EN CUESTIÓN:

EL FRENTE NACIONAL ENTRA EN ESCENA

El decenio de los ochenta fue testigo del ascenso y fortalecimiento de Jean-Marie Le Pen y su partido de extrema derecha, el Frente Nacional. Este hecho tuvo efectos cruciales en la definición de la política migratoria.

Le Pen se benefició de la difícil situación económica que vivía el país en esos momentos, el incremento del racismo y la degradación de la figura del inmigrante. El creciente activismo político de la comunidad inmigrante resultó amenazante para algunos sectores de la población por su aparente relación con problemas de desempleo y violencia social. Éstos últimos se intensificaron durante la primera mitad de la década y, en ocasiones, el desorden y revueltas en los suburbios de algunas ciudades terminaron en crímenes racistas. Esta situación condujo a una intensa mediatización de los llamados “males de los suburbios”, lo que a su vez fortaleció la idea del peligro del inmigrante. El desempleo también fue un factor decisivo, en especial después de que el gobierno llevó a cabo la política de regularización masiva. Según una investigación de Yvan Gastaut sobre la inmigración y la opinión pública en la Quinta República, los sentimientos de rechazo hacia los migrantes aumentaron exponencialmente en estos años, sobre todo en aquellas municipalidades donde vivía un mayor número de extranjeros.²⁵ Por otra parte, es posible observar el desvanecimiento de la palabra “trabajador” en el discurso mediático y su sustitución por la de “inmigrante”. Además, el término se hizo extensivo a los hijos de inmigrantes nacidos en Francia y su carga negativa no cesó de agravarse.²⁶

En estas circunstancias el Frente Nacional apareció como el portavoz y defensor de la comunidad nacional y se convirtió en el enemigo acérrimo de la inmigración. Aunque su nacimiento se remonta al año de

²⁵ *L'immigration et l'opinion en France sous la V^e République*, París, Seuil, 2000, p. 301.

²⁶ Simone Bonnafous, *L'immigration prise aux mots. Les immigrés dans la presse au tournant des années 80*, París, Kimé, 1991, p. 79.

1972, este partido se consolidó como una fuerza política importante en la década de los ochenta, cuando comenzó a ganar simpatizantes y un número creciente de votos. Su primera victoria electoral ocurrió en 1983 en las elecciones municipales de Dreux, una comuna francesa situada en el departamento de Eure-et-Loir. El triunfo del Frente Nacional fue un acontecimiento sin precedentes, pues obtuvo más del 16% de los sufragios en la primera vuelta de la votación. En 1984 logró un avance sobresaliente en ocasión de las elecciones europeas con la obtención del 11.2% y el apoyo de dos millones de votantes.²⁷ A partir de entonces los resultados electorales del partido de Le Pen oscilaron entre el 10 y 15% del voto, lo que le permitió afianzarse como uno de fuerza política importante en la escena francesa. En los años que siguieron a esta primera conquista, el Frente Nacional obtuvo victorias modestas, pero esto no mermó su visibilidad. En 1986 la introducción de un esquema de representación proporcional en la cámara baja le permitió ganar 35 escaños y desde 1988 sus resultados electorales superaron a los del Partido Comunista.

Desde su creación, los ideólogos y estrategas del Frente Nacional vieron gran potencial en el tema migratorio. Para J.G. Shields, el objetivo era capitalizar asuntos que no habían sido bien atendidos por los principales partidos políticos, sobre todo en un contexto de desempleo e inseguridad económica.²⁸ De esta manera, el Frente Nacional articuló su discurso alrededor del fenómeno de la inmigración desde su creación. En una

²⁷ Henry Rey, "El surgimiento del nacional-populismo en Francia: el caso del Frente Nacional", *Foro Internacional*, 37 (1997), p. 115.

²⁸ *The Extreme Right in France. From Pétain to Le Pen*, Nueva York, Routledge, 2007, p. 185.

conferencia de prensa celebrada en ocasión del primer aniversario de su partido, Le Pen advirtió sobre las tensiones sociales que generaría un número creciente de inmigrantes en el país, al tiempo que anunció su famosa política de preferencia nacional, es decir, “Francia para los franceses”. En la campaña legislativa de 1978, el Frente Nacional utilizó por primera vez carteles publicitarios con un slogan que equiparaba el número de desempleados con el de inmigrantes en el país (*un million de chômeurs, c'est un million d'immigrés en trop*). Varios autores han subrayado el parecido de estos carteles con aquéllos utilizados por el partido nazi en los años treinta que identificaban el problema del desempleo con la cantidad de judíos en Alemania.²⁹ La postura del Frente Nacional en relación con la inmigración se endureció con el paso del tiempo: mientras en la década de los setenta Le Pen restringió sus declaraciones públicas a cuestiones prácticas como la inmigración irregular y el efecto de la mano de obra barata en los salarios, en los años ochenta su discurso se radicalizó para concentrarse en la amenaza de la inmigración para la identidad nacional francesa. “No hay nada de racista –decía Le Pen– en reconocer que hay diferentes razas, pueblos y grupos étnicos que no pueden agruparse. Tampoco es reprochable desear que estas razas no se mezclen para poder preservar su identidad como un tesoro irremplazable”.³⁰

El Frente Nacional introdujo el elemento de la identidad nacional a las discusiones sobre la inmigración en Francia, que a partir de entonces sería retomado constantemente por la derecha francesa. La posición del

²⁹ *Ibid.*, pp. 186.

³⁰ Citado por J.G. Shields, *ibid.*, p. 187.

Frente Nacional durante los ochenta se articuló alrededor de un proyecto que pretendía “purificar” a Francia y se basó en la idea de un país homogéneo, fundado en los valores y la tradición del cristianismo. Para Le Pen, los inmigrantes no europeos eran la causa de la degradación de la ciudadanía francesa y constituían un riesgo para el orden público y la identidad nacional, cada vez más amenazada por la cultura islámica. El líder derechista jugó con la idea del derecho a la diferencia, que en su visión implicaba que los inmigrantes, en especial los de origen musulmán, eran ajenos a la cultura francesa y, en consecuencia, nunca podrían ser verdaderos franceses. La ciudadanía debía basarse en la fidelidad a Francia, a su historia, cultura y tradiciones; por lo tanto, la asimilación debía ser impuesta como un criterio básico para lograr la plena incorporación política. Estas ideas fueron apoyadas por otros grupos de derecha como el recién creado *Club de l'horloge*, que resumió bien el ideario conservador con la frase: “ser francés, ¡eso se gana!” (*être français, cela se mérite*).

El fortalecimiento del Frente Nacional durante los años ochenta fue una novedad inquietante en la vida política francesa, pues implicó la transformación y consolidación paulatina de la extrema derecha en el país. Ésta pasó de un mundo de grupúsculos a un movimiento de masas que atrajo a amplios sectores de la población, entre ellos a un número cada vez mayor de obreros. Aunque no fue un fenómeno aislado en Europa —en otros países como Bélgica, Alemania, Holanda y Dinamarca otros movimientos de extrema derecha también ganaron un importante apoyo popular—, en Francia la posición de la extrema derecha fue relativamente más fuerte por la regularidad con la que aseguró el apoyo de una

proporción importante del electorado y por la tendencia que siguió en el avance de sus resultados.³¹ Al comprometerse con la democracia electoral, el Frente Nacional se incorporó plenamente al juego democrático y obligó al resto de los líderes y partidos políticos a definir posturas sobre los temas centrales de su programa político. Después de que el partido de Le Pen obtuvo sus primeras victorias electorales al inicio de la década, el gobierno de Mitterrand se vio obligado a modificar su aproximación al tema de la inmigración. A partir de 1984 es posible observar un endurecimiento gradual de la política migratoria de los socialistas con el establecimiento de medidas de control más estrictas, una intensificación de la lucha contra los “clandestinos”, y la reintroducción de un programa de repatriación, pero rebautizado con el nombre de ayuda a la reinserción para distinguirlo del esquema anterior (*aide au retour*). Por su parte, la derecha debió idear nuevas estrategias para hacer frente a las ideas nacionalistas de Le Pen y recuperar electores sin hacer una alianza abierta con su partido.

LA REFORMA DEL CÓDIGO DE LA NACIONALIDAD:

¿HACIA UNA NUEVA CIUDADANÍA?

Con el nombramiento de Jacques Chirac como primer ministro a raíz del triunfo de la derecha en las elecciones legislativas de 1986, comenzó el primer periodo de cohabitación en la historia francesa. Este hecho marcó el inicio de una nueva fase en la política migratoria del gobierno de Mitterrand. El ascenso de nuevas fuerzas políticas durante la primera mitad de la década introdujo cambios importantes en la manera de entender el

³¹ H. Rey, art. cit., p. 115.

fenómeno migratorio y reordenó las prioridades en la agenda. La comunidad e identidad nacionales se convirtieron en asuntos centrales de la discusión, como lo muestra una de las primeras declaraciones públicas de Chirac poco después de asumir su cargo: “el gobierno está determinado a llevar a cabo las medidas necesarias para reforzar la seguridad de los franceses, luchar contra el terrorismo y preservar nuestra comunidad nacional”.³² Las ideas expresadas por el primer ministro estaban en consonancia con varias de las preocupaciones del Frente Nacional y desde los primeros meses de su mandato, Chirac endureció su postura frente a la inmigración. Un ejemplo nítido de esto es la aprobación de la primera ley Pasqua, en septiembre de 1986. Esta legislación restringió las condiciones de residencia en Francia y facilitó las expulsiones.³³ La iniciativa fue promovida por en entonces ministro del Interior, Charles Pasqua, exponente de una retórica radical, cercana a la de Le Pen. En 1987, por ejemplo, prometió deportar a los inmigrantes ilegales en cargas de trenes. Para Maxim Silverman, el significado de esta declaración sólo puede apprehenderse por completo tomando en cuenta el contexto en que fueron pronunciadas: en vísperas del juicio de Klaus Barbie, general nazi acusado

³² Citado por C. Withol de Wenden, “Immigration policy and the issue of nationality”, p. 326.

³³ Estipuló que las decisiones de expulsión podían ser tomadas por los prefectos administrativos, lo que aceleró el proceso. Antes, esta decisión estaba en manos del poder judicial. El resultado fue que el número de personas deportadas se duplicó en los siguientes tres meses. M. Silverman, *op. cit.*, p. 65.

de cometer crímenes contra la humanidad, entre ellos, el envío de trenes repletos de judíos hacia los campos de exterminio.³⁴

Según algunos analistas, no queda claro si esta ley representó un intento por reducir la inmigración ilegal o más bien una respuesta simbólica para apaciguar las opiniones xenófobas de los simpatizantes de la extrema derecha.³⁵ Lo cierto es que a partir de la segunda mitad de los años ochenta, se desarrolló una relación de dependencia y competencia entre la derecha tradicional, representada por el partido del jefe de gobierno, el RPR (*Rassemblement pour la République*), y el Frente Nacional. El signo más emblemático de esta interacción fue la propuesta de reforma al Código de la Nacionalidad, que se convirtió en el debate público más significativo a propósito de la inmigración durante este periodo. En estos años hubo muchas discusiones sobre los criterios y condiciones de acceso a la nacionalidad francesa. En opinión de la extrema derecha, la mayoría de los inmigrantes, en especial los jóvenes franco-magrebíes de segunda generación, no merecían obtener la nacionalidad, pues no eran franceses por convicción, sino a pesar de ellos mismos —el Frente Nacional acuñó la expresión *français malgré eux*, que hacía referencia a los habitantes de Alsacia reclutados por el ejército alemán durante la Gran Guerra. Por otra parte, al constatar el enorme desequilibrio entre el número de residentes extranjeros en el país y aquéllos que se habían convertido en nacionales franceses, diversos activistas y algunos académicos comenzaron a cuestionarse sobre el tema: surgieron reclamos por relajar las condiciones impuestas por la ley y,

³⁴ *Loc. cit.*

³⁵ C. Withol de Wenden, “Immigration policy and the issue of nationality”, p. 326.

después de que Mitterrand prometió otorgar a los extranjeros el derecho al voto en las elecciones locales, las exigencias de los inmigrantes comenzaron a concentrarse en el terreno de la participación política. La idea detrás de estas demandas era crear un nuevo tipo de ciudadanía basado en la residencia más que en la nacionalidad.

En 1986, el gobierno de Chirac presentó el proyecto de reforma; su propuesta principal era modificar los artículos 23 y 44 del Código de la Nacionalidad, que establecían como condiciones para obtener la nacionalidad al momento de nacer o al alcanzar la mayoría de edad. El objetivo concreto era eliminar el derecho de suelo o *ius soli* y con ello prevenir que más hijos de extranjeros adquirieran la nacionalidad francesa. Distintos analistas afirman que la reforma buscaba deslegitimar a los hijos de inmigrantes originarios de las viejas colonias francesas, sobre todo de aquéllas en la región del Magreb.³⁶ En el contexto post colonial, la inmigración del norte de África se tornó muy conflictiva dada la relación de Francia y los franceses con quienes otrora fueron considerados súbditos. Los inmigrantes, en especial los argelinos, enfrentaron gran rechazo, exclusión y discriminación tanto en el terreno económico como en el político y social. Para los filósofos Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, el problema se reducía a aceptar como iguales, como ciudadanos, a quienes antes ocuparon una posición subordinada.³⁷ A esto hay que añadir la distancia cultural entre los franceses y los inmigrantes de origen musulmán. En este sentido, el *ius soli* se convirtió en un tema de discusión importante porque no garantizaba

³⁶ S. Dechkumhang, *op. cit.*, p. 42.

³⁷ *Race, nation, classe: les identités ambiguës*, París, La Découverte, 1988, *passim*.

la legitimidad de los inmigrantes en el plano cultural; la reforma buscó modificar la relación entre las definiciones jurídicas y culturales de la nacionalidad a fin de institucionalizar un marco de referencia más concreto que permitiera preservar la comunidad e identidad nacionales.

La iniciativa no prosperó, pero el discurso nacionalista sí lo hizo. Mitterrand mostró una fuerte oposición al proyecto de reforma y se unieron a él varias agrupaciones de izquierda, sindicatos, movimientos antirracistas y la Liga de los Derechos del Hombre. El descontento se agravó luego la muerte de Malik Oussebine, un estudiante argelino que se manifestaba en contra de la reforma cuando fue golpeado por la policía. Finalmente, la presión popular obligó al gobierno a retirar la propuesta en enero de 1987. No obstante, pocos meses más tarde Chirac creó una “Comisión de sabios” encargada de estudiar las posibilidades de modificar el Código de la Nacionalidad. En 1988, la Comisión entregó un reporte titulado “Ser francés, hoy y mañana” que reparó los orígenes de la población inmigrante y afirmó la necesidad de llevar a cabo la reforma. Lo interesante del documento es que redefinió los términos del debate sobre la inmigración, convirtiéndolo en una cuestión de nacionalidad y ciudadanía. Para Adrian Favell, “la discusión se transformó en una reflexión pública con un carácter altamente filosófico, extraordinaria en contenido teórico, propia de la tradición política en Francia. La comprensión de los asuntos relacionados con la inmigración se basó en ideas abstractas sobre la unidad y cohesión de la nación y el universalismo de los valores republicanos”.³⁸

³⁸ *Op. cit.*, p. 40.

Desde el inicio, el reporte insiste en la idea de que la nacionalidad es un requisito fundamental para preservar la identidad francesa y una condición indispensable para lograr la integración social y mantener el orden moral. Retoma la concepción electiva y voluntarista de la nación de Renan y afirma que la nacionalidad debe ser demandada y aceptada: su adquisición no debe descansar en mecanismos automáticos. El reporte también sostiene que ser francés implica una dimensión política y moral, que impone deberes y obligaciones. En consecuencia, la adhesión a la nación no puede ser un acto caritativo en beneficio de las personas apátridas o un instrumento del Estado para clasificar a los recién llegados; por el contrario, integrarse a la comunidad nacional supone el reconocimiento de la identidad francesa.³⁹ Con estos argumentos, la Comisión de sabios propuso que los hijos de padres extranjeros nacidos en Francia debían manifestar su deseo de convertirse en franceses después de cumplir los 16 años de edad. De esta manera, la manifestación de la voluntad individual adquirió un significado casi bautismal, por considerar que ésta serviría como garantía de la plena incorporación de los inmigrantes a la sociedad francesa. El reporte fue bien recibido por la mayoría de los actores políticos; incluso por algunas asociaciones antirracistas, lo que dio vigor y legitimidad al discurso sobre la identidad nacional y la integración, que serían dos temas esenciales en el debate posterior a 1989.

³⁹ Véase Olivier Fouquet, Jean-Claude Mallet, Jean Merlin (relatores), *Être français aujourd'hui et demain. Rapport de la Commission de la nationalité présenté par M. Marceau Long au Premier Ministre*, París, Unión générale d'éditions, 1988.

CAPÍTULO III

INMIGRACIÓN E INTEGRACIÓN

EL MOSAICO FRANCÉS A FINALES DEL SIGLO XX

Hacia 1989, como consecuencia de la estabilización de los flujos migratorios, inició un nuevo periodo en el debate sobre la inmigración en Francia. A partir de ese año, y durante casi todo el decenio de los noventa, la proporción de extranjeros en el país disminuyó como consecuencia del aumento en el número de naturalizaciones y repatriaciones, pero también porque la inmigración hacia el hexágono registró un descenso importante en comparación con las décadas anteriores. El único cambio significativo en esta materia ocurrió en el número de peticiones de asilo, que aumentó luego de la caída del muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y los conflictos bélicos que azotaron la península de los Balcanes. Sin embargo, el incremento en la cantidad de refugiados y solicitudes de asilo no fue un asunto problemático.

El interés de los intelectuales, la clase política y la opinión pública se concentró ahora en el pluralismo creciente de la sociedad francesa. Desde la segunda posguerra, la composición de la población cambió de manera constante y, para el inicio de la década de los noventa, la diversidad de la cultura y sociedad francesas era una realidad ineludible. La presencia de inmigrantes provenientes de Asia y África subsahariana, por ejemplo, aumentó en un 36%, mientras que la inmigración de países europeos, en

especial de Italia y Portugal, se redujo sustancialmente (véase anexos).¹ Algunas tendencias de la distribución geográfica de los flujos, como su concentración en regiones específicas (Isla de Francia, Rhône-Alpes y la Costa Azul), se acentuaron. París fue un caso excepcional al reunir cerca del 40% del total de extranjeros en Francia; además, algunos inmigrantes originarios de países africanos se instalaron casi de manera exclusiva en esta ciudad.²

La comunidad nacional se transformó paulatinamente: dejó de ser una unidad cuya homogeneidad cultural parecía asegurada dentro del espacio normativo definido por los grandes referentes republicanos, para convertirse en una sociedad multicultural. Este cambio, manifiesto desde los años ochenta, condujo a la adopción de nuevas fórmulas y recetas –algunas expresiones frecuentes fueron “el mosaico francés” y “la Francia plural”– lo mismo entre investigadores que entre los diferentes actores políticos. El gobierno socialista de Mitterrand sostuvo una postura bastante abierta en relación con la diversidad y la diferencia, mientras que la derecha se mostró más reticente. Sin embargo, durante la presidencia de Chirac (1995-2007) hubo esfuerzos importantes por reconocer la pluralidad de la sociedad francesa y la contribución de la inmigración a la cultura nacional, por ejemplo, con la apertura de un museo consagrado a la historia de la inmigración en Francia (*Cité Nationale de l’Histoire de l’Immigration*). Por otra parte, se enfatizaron las dinámicas del mestizaje y, en particular, las aportaciones de algunos escritores provenientes del viejo espacio colonial,

¹ M.C. Blanc-Chaléard, *op. cit.*, pp. 95-96.

² G. Noiriel, *Atlas de l’immigration en France*, pp. 16-17

como el marroquí Tahar Ben Jelloun o el martiniqués Aimé Césaire.³ Para Marie-Claude Blanc-Chaléard, la literatura emanada de la inmigración contribuyó a extender la apropiación de la lengua francesa como elemento de identidad, al tiempo que envió un mensaje de integración.⁴ Otro espacio natural para la incorporación de los inmigrantes fue el deporte: el ejemplo emblemático de esto es el triunfo de la selección francesa de fútbol en la copa del mundo de 1998. Para distintos autores, la victoria francesa fue un evento singular no sólo por tratarse de la primera en la historia de Francia; también y principalmente porque puede ser interpretada como el resultado de una larga tradición migratoria y una integración exitosa.⁵

La heterogeneidad del “mosaico francés” fue motivo de preocupaciones constantes lo mismo para el gobierno que para la opinión pública. La diversidad en materia religiosa se convirtió en un terreno muy conflictivo, sobre todo con la aparición del Islam en el espacio público. Para el inicio de los noventa, la comunidad musulmana era el segundo grupo religioso más importante en Francia, sólo después del catolicismo y por delante del judaísmo y el protestantismo.⁶ La presencia y creciente

³ Apenas el 6 de abril de 2011 se celebró un homenaje nacional a Aimé Césaire en el Panteón, lugar de descanso de los grandes hombres de la patria, como Víctor Hugo y Émile Zola. La develación de una placa en honor al poeta originario de Martinica, calificado como un “incansable artesano de la descolonización y los derechos humanos”, fue interpretada por la prensa francesa como un acto simbólico y de reconocimiento de la diversidad del país.

⁴ *Op. cit.*, p. 107.

⁵ Cf. Yvan Gastaut, *Le métissage par le foot, mais jusqu'où ?*, París, Éditions Autrement, 2008.

⁶ Según los datos presentados en el reporte del Alto Consejo para la Integración, *L'Islam dans la République*, París, La Documentation Française, 2000, se estima que actualmente

visibilidad del Islam en el seno de la sociedad francesa generó gran inquietud e, incluso, manifestaciones explícitas de rechazo con base en creencias como la imposibilidad de los musulmanes para adaptarse a las normas e instituciones nacionales. Según Stanley Hoffmann, estas ideas recuerdan los argumentos anti-italianos o anti-polacos de antaño, sin embargo, hay una diferencia específica entre la inmigración de principios de siglo y la contemporánea: el Islam. Para el autor, el problema radica en que “el Islam no es sólo una religión ‘extranjera’ (a diferencia del catolicismo, el protestantismo o el judaísmo),⁷ también es una cultura poderosa que establece códigos de conducta determinados tanto en el ámbito público como en el privado”.⁸ Esta característica ha contribuido a intensificar el debate sobre la inmigración en los últimos años. En opinión de Hoffmann hay dos razones por las que el Islam se ha convertido en una fuente de ansiedad importante: la primera tiene que ver con el hecho de que muchos musulmanes, en especial aquéllos profundamente religiosos, sean inasimilables; la segunda se refiere a la pérdida de eficacia de los mecanismos encargados de asegurar la integración de los inmigrantes. No

residen en Francia 5 millones de musulmanes. Sin embargo, no debe perderse de vista que se trata sólo de una aproximación. Es muy difícil establecer con precisión quiénes y cuántos son los musulmanes. En Francia, como en muchos otros países europeos, está prohibido recabar datos con base en la identificación confesional o étnica de las personas. En consecuencia, en la mayoría de los casos, la categorización de los individuos como musulmanes descansa en criterios de origen geográfico y nacionalidad de sus predecesores.

⁷ Sin embargo el Islam no es una religión exógena en Europa, ni en Francia. Si bien la presencia histórica del catolicismo fue más importante, el legado islámico es visible en algunas regiones del continente como Andalucía, Sicilia y el sur de Francia.

⁸ “Thoughts on the French Nation Today”, *Daedalus*, 122 (1993), p.65.

hay mejor ejemplo para ilustrar la problemática a propósito del Islam en Francia que el llamado *affaire du foulard*, un incidente aparentemente insignificante que inauguró el decenio de los noventa y que, en menos de una semana, generó uno de los debates más ricos y apasionados en la historia de la Quinta República.

LA DISCUSIÓN SOBRE EL VELO ISLÁMICO O EL “AFFAIRE DU FOULARD”

En el verano de 1989, las autoridades escolares de un instituto de enseñanza media en Creil, comunidad situada en los suburbios del extremo norte de París, se reunieron para trabajar en un proyecto que definiría las metas de la institución en los años siguientes y decidieron introducir una cláusula de laicismo al reglamento del colegio. Ésta estableció que no se permitiría la ausencia a clases por motivos de religión y pedía discreción en el uso de distintivos de carácter religioso. Hasta entonces, la escuela se había caracterizado por la gran diversidad de sus estudiantes: asistían niños y jóvenes de no menos de 25 nacionalidades distintas y la pluralidad religiosa también era notoria. La comunidad judía, por ejemplo, había ganado visibilidad, porque un grupo de niños acostumbraba no asistir a clase los sábados y los días de festividades hebreas. En opinión de algunos analistas, este hecho precipitó el cambio en el reglamento.⁹ La restricción no fue bien recibida por los alumnos y padres de familia y eventualmente condujo a un conflicto nacional sin precedentes.

Al comenzar las clases, una nota del consejo escolar exigió a los profesores que negaran la entrada a las aulas a las niñas que portarán el velo

⁹ D. Hervieu-Léger, art. cit., p. 113.

islámico o *hiyab*. Tres jóvenes se opusieron a quitarse el velo y el director del colegio decidió expulsarlas temporalmente, porque llevar la *hiyab* “representaba un golpe en contra del principio de laïcité y de la neutralidad de la escuela pública”.¹⁰ El incidente generó un gran debate nacional sobre el significado del laicismo y el lugar del Islam en Francia. Tanto políticos como intelectuales y distintos activistas sociales dejaron oír su voz y la opinión pública francesa pronto se polarizó entre los partidarios del velo y sus opositores. Varios autores han comparado las discusiones de 1989 con la polémica desatada un siglo antes a propósito del caso Dreyfus;¹¹ las analogías no sólo son explícitas, sino recurrentes. Para Claire de Galember, evocar el velo en el otoño de 1989 produce los mismos efectos que las querellas sobre la inocencia del capitán Dreyfus: el tema suscita discordia y divisiones profundas entre la clase política, los intelectuales y sociedad en general. Por otra parte, el discurso de la prensa y la interpelación de la opinión pública condujeron inmediatamente a engrandecer el asunto, transformándolo en un problema público.¹²

¹⁰ *Ibid.*, pp. 113-114.

¹¹ A finales de 1894, el capitán del ejército francés Alfred Dreyfus, un ingeniero de origen judío-alsaciano, fue acusado, enjuiciado y condenado por el delito de alta traición. Dos años después, se demostró su inocencia, pero los tribunales militares se negaron a revisar su caso. Indignado, el escritor Émile Zola publicó una carta abierta dirigida al presidente de la República titulada *Yo acuso (J'accuse)*, en enero de 1898. La revelación provocó una sucesión de crisis políticas y sociales inéditas en Francia que revelaron fracturas profundas en el seno de la Tercera República. Para un estudio detallado sobre el caso Dreyfus véase Vincent Duclert, *L’Affaire Dreyfus*, París, La Découverte, 2006.

¹² “Le voile en procès” (Présentation du numéro), *Droit et Société*, 68 (2008), pp. 19-20.

Los medios de comunicación desempeñaron un papel muy relevante en el desarrollo del debate. La prensa, primero local y luego nacional, dio una amplia cobertura al episodio de Creil, convirtiéndolo en un asunto prioritario en la agenda pública, pues cuestionaba principios de organización fundamentales para la sociedad francesa como el laicismo. En su portada del 5 octubre de 1989, *Le Nouvel Observateur* presentó a una niña con velo y el título “Fanatismo: la amenaza religiosa”. Dos días después, en el semanario *L’Express* aparecía el siguiente titular: “Peligro para la escuela laica. Los fundamentalistas y su estrategia”. Sobre el fondo rojo de la portada, una alumna cubierta con el velo da la espalda al fotógrafo. Las representaciones del velo y la forma de nombrarlo fueron un elemento clave en el desarrollo de las discusiones, pues incitaron una valoración negativa del fenómeno en el imaginario social. El velo se convirtió en símbolo de un Islam radical, de la opresión a las mujeres y el rechazo a la modernidad. En los medios de comunicación era frecuente describir al Islam con adjetivos como peligroso, agresivo, tradicional y reaccionario. De la multiplicidad de términos para referirse al velo —pañuelo (*foulard*), pañoleta (*fichu*), *hiyab*, *nikab*, *châdor* o *jilbab*—¹³ cada uno evocaba una imagen e intención específicas. La prensa se

¹³ Estas palabras hacen referencia a una pieza del vestido femenino musulmán, pero pertenecen a tradiciones regionales distintas. El *hiyab* es un código de vestimenta islámico que establece que debe cubrirse la mayor parte del cuerpo. El término procede de la raíz árabe *hayaba*, que significa esconder u ocultar y en el Corán se relaciona con palabras como cortina y pantalla, por lo que su campo semántico es más amplio que el de la palabra en español, velo. Generalmente, el *hiyab* se refiere a un tipo de pañuelo que cubre completamente la cabeza y el cuello. La *nikab* es un tipo de velo propio de los países del golfo pérsico que cubre todo el rostro con excepción de los ojos. Por su parte, un *châdor* es una prenda típicamente iraní, que consiste en una pieza de tela semicircular que se coloca sobre la cabeza, cubriendo todo el

inclinaba por alguno en función de su postura: mientras que la palabra *foulard* mantenía un tono relativamente neutro, el término *châdor* contribuía a inflamar los ánimos. Según un análisis de Edgar Morín publicado en el diario *Libération*:

En su uso cotidiano, un pañuelo (*foulard*) no es más que un pedazo de tela. La palabra persa *châdor* recuerda a Irán y el Ayatolá Jomeini, mientras que el término *hiyab* nos remite al Magreb. Actualmente, la palabra velo (*voile*) tiene una connotación religiosa que alude a un código de vestimenta específico y, en particular, el mandato de erigir una cortina entre el hombre y la mujer.¹⁴

Se ha especulado mucho sobre las razones por las cuales esta controversia adquirió una dimensión nacional. El Islam no era una religión desconocida o ajena a Francia, como tampoco lo eran sus manifestaciones en el espacio público. Distintos autores sostienen que en algunas localidades las niñas y jóvenes musulmanas habían asistido a la escuela usando el *hiyab* durante

cuerpo excepto la cara. Finalmente, el término árabe *jilbab*, al que también se hace referencia en el Corán, designa un vestido largo, normalmente un abrigo, que cubre todo el cuerpo salvo la cabeza, los pies y manos. Es importante notar que el uso de estas prendas varía de un lugar a otro y de generación en generación; además, no tiene el mismo significado religioso en todas las regiones. Valérie Amiraux, “The Headscarf Question: What is Really the Issue?”, en S. Amghar, A. Boubekeur y M. Emerson (ed.), *European Islam. Challenges for Society and Public Policy*, Bruselas, Center for European Policy Studies, 2007, p. 124.

¹⁴ Citado por, Y. Gastaut, *op. cit.*, pp. 588-589. Para un breve estudio semántico sobre las discusiones del velo en 1989 véase, Paul Siblot, “Ah! Qu’en termes voilés ces choses-la sont mises”, *Mots. Les langages du politique*, 30 (1992), pp. 5-17 y Henri Boyer, “Tchador, les mots de l’affaire”, *Revue MScope*, 4 (1993), pp. 67-72.

varios años. Según John R. Bowen, apenas un año antes una niña con el velo aparecía en la foto escolar del colegio de Creil.¹⁵ ¿Qué cambió entonces para convertir a este episodio en un *affaire*? El fin de la década de los ochenta fue un periodo muy complicado para Francia: las políticas económicas de Mitterrand habían fracasado y el prolongado periodo de crisis por el que atravesaba el país generó un descontento y malestar generalizados. A esto debe sumarse que la dramatización del asunto del velo ocurrió poco después de la conmemoración del bicentenario de la Revolución y en un contexto internacional marcado por la caída del muro de Berlín y por el llamado del Ayatolá Jomeini en contra del escritor británico Salman Rushdie.¹⁶ Para John R. Bowen, la difuminación del fantasma del comunismo y el creciente nerviosismo generado alrededor del Islam, lo transformaron en el nuevo enemigo.¹⁷ La extrema derecha, en voz de Jean-Marie Le Pen y Bruno Mégret, contribuyó a fortalecer esta percepción al hablar de una “invasión” del Islam y explotar la tesis de la “libanización de Francia”.¹⁸ Para el Frente Nacional aceptar el velo

¹⁵ John R. Bowen, “The Republic and the Veil”, en Edward Berenson, Vincent Duclert y Christophe Prochasson (eds.), *The French Republic. History, Values, Debates*, Nueva York, Cornell University Press, 2011, p. 274.

¹⁶ En septiembre de 1988, Rushdie publicó *Los versos satánicos*, obra que inmediatamente suscitó una gran controversia en el mundo musulmán debido a la supuesta irreverencia con que se trata a la figura del profeta Mahoma. El 14 de febrero de 1989, el Ayatolá Jomeini leyó un edicto religioso, o *fatwa*, en la radio Teherán, por medio del cual calificó al libro como “blasfemia”. Además, Jomeini acusó a Rushdie del pecado de “apostasía” e hizo un llamado a la ejecución del escritor y a la de los editores del libro.

¹⁷ Art. cit., p. 42.

¹⁸ Y. Gastaut, *op. cit.*, p. 581.

representaba una capitulación: resignarse a la “invasión” del país y a la paulatina desintegración de la identidad francesa. Según un editorial que apareció en el periódico *La Croix*, “Nosotros tenemos nuestro propio muro de Berlín que derrumbar, bajo la fórmula de algunos velos islámicos”.¹⁹

Otra de las razones por las que el llamado *affaire du foulard* fue tan polémico es su relación con el principio del laicismo o *laïcité*. De hecho, la mayoría de los argumentos a propósito del uso del velo se articularon alrededor de este concepto. La *laïcité* es un símbolo de la identidad francesa y un elemento esencial de la ciudadanía republicana que regula las relaciones entre la iglesia y el Estado, asegurando la privatización de la religión. Pero no sólo, también implica la superación de identidades específicas –regionales, étnicas o confesionales– y limita su expresión a la esfera privada. Sin embargo, el significado de la *laïcité* no se agota ahí, éste se ha extendido y supone, además, “un espacio social protegido y neutro”.²⁰ En palabras de Jacques Chirac: “la *laïcité* garantiza la libertad de creencia y de culto, pero también es un lugar privilegiado de encuentro e intercambio, en donde las personas se reúnen y pueden contribuir a la construcción de la comunidad nacional. Se trata de la neutralidad del espacio público, que asegura la coexistencia pacífica de religiones distintas”.²¹ Según estas definiciones, el laicismo se contrapone inevitablemente al velo islámico, pues utilizarlo es un asunto privado y, como tal, debe restringirse. El uso del *hiyab* fue interpretado como una muestra de la voluntad de

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ J. R. Bowen, “Why did the French Rally to a Law Against Scarves in Schools?”, *Droit et Societé*, 68 (2008), p. 41.

²¹ Citado por J.R. Bowen, *loc. cit.*

autoafirmación de la comunidad musulmana, que amenazaba con debilitar la cohesión e identidad nacionales, pues llevaba implícito el riesgo del comunitarismo. Al mismo tiempo, representaba un fracaso para el modelo de integración francés, que pretendía trascender cualquier identidad o filiación particular en virtud de la igualdad entre todos los ciudadanos.

Un sector importante de la población defendió con gran ahínco los valores de la República y el principio del laicismo, pero entendido de manera estrecha y esencialista. Yvan Gastaut ha calificado a este grupo como partidarios de un “laicismo intransigente”.²² Esta posición se resume en una carta abierta con el título “¡Profesores, no cedáis!”, que publicó *Le Nouvel Observateur* en su edición del 2 de noviembre de 1989. En ella, cinco intelectuales destacados –Elisabeth Badinter, Régis Debray, Alain Finkielkraut, Elisabeth de Fontenay y Catherine Kintzler– expresaron de manera dramática la postura de los defensores de la pureza republicana frente a las exigencias de las identidades comunitarias y al incremento de los particularismos. La carta dirigida al ministro de Educación, Lionel Jospin, estaba escrita en un tono solemne:

El futuro dirá si el año del Bicentenario habrá visto el Munich de la escuela republicana [...] La figura francesa de la democracia tiene por nombre República. No es un mosaico de ghettos donde la libertad para todos puede llegar a vestir la ley del más fuerte. Consagrada al libre examen, ligada al surgimiento de los conocimientos y confiada en la sola luz

²² *Op. cit.* p. 578.

natural de los hombres, la República tiene como fundamento la escuela. Por esto, la destrucción de la escuela precipitaría la de la República.²³

Algunos días después, el llamado “Por un laicismo abierto”, suscrito por otras personalidades no menos conocidas –Alain Tourraine, entre ellos–, advertía que la prohibición del velo conduciría a un callejón sin salida en lo referente a la integración. El texto sostenía que el principio del laicismo debía ser lo suficientemente sólido como para aceptar las diferencias y superar los particularismos. Al mismo tiempo, rechazaba la exclusión, por considerarla cuna del fundamentalismo y del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen.²⁴

Por otra parte, el gobierno, en voz de Lionel Jospin, adoptó una postura de equilibrio: desde el inicio del conflicto se pronunció públicamente en contra de la expulsión de las jóvenes con el argumento de que “las escuelas están hechas para cobijar a los niños, no para excluirlos” y llegó incluso a lanzar la consigna “admitamos los pañuelos” (*accueillez les foulards*). Aunque su posición fue muy criticada, obtuvo el apoyo del primer ministro, Michel Rocard y del presidente Mitterrand, quien tardó en fijar su postura sobre el asunto. Finalmente, la controversia del velo se resolvió por intervención del Consejo de Estado (tribunal supremo administrativo), cuyo dictamen fue presentado en noviembre de 1989. El texto señalaba que el uso de distintivos religiosos no era incompatible con el principio del

²³ “Profs, ne capitulons pas!”, *Le Nouvel Observateur*, 2 de noviembre de 1989. Disponible en: ww1.laicite-laligue.org/index.php?option=com_docman&task=doc.

²⁴ Joëlle Brunerie-Kauffmann, Harlem Désir, René Dumont, Gilles Perrault et Alain Touraine, “Pour une laïcité ouverte”, *Politis*, 1989, pp.9-15.

laicismo, siempre y cuando estos no asumieran características de ostentación o protesta. El Consejo dejó en manos de las autoridades escolares la delicada tarea de valorar, caso por caso, y bajo el control del juez, los límites de esta resolución. En Creil, se acordó que las niñas podrían seguir llevando el velo en la escuela, pero debían quitárselo durante las clases, dejándolo caer sobre sus hombros.

La importancia que adquirió el debate sobre el velo islámico se explica, en buena medida, porque éste remitía a otro clivaje social y cultural fundamental relacionado con la inmigración, es decir, el margen de tolerancia que debía concederse a las comunidades inmigrantes y, por extensión, al Islam como punto de referencia en una sociedad democrática y desestabilizada por el desempleo. El vínculo entre inmigración e Islam no era nuevo, sin embargo, muchos franceses se comportaban como si estuvieran “descubriendo” el fenómeno.²⁵ En el decenio de los ochenta, muchos jóvenes de origen inmigrante comenzaron a ganar visibilidad y a reivindicar públicamente su identidad como musulmanes; algunos de ellos participaron en actividades políticas y otros se involucraron en conflictos como revueltas urbanas y las huelgas de la industria automotriz al inicio de la década. La creciente presencia de inmigración musulmana generó una enorme ansiedad, pues no sólo reforzó las percepciones sobre la falta de control de los flujos migratorios, también promovió ideas como la dificultad de los musulmanes para integrarse y la supuesta amenaza que representaba

²⁵ Michel Wieviorka, “Immigration and the Nation” en Lawrence D. Krizman (ed.), *The Columbia History of Twentieth-Century French Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, p. 263.

el Islam para los valores republicanos y la identidad francesa. Las discusiones sobre el velo de 1989 cristalizaron estas preocupaciones, estableciendo una especie de equivalencia entre Islam e inmigración. Según Yvan Gastaut, “los velos parecían florecer por doquier, conminando a los ciudadanos a reflexionar, debatir y pronunciarse sobre la inmigración una vez más”.²⁶

Para algunos autores, el verdadero problema detrás de la controversia del velo era la inmigración y su lugar en la sociedad francesa.²⁷ No sorprende entonces que un sector importante de la opinión pública asociara directamente la prohibición del velo con limitar o frenar los flujos migratorios. La polémica despertó inquietud debido al número de extranjeros y musulmanes en el país y evidenció los alcances y límites del modelo de integración francés, en particular, en relación con su capacidad para incorporar a minorías no europeas. La integración se convirtió en el nuevo tema de debate. Intelectuales, políticos y periodistas enfatizaron la idea de crisis y la falta de confianza en la habilidad y capacidad integradora de instituciones sociales y políticas clave. Los diseños de los caricaturistas Jean-François Batellier y Jean Plantureux ilustran bien la problemática entre franceses, inmigrantes e integración que prevaleció durante estos años (véase anexo). Para Bertrand Revillon, “un modesto pedazo de tela reveló que aún quedaba mucho por hacer para mejorar en los procesos de incorporación de su población inmigrante”.²⁸ Finalmente, el debate motivó

²⁶ *Op. cit.*, p. 570.

²⁷ *Ibid.*, p. 587.

²⁸ Citado por Y. Gastaut, *op. cit.* p. 588.

diversas iniciativas más o menos realistas relacionadas con la inmigración: desde un debate sobre el tema en la Asamblea Nacional, un proyecto de ley para mantener la identidad nacional y otro en contra del racismo, una propuesta de organización de un “Islam francés”, hasta la creación de una institución encargada de promover y favorecer la integración de los inmigrantes.

INTEGRACIÓN E ISLAM: UN NUEVO OBJETO DE DEBATE POLÍTICO

En 1991, apenas un par de años después de la discusión sobre el velo islámico, el gobierno socialista, bajo la dirección de Mitterrand y el primer ministro Michel Rocard, creó el Alto Consejo para la Integración (*Haut Conseil à l'Intégration*, HCI). Este organismo consultivo estaría encargado de elaborar diagnósticos y recomendaciones que coadyuvaran a la incorporación de la población extranjera. La preocupación por la integración no era un asunto nuevo: desde el periodo de los “treinta gloriosos”, el Estado francés se comprometió con políticas sociales que pretendían favorecer la incorporación de los inmigrantes y sus familias, por ejemplo, mediante los fondos de acción social –creados en 1958 y conocidos como FAS– y políticas focalizadas como los contratos de desarrollo social para ciertos barrios o las zonas de educación prioritarias. Sin embargo, la creación del Alto Consejo para la Integración fue novedosa, pues lejos de avocarse al diseño de políticas específicas permitió consagrar los principios del modelo de integración francés en textos e instituciones oficiales. Así, en su primer informe, publicado en 1991, el Consejo definió la integración como:

[...] Un proceso específico mediante el cual se incentiva a todos los miembros de la comunidad nacional a participar activamente en la vida social del país, reconociendo las diferencias entre los individuos, pero sin exaltarlas. Una política de integración subraya las similitudes y convergencias entre las personas y la igualdad en sus derechos y obligaciones, con el objetivo de mostrar solidaridad frente a las diferentes tradiciones étnicas y culturales que conviven en el seno de la sociedad francesa y de dar a todos la posibilidad de vivir en ella, en el entendido de que han aceptado sus reglas e instituciones.²⁹

La lectura de los informes presentados por el *Haut Conseil à l'Intégration* permite identificar definiciones y tesis oficiales, al tiempo que da cuenta de los términos del debate en coyunturas o contextos específicos. No es extraño que después de la controversia del velo, el primer reporte del Consejo, titulado “Por un modelo francés de integración”, estableciera los principios básicos del proceso de integración a la sociedad francesa. En este informe inicial, el Consejo intentó promover una postura más abierta en relación con la diversidad y el derecho a la diferencia, pero sin abandonar el principio de igualdad y sin otorgar prerrogativas a las minorías.

La integración se definió como un proceso activo, motivado por la acción individual y la participación dentro la comunidad nacional. Para Jacqueline Costa-Lascoux, miembro del HCI, el ideal de la integración a la

²⁹ *Pour un modèle français d'intégration*, París, La Documentation Française, 1991, p. 12.

francesa se resume en la frase “del inmigrante al ciudadano” (*de l’immigré au citoyen*), expresión que indica el estadio último del proceso de incorporación.³⁰ Este objetivo podrá alcanzarse en un contexto de pluralidad cultural gracias a la preeminencia de la igualdad, que se contrapone a la lógica del multiculturalismo y las políticas del reconocimiento. Fiel al principio republicano, el Estado francés se niega a admitir la existencia de minorías y sólo reconoce a individuos, a ciudadanos. Los miembros de grupos minoritarios conservan el derecho de identificarse y diferenciarse como tales, pero en el ámbito privado. “La República no reconoce más que los derechos del individuo, libre de cualquier filiación comunitaria [...] La integración supone que el extranjero se une a la comunidad nacional en igualdad de derechos y obligaciones y puede, si así lo desea, conservar identidades o rasgos particulares, pero éstos no podrán intervenir en el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus obligaciones”.³¹

La insistencia del Alto Consejo para la Integración en el asunto de las minorías remite una vez más a la problemática de Creil. El debate sobre el velo islámico de 1989 fue un parteaguas en la comprensión del Islam en Francia y dio una visibilidad sin precedentes a la comunidad musulmana. Las preocupaciones por la incorporación de este grupo permanecieron latentes y el HCI dedicó otro de sus informe al tema del laicismo y el Islam. Esta vez, el análisis se concentró en una institución concreta: la escuela. El reporte subrayó los principios de la educación cívica y la importancia de la

³⁰ *Op. cit., passim.*

³¹ Haut Conseil à l’Intégration, *Liens culturels et intégration*, p. 19.

escuela pública en el proceso de integración, al ser el ámbito de socialización por excelencia. Para el Consejo, la escuela republicana favorece la síntesis secular que esconde la diversidad cultural y religiosa. No obstante, Marie-Claude Blanc-Chaléard sostiene que la escuela pública no siempre fue exitosa en promover la cohesión social. La tarea de la integración se convirtió en una obligación para muchos niños y jóvenes de origen inmigrante y una nueva fuente de estigmatización para aquéllos “mal integrados”. La discriminación fue más evidente en el seno del sistema escolar, pues muchos hijos de inmigrantes permanecieron relegados y tuvieron pocas posibilidades de movilidad social.³²

Por otra parte, el reporte reflexionaba sobre el Islam como un hecho religioso, social y cultural y las posibilidades de integrarlo a la sociedad francesa. En este sentido, el gobierno socialista tomó la iniciativa de establecer, en 1991, el Consejo de Reflexión sobre el Islam en Francia (CORIF), bajo el auspicio del Ministerio del Interior. Este hecho fue muy novedoso y representó uno de los primeros esfuerzos por construir una política nacional frente al Islam. Según Claire de Galember, antes de los años noventa, la gestión pública del Islam en Francia, es decir su incorporación y regulación en el espacio público, tuvo un carácter errático y experimental sobre todo en el nivel local.³³ A partir del decenio de los

³² *Op. cit.*, p. 98.

³³ Los primeros intentos de regulación pública del Islam en Francia también ocurrieron en el terreno local. Hubo cierta disparidad al momento de reconocer al Islam como actor político, así como en las concesiones que se otorgaron a las comunidades musulmanas. Un ejemplo claro de esto se refiere a la construcción de mezquitas: mientras algunas municipalidades cedieron a esta demanda desde principios de la década de los ochenta, otras

noventa, aumentó el poder regulador del Estado central. Se intentó organizar al Islam “desde arriba”, mediante la creación de instituciones como el CORIF, con el objetivo de dotar al Islam de una estructura representativa nacional que funcionara como instancia reguladora de la comunidad musulmana y que, al mismo tiempo, sirviera como interlocutor del gobierno.

Estas iniciativas buscaron atenuar las preocupaciones de las autoridades y de la sociedad en su conjunto en relación con el Islam, al tiempo que pretendían promover el establecimiento de un Islam “a la francesa”, es decir, moderado y compatible con los valores y principios de la República. Sin embargo, el Islam fue fuente de desasosiego permanente, debido al surgimiento de nuevos actores que reivindicaban demandas de reconocimiento religioso y representación política, como ocurrió con los llamados *beurs*. Hubo una gran inquietud a propósito de la “islamización” de las nuevas generaciones, pues su apego al Islam era visto como una muestra de hostilidad a los principios y valores republicanos. Sin embargo, según John R. Bowen, los jóvenes de origen inmigrante se identificaron con el

bloquearon estas propuestas con base en el principio constitucional del laicismo y el respeto a la legislación de 1905 que separa a la iglesia y el Estado y según la cual “la República no reconoce ni subvenciona ningún culto religioso”. Otra diferencia interesante es que los defensores de estas propuestas también cambiaron de un lugar a otro, pues en algunas ciudades fueron las propias autoridades locales, y no la comunidad musulmana, quienes tomaron la iniciativa. Así, los primeros esfuerzos de gestión pública del Islam en Francia se caracterizaron por su heterogeneidad; el ámbito local fue el escenario privilegiado de acción, pero no hubo políticas coherentes ni uniformes. “La gestion publique de l’islam en France et en Allemagne. De l’improvisation de pratiques *in situ* a l’amorce d’un processus de régulation national”, *La revue internationale et stratégique*, 52 (2003), p. 68.

Islam, porque encontraron muchos obstáculos para ser aceptados como franceses.³⁴ A esto hay que añadir una gran parte de la comunidad musulmana enfrentaba condiciones de discriminación socio-económica importantes y la percepción que existe sobre el Islam como una fuente potencial de inestabilidad.

Sin duda, el ejemplo más representativo de la problemática alrededor del Islam en Francia es el debate sobre el uso del velo islámico. La discusión se extendió durante todo el decenio de los noventa, aunque nunca con la intensidad de la polémica en Creil. En 1994, el asunto volvió a atraer el interés de la opinión pública luego de que el nuevo ministro de Educación, François Bayrou, anunció su intención de prohibir el uso del velo en las escuelas. Bayrou, quien fuera defensor del velo en 1989, explicaba su cambio de postura como sigue:

Mi primera reacción entonces fue la comprensión; pensé que se trataba de una manifestación personal. Sin embargo, las historias se han multiplicado, de manera que no podemos seguir ignorando lo que un pañuelo en la cabeza representa para los fundamentalistas que amenazan con la muerte a las mujeres que se niegan a usarlo. Hay movimientos frente a los cuales no es posible permanecer indiferentes, pues todos sabemos a lo eso puede conducir. Por estas razones me parece que es tiempo de decir “no”.³⁵

³⁴ *The Republic and the Veil*, p. 272.

³⁵ Citado por Y. Gastaut, *op. cit.*, p. 593.

El 20 de septiembre de 1994 entró en vigor una circular que pedía a los directores de los centros escolares prohibir el uso de símbolos religiosos de manera ostentosa por considerarlos elementos de proselitismo, pero no cuestionaba la presencia de signos más discretos, reflejo de una convicción personal. Estaba claro que el velo islámico era visto como un símbolo ostentoso, mientras que la cruz y la kipá eran considerados signos discretos.

El regreso del velo al centro del debate a mediados de los noventa fue resultado de la conjunción de una serie de variables internas y externas. La cancelación de las elecciones en Argelia en 1992 provocó una gran ola de violencia que pronto alcanzó a Francia. La prensa se refirió al conflicto como la “segunda guerra de Argelia” y los programas de televisión cubrían los diferentes incidentes relacionados con el velo, al tiempo que reportaban sobre los combates en Argelia. Según el testimonio de una mujer de negocios musulmana, “para el espectador promedio la conclusión era obvia: el velo equivale al Islam y éste a terrorismo”.³⁶

El debate se tranquilizó a finales de la década, pero los ataques del 11 de septiembre lo reavivaron. Este acontecimiento representó un punto de inflexión en la manera de comprender al Islam: para Christophe Bertossi, “se ha roto la distinción entre Islam, musulmanes, islamismo y terrorismo, transformando la religión musulmana en una identidad global”.³⁷ Después del 11 de septiembre, los medios de comunicación en Francia, como en muchos otros países europeos, se concentraron en las amenazas internas

³⁶ Citado por J.R. Bowen, art. cit., p. 43.

³⁷ “Les Musulmans, La France, L’Europe: contre quelques faux semblants en matière d’intégration”, *Migrations et citoyenneté en Europe*, Friedrich Ebert Stiftung, 2007, p. 6.

atribuibles al Islam. Algunos políticos, intelectuales y periodistas comenzaron a relacionar el velo islámico con distintos problemas sociales: primero, una serie de reportes gubernamentales describían el mal funcionamiento de las escuelas públicas y la separación creciente entre aquellos niños considerados franceses (*français de souche*) y los hijos de inmigrantes, quienes no recibían este reconocimiento, pese a que muchos de ellos tenían la ciudadanía francesa. Para el entonces primer ministro, Jean-Pierre Raffarin, “la señal más evidente de la separación étnica y racial en las escuelas, era el uso de símbolos religiosos”.³⁸ El uso del velo también fue interpretado como una muestra del fortalecimiento del Islam político en Francia; organismos como la Unión de Organizaciones Islámicas Francesas (UOIF) generaron gran nerviosismo por sus vínculos con personalidades como Tariq Ramadan, nieto del fundador de la Hermandad Musulmana en Egipto. Finalmente, grupos de feministas denunciaron el velo por considerarlo una forma de opresión a las mujeres. Así, el debate del velo cristalizó las principales preocupaciones relacionadas con la presencia del Islam en Francia.

LA ALTERNANCIA POLÍTICA Y EL ENDURECIMIENTO DE LA POLÍTICA MIGRATORIA

El decenio de los noventa estuvo marcado por el debate sobre la integración, pero también por un endurecimiento paulatino de la política migratoria, que obedeció a enfrentamientos políticos entre los partidos de izquierda y derecha y su lucha en contra del Frente Nacional. Durante la

³⁸ Citado por J.R. Bowen, *The Republic and the Veil*, p. 275.

campana electoral para los comicios legislativos de 1993, la coalición de derecha, integrada por el *Rassemblement pour la République* (RPR) y la *Union pour la Démocratie Française* (UDF), anunció la introducción de leyes migratorias más estrictas, como la restricción del acceso a la ciudadanía, y de medidas dirigidas a mejorar la integración de los inmigrantes. La campaña fue exitosa y la derecha recuperó la mayoría en la Asamblea Nacional, inaugurando así el segundo periodo de cohabitación en la Quinta República.

El regreso de la derecha al poder se tradujo en la adopción de una serie de leyes ordinarias y una reforma a la Constitución relacionadas directamente con la política migratoria. El cambio más notorio lo impulsó el ministro del Interior Charles Pasqua, quien promovió una ley para controlar los flujos migratorios ilegales y las condiciones de residencia en Francia. La llamada “segunda ley Pasqua” fue mucho más estricta que la de 1986, pues suprimió el derecho a la protección social de los migrantes que se encontrarán en situación irregular y permitió a las autoridades llevar a cabo controles de identidad preventivos. La ley de 1993 buscó frenar por todos los medios posibles la instalación de extranjeros en el país, limitando incluso la reagrupación familiar y la llegada de estudiantes. En una entrevista para *Le Monde*, el señor Pasqua declaraba que “Francia ya no quiere ser una país de inmigración” y a la pregunta sobre el número de inmigrantes que pueden ser recibidos responde: “tomando en cuenta la gravedad de la situación económica, nuestra meta es lograr una inmigración cero”.³⁹

³⁹ Citado por P. Weil, *La France et ses étrangers*, p. 290.

Con este objetivo en mente, el gobierno decidió retomar las conclusiones del reporte presentado por la Comisión sobre la nacionalidad en 1986 y convertirlas en un proyecto de ley. Para sus promotores, el objetivo de la nueva legislación era reforzar el proceso de integración y coadyuvar al mantenimiento de la cohesión social. La Asamblea adoptó sin dificultad la propuesta de reforma al Código de la Nacionalidad y con ello se estableció que los niños de padres extranjeros nacidos en Francia debían expresar su deseo de convertirse en franceses después de cumplir los 16 años de edad. De esta manera, la manifestación de la voluntad reemplazó al sistema de acceso automático a la nacionalidad basado en el derecho de suelo. Para la izquierda, la nueva legislación representó un acto de discriminación “artificial e inaceptable”. El partido socialista, en voz de Michel Rocard, declaraba que la reforma era “inquietante en sus motivaciones, injusta en sus intenciones y peligrosa en sus disposiciones”.⁴⁰ Una de los puntos más criticados fue que la declaración de voluntad era considerada como una prueba suplementaria de pertenencia a la nación. Históricamente, el lugar de nacimiento y residencia habían sido criterios suficientes para convertirse en francés, pero con la ley de 1993 esto dejó de ser así. Para los opositores de la reforma, la nueva legislación rompió con el principio de igualdad en el que se fundamenta el pacto republicano, pues trata de manera distinta a los hijos de inmigrantes de las primeras generaciones y a aquéllos provenientes de la región del Magreb, África subsahariana y de Turquía.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 292.

La reforma al Código de la Nacionalidad, un asunto prácticamente imposible en los años ochenta, se convirtió en una realidad a principios de la década de los noventa debido a los cambios en la estructura política y los recursos de movilización de los actores involucrados en el proyecto de ley durante el gobierno de Chirac y el de Edouard Balladur. En 1986, el RPR y el UDF tenían una tímida mayoría en la Asamblea y había desacuerdos entre ambos partidos a propósito de la reforma. Además, la oposición de la izquierda al proyecto obligó a Chirac a retirarlo. En contraste, en 1993, el gobierno de derecha encabezado por Balladur, obtuvo la mayoría parlamentaria absoluta, mientras que la oposición se encontraba dividida y los movimientos y organizaciones anti racistas estaban debilitados y no podían ejercer la misma influencia que en 1986.

Por otro lado, el endurecimiento de la política migratoria tiene que ver con el desarrollo del proyecto europeo y, en particular, con la entrada en vigor de los acuerdos Schengen en marzo de 1995. Éstos últimos prevén, entre otras cosas, la libre circulación de personas, la supresión de los controles en las fronteras interiores entre los Estados signatarios y la creación de una frontera exterior única. Aunque Schengen representó un paso decisivo en el proceso de integración europea, despertó gran nerviosismo entre los países miembros por el temor a la llegada masiva de trabajadores inmigrantes. Francia no sólo modificó su legislación, introduciendo medidas más restrictivas en relación con la inmigración, también mantuvo mecanismos de control estrictos con todos los extranjeros.

A pesar de estas preocupaciones, el tema migratorio ocupó un lugar discreto durante la campaña presidencial de 1995. Los candidatos de las dos fuerzas políticas más importantes, Jacques Chirac y Lionel Jospin, adoptaron una postura un tanto tibia frente al asunto y ambos parecían coincidir con el rumbo impuesto desde 1993. Chirac creía que las leyes impulsadas por Charles Pasqua le ganarían a los electores de Le Pen, mientras que Jospin consideró muy riesgoso promover una política migratoria distinta. La estrategia fracasó magistralmente, pues el Frente Nacional obtuvo el 15.3% de los votos en la primera vuelta de la elección presidencial y sus resultados a nivel municipal fueron muy buenos, ganando varias alcaldías importantes. El éxito de Jean-Marie Le Pen evidenció el gran fortalecimiento de su partido, que para entonces contaba con el apoyo de un buen número de simpatizantes, muchos de los cuáles mencionaban a la inmigración como el motivo principal de su elección. En este contexto, la formulación de una política migratoria equilibrada, que respondiera a las diferentes demandas del electorado, se convirtió en un elemento clave para la administración de Chirac.

El gobierno encabezado por Jacques Chirac impulsó nuevas medidas restrictivas, entre las que destaca la iniciativa de ley promovida por el ministro del Interior, Jean-Louis Debré, que preveía reforzar las sanciones para los inmigrantes en situación irregular. Según Martin A. Schain, esta legislación es un buen ejemplo del carácter utilitario y de corto plazo que tuvo la política migratoria a partir del último lustro de la década de los

noventa.⁴¹ La llamada “ley Debré” fue una respuesta al movimiento de los “sin papeles”, que adquirió gran notoriedad luego de que un grupo de inmigrantes africanos ocuparon por varios meses la iglesia de Saint-Ambroise en París. Los manifestantes acusaban al Estado francés de crear situaciones de clandestinidad, al tiempo que reclamaban su regularización. Esta reivindicación se basó en la antigüedad de su presencia en Francia y en la deuda histórica del país para con los combatientes de las dos guerras mundiales. El movimiento tuvo el apoyo de la izquierda y despertó gran solidaridad entre la opinión pública. No obstante, la derecha reaccionó aprobando una ley que haría prácticamente imposible la regularización, pues imponía una serie de requisitos difíciles de cumplir antes de poder aspirar a la ciudadanía francesa.

En un mal cálculo político, Chirac decidió adelantar las elecciones legislativas de 1997 con la intención de relanzar la política social y económica de su primer ministro Alain Juppé. El presidente confiaba en que la aprobación de la ley Debré le ganaría el apoyo de un buen número de simpatizantes del Frente Nacional. Sin embargo, la coalición de derecha sufrió una derrota desastrosa y el socialista Lionel Jospin se convirtió en el nuevo primer ministro. El partido socialista manifestó claramente su postura frente a las leyes Pasqua y Debré y prometió “reestablecer los derechos fundamentales al matrimonio, a la vida familiar y el derecho de asilo, así como el Código de la Nacionalidad en su visión republicana”.⁴²

⁴¹ *The Politics of Immigration in France, Britain and the United States. A Comparative Study*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008, p. 54.

⁴² Citado por P. Weil, *La France et ses étrangers*, p. 297.

Después de su victoria, una de las primeras acciones de Jospin como jefe de gobierno fue comprometerse con la regularización de algunos extranjeros en situación irregular con base en criterios precisos, como la reunificación familiar. Además, el primer ministro anunció la creación de una comisión presidida por el sociólogo Patrick Weil, encargada de analizar la situación de la inmigración en Francia, reflexionar sobre las condiciones de aplicación del *ius soli* y proponer reglas simples, realistas y humanas para regular la entrada y estancia de extranjeros en el país.

En julio de 1997, la Comisión presentó un reporte titulado “Por una política de inmigración justa y eficaz”, con 140 propuestas encaminadas a lograr “una nueva síntesis republicana”, según los propios términos de Weil. El reporte recomendaba, entre otras cosas, reestablecer el derecho de suelo, facilitar la regularización a personas que habían residido en Francia por más de diez años, proteger el derecho de asilo y promover la llegada de estudiantes y científicos. Al mismo tiempo, preveía mantener el sistema de visas, sancionar el trabajo irregular y prologar el tiempo de retención para los inmigrantes que esperan su expulsión. El reporte fue criticado por varios actores de izquierda y de derecha: los primeros por no oponerse a las leyes aprobadas en 1993 y 1997, mientras que los segundos lo consideraron demasiado blando. Sin embargo, el reporte serviría como base para la elaboración de una nueva legislación migratoria conocida como ley Chevénement o RESEDA (*Relative à l’entrée et au séjour des étrangers en France et au droit d’asile*). Para Martin A. Schain, “la nueva ley representó una continuación de las políticas estrechas de siempre.

En retrospectiva, el cambio más innovador era la disposición que preveía la creación de una visa temporal para los estudiantes y científicos.”⁴³ Por otra parte, el reporte inspiró la modificación del Código de la Nacionalidad. Mediante una ley aprobada en marzo de 1998 se reestableció el derecho de suelo y con ello los niños de padres extranjeros nacidos en Francia recuperaron el acceso automático a la nacionalidad francesa. La nueva legislación respetó, además, la posibilidad de renunciar a la nacionalidad francesa seis meses antes de cumplir la mayoría de edad o durante el año posterior.

El regreso del *ius soli* fue muy relevante, pues terminó con décadas de conflicto entre inmigración y nacionalidad. Según Christophe Bertossi, desde 1998, el acceso a la nacionalidad ya no ha moldeado el debate sobre la inmigración en Francia. Este tema se ha despolidizado y ha sido sustituido por una nueva agenda: la integración de los inmigrantes de origen musulmán.⁴⁴ Después de las acaloradas discusiones a propósito del velo islámico, las comunidades de inmigrantes ya no se identifican por su nacionalidad u origen étnico, sino por su identidad religiosa. El Islam se ha convertido en el nuevo tema de debate y la integración en uno de los objetivos principales de cualquier política migratoria. Finalmente, el decenio de los noventa se caracterizó por un paulatino endurecimiento de la legislación migratoria. La inmigración se convirtió en motivo de disputa entre las distintas fuerzas políticas y tanto los partidos de izquierda como de

⁴³ *Op. cit.*, p. 55.

⁴⁴ *French and British Models of Integration. Public Philosophies, Policies and State Institutions*, Oxford, University Press, 2007, (*Working Paper No. 46*), pp. 27-28.

derecha buscaron mermar la capacidad de movilización del Frente Nacional. Los esfuerzos de los gobiernos de derecha se concentraron en aprobar legislación cada vez más restrictiva, mientras que los socialistas buscaron mitigar estas medidas, aunque en la práctica mantuvieron regulaciones igual de estrictas.

CAPÍTULO IV

DE CHIRAC A SARKOZY: LA IDENTIDAD NACIONAL A DEBATE

EL TERREMOTO POLÍTICO: EL FRENTE NACIONAL Y LOS COMICIOS DE 2002

Francia comenzó el nuevo siglo con una experiencia política que sacudió las bases de la Quinta República: el éxito del líder de extrema derecha, Jean-Marie Le Pen, en la primera ronda de las elecciones presidenciales de 2002. Desde 1965, cuando los franceses eligieron a su presidente mediante el sufragio universal directo por primera vez, los comicios presidenciales han tenido siempre una dosis de sorpresa¹ y el 2002 no fue la excepción. Después de cinco años de cohabitación, las dos cabezas del ejecutivo, el presidente Jacques Chirac y el primer ministro Lionel Jospin, eran los candidatos favoritos en la contienda y se esperaba que la balanza se inclinara definitivamente en favor de uno ellos en la segunda ronda de la elección, tal y como ocurrió siete años antes. Sin embargo, los resultados del 21 de abril de 2002 sorprendieron al país entero luego de que el socialista Lionel Jospin fue eliminado de la competencia por Jean-Marie Le Pen, quien obtuvo el 16.86% de la votación, es decir, cerca de cinco millones de votos.² Si a esto se suma el 2.34% de votos que logró reunir el Movimiento Nacional

¹ Olivier Duhamel y Jean-Noël Jeanneney, *Présidentielles, les surprises de l'histoire. 1965-1995*, París, Seuil, 2002, p. 13.

² El candidato del *Front National* obtuvo 4,804,713 votos (16.86%); Lionel Jospin 4,610,113 (16.18%); y Jacques Chirac 5,665, 855 (19.88%). Jean-Luc Parodi (dir.), *Institutions et vie politique sous la Ve République*, París, La Documentation Française, 2003, p. 178.

Republicano (*Mouvement National Républicain*) encabezado por Bruno Mégret –uno de los líderes principales del Frente Nacional hasta 1999–, el resultado para la extrema derecha fue sorprendente: 19.2% del total de los votos, lo que representaba el apoyo de uno de cada cinco electores. Los resultados de Chirac fueron similares a los que obtuvo en los comicios de 1989 y 1995, pero su base electoral era endeble. Según Arnaud Miguet, el 19.88% alcanzado por Chirac representa el peor resultado que un presidente que busca la reelección ha obtenido.³ Sin embargo, debido a las condiciones extraordinarias de la contienda –por primera vez desde 1969 no habría un candidato de izquierda en la contienda presidencial y en su lugar competiría uno de extrema derecha–, este porcentaje fue suficiente para asegurar su permanencia en el Palacio del Elíseo.

Diversos autores han especulado sobre las causas de la derrota del primer ministro y el éxito obtenido por Le Pen. Atribuyen parte de la explicación a las características de los comicios y la campaña electoral de ese año. En la primera ronda de la elección la oferta política fue muy vasta: hubo 16 candidatos registrados (en los dos procesos previos sólo fueron nueve), de una amplia gama de formaciones políticas –socialistas, comunistas, trotskistas, republicanos, derechistas y verdes, entre otros. Esta variedad de opciones contribuyó a fragmentar el voto. Según J. G. Shields, algunos partidos minoritarios de izquierda lograron capitalizar el descontento generado por la ortodoxia económica de Jospin y su aparente descuido de asuntos sociales como la protección de los derechos de los

³ “The French Elections of 2002: After the Earthquake, the Deluge”, *West European Politics*, 25 (2002), p. 207.

trabajadores.⁴ Por otra parte, hubo una fractura importante dentro del Partido Socialista con la salida de uno de sus miembros fundadores, Jean-Pierre Chevènement, quien formó el Movimiento Republicano y Ciudadano (*Mouvement Républicain et Citoyen*) y obtuvo el 5.33% de la votación en la primavera del 2002. Sin duda, esta gran pluralidad, sobre todo dentro de la izquierda, fue uno de los factores que debilitaron al primer ministro.

El resultado obtenido por Jospin fue el peor para un candidato socialista desde 1969, cuando Gaston Defferre fue derrotado en la primera ronda de la elección al recibir sólo el 5% de la votación.⁵ Esta realidad desconcertó a la mayoría de los analistas y fue a contrapelo de las previsiones de todas las encuestas de opinión: “todo parecía apuntar a su victoria [...] después de cinco años al frente del gobierno, su popularidad había aumentado, así como su imagen de sinceridad e integridad”.⁶ Sin embargo, luego de largos periodos de cohabitación (1986-1988, 1993-1995 y 1997-2002), las diferencias entre las dos principales fuerzas políticas no eran tan claras y los proyectos de sus candidatos, Chirac y Jospin, eran muy similares. La insistencia de Jospin en adoptar una postura más centrista desorientó a muchos de sus seguidores, quienes optaron por inclinarse en favor de otras opciones políticas. Distintos autores coinciden al señalar que

⁴ *Op. cit.*, p. 285.

⁵ A. Miguet, *art. cit.*, p. 208.

⁶ *Ibid.*, p. 209.

ambos candidatos fueron incapaces de proyectar un verdadero sentido de innovación y de cambio.⁷

Según Arnaud Miguet, la elección de 2002 fue una muestra de rechazo y un acto de protesta.⁸ Hubo oposición frente a la clase política tradicional, representada por los candidatos de los partidos en el gobierno, y también a la elección en sí misma, la cual se manifestó en la alta tasa de abstención (24.8% de los ciudadanos registrados en el padrón no acudieron a las urnas en la primera ronda). Algunos vieron en la no participación y el voto de protesta una manera de llamar la atención de los actores políticos tradicionales y una forma de ejercer presión sobre ellos. Esta dinámica permitió a los candidatos de partidos radicales, como el Frente Nacional, obtener resultados sin precedentes. Para el autor, “Jospin no pudo escapar al destino impuesto por el Hôtel Matignon. En la historia de la Quinta República, nunca un primer ministro logró cruzar directamente de la orilla izquierda al lado derecho del Sena... de Matignon al Elíseo”.⁹

La presencia de Le Pen en la segunda ronda presidencial no sólo evidenció el apoyo popular con el que contaba su partido, también introdujo un nuevo clivaje en la vida política francesa. Su éxito en la primera etapa del proceso respondió, en buena medida, a la estrategia adoptada por el líder derechista durante la campaña: Le Pen procuró pulir su imagen, moderando sus opiniones y posturas sobre temas como la

⁷ J.G. Shields, *op. cit.*, p. 282. Véase también Pascal Perrineau, “La surprise lepéniste et sa suite législative” en P. Perrineau y Colette Ysmal (eds.), *Le vote de tous les refus. Les élections présidentielle et législatives de 2002*, París, Presses de Sciences Po, 2003, pp.199-222.

⁸ Art. cit., p. 210.

⁹ *Ibid.*, p. 209.

inmigración —abandonó su demanda sobre la deportación de tres millones de inmigrantes no europeos en el transcurso de cinco años— y se autodeclaró un hombre de centro-derecha. Sus propuestas se basaron en el renovado programa político de su partido titulado “Por un futuro francés” (*Pour un avenir français*). Esta plataforma, diseñada en 2001, sostenía ideas como la preservación de la identidad y soberanía nacionales, una política de “tolerancia cero” para lograr el mantenimiento de “la ley y el orden”, el endurecimiento de los requisitos de acceso a la nacionalidad, la regulación estricta de la inmigración y el asilo, la reducción del gasto público y un plan para lograr el pleno empleo para los franceses mediante criterios de “preferencia nacional”.

Al igual que el Partido Socialista, el *Front National* enfrentó una escisión fundamental con la salida de Bruno Mégret, quien compitió con Le Pen en la elección de 2002, retomando algunos de los temas predilectos de la extrema derecha y con la promesa de “restaurar el orden en Francia”. El dirigente del Frente Nacional respondió al desafío con un programa político menos radical, más inclusivo y asertivo. J.G. Shields señala que durante su campaña, Le Pen enfatizó la igualdad de oportunidades para los franceses, al tiempo que apoyó a desempleados y pensionados, así como a otros sectores social y económicamente excluidos.¹⁰ El slogan que repitió con gran entusiasmo durante este periodo fue: “socialmente hablando, estoy con la izquierda, económicamente, con la derecha y, nacionalmente, estoy con Francia”. Otra fórmula célebre, que pronunció ante varios miles de seguidores en uno de sus últimos actos públicos antes de la elección, fue el

¹⁰ *Op. cit.*, p. 283.

lema del régimen de Vichy: “Trabajo, familia y patria” (*Travail, famille, patrie*). Aunque el perfil socio económico de los votantes del Frente Nacional es bien conocido –en su mayoría hombres jóvenes de clase obrera con un nivel de instrucción básico–, su nueva retórica y programa lograron convencer a muchos más electores que en procesos anteriores. Para Miguet, Le Pen se convirtió en una alternativa atractiva porque sus ideas apelaron a una gran variedad de clases y sectores sociales.¹¹

Buena parte del éxito del Frente Nacional se explica también por el énfasis de todas las fuerzas políticas en “la ley y el orden”. Al final del decenio de los noventa, hubo un alza importante en los índices de criminalidad y violencia y, para 2002, la mayoría de los votantes y de los partidos políticos coincidían en señalar a este tema como una de sus preocupaciones principales. Además, como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre, las relaciones entre inseguridad, migración ilegal y fundamentalismo islámico encontraron gran resonancia. Según algunas encuestas del Centro de Investigaciones Políticas de Sciences Po (CEVIPOF), el 74% de los simpatizantes de Le Pen mencionaron “la ley y el orden” como uno de los motivos de su elección; otros asuntos prioritarios fueron la inmigración y el desempleo.¹² El programa político del Frente Nacional del 2001 se caracterizó por establecer un vínculo entre inmigración, ley y orden; consideraba que los inmigrantes representaban

¹¹ Art. cit., p. 208.

¹² Citado por P. Martin, “L’élection présidentielle et les élections législatives françaises de 2002”, *French Politics, Culture and Society*, 21 (2003), p. 16.

“una amenaza mortal para mantener la paz y el orden civil en Francia”.¹³ La mayoría de los partidarios de la extrema derecha se identificaron con estas ideas: poco más del 95% sostenía que había demasiados extranjeros en Francia, cerca del 80% creía ya no sentirse en casa en su propio país y el 46% apoyaba las creencias sobre la desigualdad natural entre razas, defendidas abiertamente por Le Pen.¹⁴

Aunque la inmigración no fue un factor determinante en la elección de 2002, sí contribuyó a moldear las preferencias de un buen número de votantes. La importancia que algunos candidatos dieron al fenómeno durante su campaña demostró que este tema se había convertido en un referente obligado para cualquier partido con aspiraciones políticas serias. Finalmente, la segunda etapa del proceso se transformó en un referéndum en contra de Jean-Marie Le Pen y en una prueba del compromiso de los franceses con los principios y valores republicanos. Durante las dos semanas entre ambas rondas, las calles de París y del resto de Francia se convirtieron en el escenario de innumerables manifestaciones y muestras de oposición al *Front National*, que culminaron el 1 de mayo con una gran marcha nacional en la que participaron casi un millón y medio de personas. Cuatro días después, el proceso terminó con la elección de Jacques Chirac como presidente de la República con una mayoría abrumadora: 82.21% de los votos. Paradójicamente, el hombre que había equiparado los índices de desempleo con el número de inmigrantes en el país, que lamentaba “el

¹³ *Pour un avenir français. Le programme du gouvernement du Front National*, París, Editions Geoffrey de Bouillon, 2001, pp. 61-62, 206-208.

¹⁴ J.G. Shields, *op. cit.*, p. 284.

ruido y olor” de los extranjeros y que denunciaba el exceso de inmigrantes en Francia¹⁵, se convirtió en una figura casi romántica: el “salvador de la República” y la encarnación del imperativo moral de la tolerancia y el respeto.

Jacques Chirac fue reelecto con un respaldo sin precedentes en la historia de la Quinta República, pero el presidente aún debió asegurar la victoria de su partido en las elecciones legislativas del mismo año. Lo logró al adoptar una estrategia de coalición con todas las agrupaciones políticas de centro-derecha, que condujo a la formación de un nuevo partido: la Unión por la Mayoría Presidencial. Éste último se transformó en la Unión por un Movimiento Popular (*Union pour un Mouvement Populaire*), en noviembre de 2002. El mandatario también nombró primer ministro a Jean-Pierre Raffarin, un senador desconocido del partido *Démocratie Libérale*, en un intento por acercarse a los sectores populares de Francia (*la France d'en bas*),

¹⁵ Chirac manifestó públicamente opiniones de este género acerca de la inmigración en diferentes ocasiones. Durante sus años como alcalde de París y presidente del RPR, por ejemplo, pronunció un discurso recordado como el “del ruido y el olor” (*le bruit et l'odeur*), en el cual estigmatizaba la imagen de los inmigrantes de origen africano y musulmán. Nuestro problema, decía, no son los extranjeros, es que hay demasiados. Si bien es cierto que hay menos extranjeros ahora que antes de la guerra, hay una diferencia entre los inmigrantes de entonces y los de ahora: la presencia de musulmanes y negros es mucho más problemática que la de personas de origen español, polaco o portugués [...] ¿Cómo podemos esperar que reaccione un ciudadano francés que trabaja y gana alrededor de 15,000 francos al mes, si a su lado vive una familia con un padre de familia con tres o cuatro esposas, una veintena de hijos y que, sin un trabajo formal, gana cerca de 50,000 francos en prestaciones y ayuda sociales? Si a esto añadimos el ruido y el olor, el trabajador francés tendrá suficiente para volverse loco. Citado por, Régis Guyotat, “Le débat sur l’immigration. Le maire de Paris : Il y a overdose”, *Le Monde*, París, Francia, 21 de junio de 1991.

que habían contribuido a su reelección. Otro cambio fundamental fue la designación de Nicolás Sarkozy como ministro del Interior. Para Pierre Perrineau, este nombramiento fue una respuesta a las preocupaciones del electorado sobre “la ley y el orden” –tema que dominó la primera ronda de la elección presidencial y que resurgió durante la campaña legislativa– y una maniobra política para mantener al Frente Nacional alejado del debate.¹⁶

LA POLÍTICA MIGRATORIA DE NICOLÁS SARKOZY, EL MINISTRO

El resultado del proceso electoral del 2002 fue un indicador de la gran relevancia que había adquirido la política migratoria para las distintas fuerzas políticas francesas. El proceso mostró que diferentes sectores del electorado consideraban que el gobierno había mantenido una política demasiado laxa y que una buena parte de la población vinculaba a la inmigración con problemas de violencia urbana e inseguridad. En consecuencia, el tema migratorio ocupó un lugar central durante el segundo mandato de Chirac. El ministro del Interior, Nicolás Sarkozy, desempeñó un papel protagónico en este sentido: durante los dos periodos que estuvo al frente de esta cartera (2002-2004 y 2005-2007), promovió la aprobación de nueva legislación sobre la materia, procurando endurecer los controles migratorios, restringir el acceso a la nacionalidad francesa y promover la integración. Sus acciones ganaron rápidamente la aprobación popular: según los resultados de una encuesta realizada en 2002, el 60% de los entrevistados manifestaron confianza en su política para combatir la

¹⁶ Art. cit., p. 218.

inseguridad y la inmigración ilegal y el 50% aprobaba sus propuestas en materia de integración.¹⁷

El 26 noviembre del 2003, se aprobó una ley sobre migración, residencia de los extranjeros en Francia y nacionalidad, conocida popularmente como “Ley Sarkozy” (*loi 2003-1119 relative à la maîtrise de l’immigration, au séjour des étrangers en France et à la nationalité*). Esta ley tenía como objetivos principales restringir la inmigración ilegal y reducir el número de solicitudes de asilo. Según Virginie Guiraudon, la legislación era mucho más restrictiva que aquella impulsada por Charles Pasqua durante el decenio de los noventa.¹⁸ La ley buscaba controlar los flujos migratorios al ampliar el periodo de detención de los migrantes irregulares y establecer metas específicas en relación con el número de deportaciones –previstas en 25,000 para el año 2006. También dio un gran impulso al retorno voluntario, suprimió el asilo territorial y racionalizó el procedimiento de admisión a Francia en condición de refugiado.¹⁹ Finalmente, la “Ley Sarkozy” buscó promover la inmigración selectiva (*immigration choisie*), es decir, una inmigración que tome en cuenta la situación demográfica del país, sus perspectivas de crecimiento, las necesidades del mercado laboral y

¹⁷ Citado por Sally Marthaler, “Nicolas Sarkozy and the Politics of French Immigration Policy”, *Journal of European Public Policy*, 15 (2008), p. 387.

¹⁸ “L’intégration des immigrés ou la politique de l’ésquive. Réformer sans changer de modèle?” en Pepper D. Culpepper, Peter A. Hall, Bruno Palier, *La France en mutation 1980-2005*, París, Presses de Sciences Po, 2006, p. 292.

¹⁹ El número de solicitudes de asilo aumentó de 20,000 en 1997 a 82,000 en 2001. Después de la aprobación de la ley, disminuyeron a 65,000 en 2004 y 60,000 en 2005. “Le projet de loi relatif à l’immigration et à l’intégration: extraits de l’exposé des motifs”, *Politique de l’immigration*, París, La Documentation Française, 2006, (*Regards sur l’actualité* 326), p. 27.

sus capacidades de recepción. Según un extracto del proyecto de ley, “sólo bajos estas condiciones será posible garantizar la integración de los extranjeros a la sociedad francesa (*intégration réussie*)”.²⁰ Estas dos fórmulas (*immigration choisie e intégration réussie*) pronto se convirtieron en el *leitmotiv* del discurso de Nicolás Sarkozy, primero como ministro del Interior y luego durante su campaña presidencial en 2007.

Como ocurrió en el pasado,²¹ uno de los argumentos para justificar el endurecimiento de los controles migratorios fue facilitar la integración de los extranjeros que ya residían en Francia. Sin embargo, la adopción de prácticas más restrictivas durante la gestión de Sarkozy fue motivada por consideraciones políticas y electorales. Según Sally Marthaler, “tras la elección presidencial del 2002, Sarkozy estaba dispuesto a transformar lo que hasta entonces había sido una amenaza para la centro-derecha en una oportunidad”.²² El ministro del Interior pretendía competir con Le Pen al adoptar posturas más duras en relación con la inmigración y otros asuntos prioritarios para la extrema derecha. La estrategia era riesgosa, pues no sólo podía legitimar el programa del Frente Nacional, también conllevaba la alienación potencial del electorado centrista. No obstante, los 5.5 millones de votos que obtuvo la extrema derecha en abril de 2002 eran una muestra inequívoca sobre la rentabilidad electoral del tema migratorio. Además, la derrota de Le Pen no neutralizó su influencia ni la de su partido. Para J.G. Shields, el apoyo popular al Frente Nacional ha sido consistente en el

²⁰ *Ibid.*, p. 28.

²¹ *Vid. Supra*, pp. 36-37.

²² *Art. cit.*, p. 388.

transcurso de las últimas dos décadas. Según el autor, ha habido una aceptación cada vez mayor de las ideas de Le Pen: en 1997, casi la mitad de la población reprobaba sus propuestas, mientras que en 2006 sólo el 34% lo hizo. Del mismo modo, en ese año, más de un tercio de los franceses consideraba que la extrema derecha es cercana a sus preocupaciones y enriquece el debate político en el país.²³

Por otra parte, Sarkozy procuró equilibrar su postura frente a la inmigración con propuestas progresistas en el ámbito de la integración. Como ministro se pronunció en favor de políticas de discriminación positiva y de otorgar a los extranjeros el derecho a voto en las elecciones locales. También sugirió la posibilidad de financiar la construcción de mezquitas con recursos estatales y apoyó la creación del Consejo Francés de Culto Musulmán en 2003. Para Claire de Galember, el nacimiento de esta institución formó parte del proceso de reconocimiento y regulación pública del Islam en Francia que comenzó en la década de los noventa.²⁴ Las ideas liberales del entonces ministro del Interior fueron rechazadas por la mayoría de los miembros de la UMP y por el presidente Chirac, quien mantuvo una posición más conservadora y aparentemente más coherente con el republicanismo francés en relación con estos temas. No quedan claras las razones por las que Sarkozy decidió impulsar estas iniciativas: pudo haber sido una especie de convicción motivada por el hecho de ser hijo de inmigrantes, un esfuerzo por atraer a un segmento específico de la

²³ *Op. cit.*, p.285.

²⁴ *Art. cit.*, pp. 68-69.

población, o una estrategia para debilitar a sus rivales.²⁵ En cualquier caso, abandonó estas ideas en 2007 durante su campaña como candidato a la presidencia de la República y sus políticas en materia migratoria y de seguridad le ganaron gran popularidad, más que cualquier opinión en favor del multiculturalismo.

Poco después de la entrada en vigor de la “Ley Sarkozy”, el gobierno de Chirac se embarcó en una nueva empresa relativa a la política migratoria: la reforma del Código de entrada y residencia de los extranjeros en Francia y el derecho al asilo, mejor conocido como CESEDA por sus siglas en francés.²⁶ La reforma de este código terminó con la promulgación de la ley del 24 de julio de 2006 relativa a la inmigración y la integración, también conocida como “segunda ley Sarkozy”. Según Danièle Lochak, “esta ley representa la segunda etapa –sin duda, no la última– de una reforma global de la política migratoria en Francia”.²⁷ Mientras que la legislación del 2003 dio prioridad a la lucha contra la inmigración ilegal, la del 2006 estableció como objetivo principal adaptar los flujos migratorios a la capacidad del país para recibir extranjeros y a sus necesidades económicas. La legislación se inscribe entonces en el discurso de la inmigración selectiva.

Desde el inicio de su gestión como ministro del Interior, Sarkozy, quien fuera el principal promotor de la ley, distinguió claramente entre la inmigración que el país había padecido, como la reunificación familiar y los solicitantes de asilo, de aquella que debía fomentarse, es decir la que se

²⁵ S. Marthaler, art. cit., p. 389.

²⁶ Code de l'entrée et du séjour des étrangers et du droit d'asile.

²⁷ “La loi du 24 juillet 2006 relative à l'immigration et à l'intégration” en *Politique de l'immigration*, p. 45.

adaptara a las necesidades de la economía de Francia y a sus capacidades de integración. Este discurso y las medidas implementadas para materializarlo contribuyeron a reactivar el antagonismo tradicional entre nacionales y extranjeros, al tiempo que reforzaron la connotación negativa que la inmigración había adquirido en los últimos años. No obstante, Sarkozy había ganado el liderazgo de la UMP e insistió en el objetivo de disminuir la proporción de inmigración familiar e incentivar la migración laboral. Así, se creó la “tarjeta de competencias y talentos”, otorgada a todo extranjero “susceptible de participar de manera significativa y perdurable en el desarrollo económico, intelectual, cultural o deportivo del país”. Al mismo tiempo, la ley estableció restricciones estrictas a ciertas categorías de inmigrantes, como cónyuges y padres de niños franceses. La legislación del 2006 también dio gran importancia al tema de la integración: condicionó la obtención de los permisos de residencia permanente (la tarjeta de diez años) a la integración de los extranjeros. Todo extranjero que desea establecerse de forma permanente en Francia debe firmar un “Contrato de recepción e integración”, por el cual se obliga a recibir una formación cívica que contribuya a socializarlo en las instituciones y valores de la República francesa, en particular la igualdad entre hombres y mujeres y la *laïcité*.²⁸

²⁸ El contrato se presenta durante una ceremonia que se lleva a cabo en la prefectura e incluye la presentación de un video titulado “Vivir en Francia”. Durante el proceso, se realiza una entrevista individual en la que se discuten las necesidades laborales del inmigrante, la posibilidad de obtener la seguridad social y ayuda para el alquiler de una vivienda y se realiza un chequeo médico. El extranjero también debe comprobar su dominio del francés; si éste es considerado insuficiente, se ofrecen 400 horas de clases de idioma gratuitas, al final de las cuales podrá obtener un diploma de principiante en francés. Finalmente, se explica el

Según la exposición de motivos de esta ley, “la integración es el proceso mediante el cual opera el tránsito de una inmigración padecida o impuesta a otra selectiva”.²⁹

Se ha cuestionado el momento en que esta legislación fue propuesta y las razones por las que sus disposiciones no se incluyeron en la primera ley del 2003. El anuncio sobre la reforma no fue arbitrario: ocurrió justo después de que los ciudadanos franceses rechazaron la ratificación del Tratado Constitucional Europeo en el referéndum del 29 de mayo del 2005. Según Sally Marthaler, la inmigración ilegal había sido uno de las preocupaciones principales de los votantes y, por lo tanto, un tema que debía ser atendido con urgencia.³⁰ Luego de la consulta, Dominique de Villepin reemplazó a Jean Pierre Raffarin como primer ministro, mientras que Sarkozy inició su segundo mandato al frente del Ministerio del Interior. Este reacomodo político tuvo consecuencias importantes para la política migratoria francesa, pues la rivalidad entre Villepin y Sarkozy era bien conocida y ambos personajes procuraron adoptar posturas más firmes respecto al tema, sobre todo en vísperas de la elección presidencial del 2007.

Una de las primeras medidas de Villepin como jefe de gobierno fue anunciar la creación de un comité interministerial sobre control migratorio para coordinar las acciones de los ministerios del Interior, de Asuntos Sociales y de Asuntos Exteriores. Por su parte, Sarkozy propuso una nueva

contenido del contrato, enfatizando que el inmigrante debe respetar las instituciones y valores franceses, como la separación entre la iglesia y el Estado.

²⁹ D. Lochak, art. cit., p. 52.

³⁰ Art. cit., p. 389.

iniciativa de ley, al tiempo que declaraba que buscaría transformar profundamente la política migratoria en Francia. Se comprometió a incrementar el índice de expulsiones de inmigrantes irregulares en un 50%, pues sostenía que “Francia sólo podía mantener una postura generosa si aquellas personas que habían permanecido en el país en forma irregular regresaban a casa”. También manifestó su intención de terminar prácticas abusivas, en particular en el caso de matrimonios por conveniencia, solicitudes de asilo y acceso a servicios de salud estatales.³¹

El nuevo paquete de reformas en materia migratoria estuvo motivado en gran parte por consideraciones electorales. Para Sarkozy, la introducción de leyes más duras reforzaría su imagen como un político activo y atento a las preocupaciones y necesidades de la población. Además algunos acontecimientos que se desarrollaron durante la segunda mitad del 2005, entre los que destacan los disturbios en el *banlieue* parisino en el otoño de ese año, contribuyeron a aumentar su visibilidad y su popularidad. Si bien es cierto que este conflicto en los suburbios puede interpretarse como un indicador del fracaso de la política de integración francesa, también abrió una ventana de oportunidad para el ministro del Interior: le permitió adoptar una postura de mano dura, que resonaría en los seguidores de la extrema derecha.

INMIGRACIÓN, DESIGUALDAD Y DISCRIMINACIÓN: LOS SUBURBIOS EN 2005

En el otoño del 2005 los suburbios de París se convirtieron en el escenario de violentos enfrentamientos entre jóvenes de los suburbios (*banlieue*) y la

³¹ *Loc. cit.*

policía, que en el transcurso de un par de semanas se extendieron a toda Francia. Algunos autores han calificado estos acontecimientos como “uno de los conflictos sociales más significativos desde mayo de 1968”.³² La causa directa del conflicto fue la noticia de que dos adolescentes de origen musulmán murieron electrocutados tras ser perseguidos por la policía en la comuna de Clichy-sous-Bois, situada al este de París. La noche del incidente –el 27 de octubre de 2005– se registraron los primeros disturbios. La violencia se extendió durante los días siguientes y se agravó luego de que en una emisión de televisión el ministro del Interior, Nicolás Sarkozy, llamó escoria (*racailles*) a los jóvenes involucrados en los disturbios. La crisis alcanzó su cenit la primera semana de noviembre, cuando miles de vehículos fueron incendiados intencionalmente en los barrios más desfavorecidos del país. Un centenar de poblaciones estuvieron involucradas en los enfrentamientos, se registraron cerca de diez mil vehículos quemados y tres mil arrestos.

La violencia urbana no era un fenómeno nuevo para Francia. Los primeros disturbios ocurrieron al inicio de la década de los ochenta: en julio de 1981 un grupo de jóvenes comenzó a organizar carreras de coches y motos en el barrio de Minguettes, en los suburbios de Lyon, con el propósito de aterrorizar y cometer desmanes, que desembocaron en choques con las autoridades. Distintos autores han identificado estos hechos con el inicio del “problema de los suburbios”.³³ Éste se extendió durante las

³² Gérard Mauger, *L'émeute de novembre 2005*, París, Bellecombe-en-Bauges, 2006.

³³ Annie Collovald, “Des désordres sociaux à la violence urbaine”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 136 (2001), p. 104.

dos décadas siguientes, expresándose en disputas territoriales entre bandas, actos de vandalismo y conflictos con la policía, a los que el gobierno respondió con la promoción de políticas sociales específicas como la creación de las zonas de educación prioritarias y la llamada *politique de la ville*.³⁴ Los disturbios o *émeutes* pronto se convirtieron en un asunto corriente, sin embargo, nunca adquirieron la importancia ni dimensiones del otoño de 2005, cuando el gobierno de Chirac, en voz de su primer ministro Dominique de Villepin, proclamó un estado de emergencia (en aplicación de la Ley del 3 de abril de 1955, promulgada durante la guerra de Argelia).

El presidente Chirac asumió una postura represiva frente a la crisis de 2005, declarando la guerra a quienes consideraba “enemigos de la República”. Por su parte, Nicolás Sarkozy defendió la necesidad de reestablecer el orden y la seguridad, al tiempo que insistió en la supuesta criminalidad de los jóvenes involucrados en el conflicto y en su deseo de sembrar el miedo y la violencia en el seno de la sociedad francesa.³⁵ El sociólogo Frédéric Viguier sostiene que desde el segundo mandato de Chirac, la UMP endureció su postura frente a los suburbios, articulando un discurso que los identificaba con los principales problemas económicos y sociales del país. Para el autor, los *banlieues* eran caracterizados como territorios secesionistas, repletos de fuerzas hostiles a la República debido al peligro latente del “comunitarismo”, entendido como la tendencia entre

³⁴ *Vid. supra*, capítulo II.

³⁵ “Nicolas Sarkozy continue de vilipender racailles et voyous”, *Le Monde*, París, Francia, 11 de noviembre 2005 (Société).

algunos grupos etnoraciales de vivir según estándares propios y ajenos a los valores de la sociedad nacional.³⁶ En opinión de algunos miembros del partido conservador, los enfrentamientos regulares entre los jóvenes de los suburbios y la policía confirman las consecuencias perversas de la proliferación de identidades específicas en estos lugares. “La violencia estalla porque estos jóvenes no quieren vivir con el resto de la nación”.³⁷ Estas opiniones moldearon la plataforma política de la UMP y su respuesta al conflicto: mejores políticas de bienestar social, pero también una mayor vigilancia y castigos más duros para los delincuentes.

La postura gubernamental fue reforzada por algunos intelectuales conservadores, quienes sostenían que los problemas sociales en los suburbios eran una evidencia del fracaso moral de los jóvenes (de origen inmigrante y musulmán principalmente), que albergan sentimientos antirrepublicanos y antimodernos. Esta posición retomaba las ideas presentadas en el libro “Los territorios perdidos de la República”, publicado en 2002, poco después de que se registraron alrededor de 300 actos antisemitas en algunos suburbios de la región parisina y otras ciudades como Lyon y Marsella. Según los autores de este best seller, los suburbios se han convertido en auténticos ghettos en donde se fomenta la violencia, el fundamentalismo religioso, el antisemitismo y el sexismo. El fenómeno reclama entonces de una renovada vigilancia estatal que permita erradicar estos males de la Francia secular.³⁸

³⁶ “The Suburbs”, en *The French Republic*, p. 263.

³⁷ *Loc. cit.*

³⁸ Emmanuel Brenner (ed.), *Les territoires perdus de la République*, París, Mille et une nuits, 2002.

Por otra parte, la segunda fuerza política del país, el Partido Socialista, vio los disturbios de 2005 como una consecuencia del fracaso del ideal igualitario de la República. Para la izquierda, es necesario combatir la miseria material y moral de los suburbios con políticas sociales más comprensivas y programas que ganen la simpatía de los jóvenes de las *cités*. En este sentido, los socialistas han subrayado la importancia de promover la educación cívica y restaurar el valor emocional de los símbolos de la República como la bandera y la Marsellesa. Finalmente, al igual que la UMP, el Partido Socialista ha mostrado una preocupación creciente por el tema de la seguridad y ha enfatizado la necesidad de reforzar los cuerpos policiales, especialmente en las comunas.

La izquierda radical ha rechazado la visión dominante promovida por la UMP, así como el paternalismo defendido por los socialistas. Según Viguiet, los radicales reprochan a las principales fuerzas políticas por su hipocresía, pues al tiempo que sostienen un discurso que enfatiza los valores cívicos de la nación, aceptan la realidad cotidiana de injusticia y discriminación sociales. Señalan que los jóvenes del *banlieue* son los nuevos “indígenas” (*indigènes*) de la República, pues los residentes de los suburbios reciben un trato similar al que tenían los sujetos subalternos durante la época colonial. Así, la declaración de un estado de emergencia después de los disturbios de 2005, como ocurrió durante la guerra de independencia de Argelia en 1955 y la rebelión en Nueva Caledonia en la década de los ochenta, puede interpretarse como una muestra de dominio postcolonial.³⁹

³⁹ Art. cit., p. 264.

Finalmente, los intelectuales de izquierda, cuyas opiniones aún dominan el debate público, han hecho una lectura alternativa de los acontecimientos. Por un lado, distintos críticos postcoloniales radicales y economistas de centro izquierda sostienen que es necesario repensar el universalismo del modelo republicano, pues su indiferencia frente a las particularidades de los individuos —sean sociales, religiosas o de raza— le impide atender el racismo y la discriminación que sufren los jóvenes de las *cités*. Según esta posición es necesario reconocer el problema y promover soluciones como la discriminación positiva. Por otro lado, algunos republicanos de centro izquierda se oponen al desarrollo de políticas que consideran criterios étnicos y raciales con la convicción de que el remedio es económico, es decir, un sistema de redistribución de la riqueza y políticas sociales más eficaces.⁴⁰

En suma, tanto en la esfera política como en el terreno académico los disturbios de 2005 fueron interpretados como un desafío para el entramado social de la República francesa. Distintos actores políticos e intelectuales, tanto de izquierda como de derecha, coincidieron en caracterizar a los suburbios como territorios donde se concentran numerosos males sociales como el desempleo, la desintegración familiar y la violencia. Además, la exclusión y la desigualdad son una realidad cotidiana y sus residentes enfrentan un poderoso estigma, siendo identificados como parias y criminales en potencia. Más que actos de delincuencia o violencia gratuita, las revueltas que estallaron en los suburbios de París, y que se extendieron a un centenar de ciudades en noviembre de 2005, expresaron

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 264-265.

indignación y hartazgo frente a una situación de segregación social y espacial, discriminación racial y desempleo permanentes. Así, lo que empezó como un conflicto por la muerte accidental de dos jóvenes se convirtió en una verdadera protesta social. Sin embargo, por su carácter espontáneo, la ausencia de un proyecto político definido y de líderes para impulsarlo, los disturbios no tuvieron ninguna implicación revolucionaria. En última instancia, el conflicto sirvió para evidenciar las fallas e insuficiencias del modelo de integración francés, y la enorme brecha entre los jóvenes del *banlieue* y las diferentes fuerzas políticas, que se mostraron incapaces de traducir este sentimiento en acción política.

La crisis de los suburbios, sin embargo, tuvo repercusiones importantes en la opinión pública, que vinculó los actos de violencia con las consecuencias perversas de una inmigración excesiva. Para Sylvain Brouard y Vincent Tiberj, “los disturbios del 2005 representan el punto culminante en el debate sobre la inmigración en Francia, en el periodo posterior al 11 de septiembre”.⁴¹ Según los autores, los franceses hicieron tres lecturas alternativas sobre el conflicto: una crisis social, otra de autoridad y una vinculación entre seguridad e inmigración.⁴² Los resultados de una encuesta elaborada por el CEVIPOF confirman estas aseveraciones: el número de los electores calificados como anti-inmigrantes pasó de 47% a 65% entre abril y diciembre de 2005, confirmando así la lectura “migratoria” de los

⁴¹ *Les tensions autour de l’immigration dans l’opinion: crispation et polarisation. Le baromètre politique français*, París, Centre de Recherches Politiques de Sciences Po (CEVIPOF), 2006, p.1. Disponible en: http://www.cevipof.com/bpf/barometre/vague3/v3-synthese/SB_VT-rapport_BPF_V3.pdf

⁴² *Loc. cit.*

acontecimientos. El porcentaje de aquéllos que apoyaban el otorgamiento de subsidios públicos para la construcción de mezquitas decayó de 27 a 15. Finalmente, la violencia tuvo un efecto directo en la percepción sobre la inseguridad, pues en menos de seis meses la proporción de electores que decían sentirse inseguros en el país aumentó doce puntos, pasando del 35% al 47% (véase anexo).⁴³

Otros analistas han señalado que otra consecuencia de los disturbios fue la apertura de la *Cité Nationale de l'Histoire de l'Immigration* (CNHI), en octubre de 2007.⁴⁴ La creación de un museo consagrado a la historia de la inmigración en Francia era un proyecto viejo, desde principios de la década de los noventa se pensó en la iniciativa, pero por razones políticas —el gobierno socialista no quiso ser asociado tan estrechamente con el tema sobre todo frente al rápido ascenso de la extrema derecha— no llegó a buen puerto. En una maniobra sorpresiva, el gobierno de Chirac rescató el proyecto y, en 2006, su ministro de Cultura, Renaud Donnedieu de Vabres, anunció la creación del museo al tiempo que subrayaba la importancia de mantener y fortalecer el pacto social que unía a todos los franceses. Las revueltas del año anterior propiciaron numerosos debates sobre la historia y memoria del pasado colonial francés y evidenciaron que un buen número de inmigrantes y sus descendientes se sentían alienados de la sociedad. En este contexto, la motivación política inmediata detrás de la apertura del museo parecía evidente. Tal vez el museo podría “salvar” a los suburbios y fortalecer el contrato social al reconocer el pasado inmigrante

⁴³ *Ibid.*, p. 2.

⁴⁴ Nancy L. Green, “The Immigration History Museum”, *The French Republic*, p. 243.

de los manifestantes.⁴⁵ Así, la apertura del nuevo museo respondió tanto a la evolución de la memoria e historiografía francesas, como a consideraciones políticas. Aunque hubo esfuerzos por que la iniciativa no tuviera ningún tinte partidista, el hecho de que se llevara a cabo casi veinte años después de la concepción inicial de la idea supuso un buen número de dificultades.⁴⁶

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 2007 Y EL MANDATO DE NICOLÁS SARKOZY

Después de las revueltas de 2005, la inmigración volvió a ocupar un lugar protagónico en el debate público francés. Las preocupaciones alrededor del tema se hicieron patentes durante la campaña presidencial de 2007, cuando los dos candidatos principales, Nicolás Sarkozy y Ségolène Royal, hicieron de la inmigración uno de los pilares de sus campañas. El líder de la UMP endureció su postura frente al tema, subrayando la necesidad de restablecer el orden en la sociedad francesa, al tiempo que se inclinó por defender la

⁴⁵ *Loc. cit.*

⁴⁶ Hubo muchas discusiones sobre la organización, sede y hasta el nombre del museo. Un punto muy controvertido fue su ubicación en el *Palais de la Porte Dorée*, que sirvió primero como puerta de entrada a la Exposición Colonial Francesa de 1931 y luego se convirtió en el Museo de las colonias. Con la descolonización, el museo fue transformado por el entonces ministro de Cultura, André Malraux, en el Museo de artes africanas y de Oceanía, el cual cerró sus puertas en 2003. Por lo tanto, el edificio estaba libre para alojar a la CNHI, pero usarlo para este propósito significaba que el museo que celebraría dos siglos de inmigración en Francia se encontraría en una reliquia del pasado colonial francés. A ello debe sumarse que los bajorelieves en la pared exterior del museo, así como los murales del pasillo principal que, independientemente de sus méritos estéticos, podrían resultar ofensivos debido a las representaciones estereotípicas del sujeto colonial.

llamada “inmigración selectiva”. Por otra parte, algunos elementos del discurso de Sarkozy evocaron las ideas de la extrema derecha. Durante un encuentro con su partido, por ejemplo, Sarkozy se refirió a la integración de los inmigrantes diciendo: “si hay personas que no se sienten cómodas en Francia, son libres de abandonar un país al que no aman”.⁴⁷ Esta frase recuerda al slogan utilizado por Jean-Marie Le Pen durante la década de los ochenta “Francia: ámenla o déjenla” (*La France, aimez-la ou quittez-la*).

La propuesta de política migratoria de los socialistas tuvo un tono un poco más conciliador. Dentro de sus “100 propuestas”, Ségolène Royal incluyó iniciativas como la regularización de los inmigrantes que han residido en Francia por más de diez años y el derecho a voto en los comicios locales para aquéllos que han vivido en el país durante al menos cinco años. En respuesta a la idea de la “inmigración selectiva”, Royal propuso la “inmigración compartida” (*immigration partagée*), es decir, una política que subrayaba las estrategias de cooperación y desarrollo con los países de origen. Con todo, las propuestas de Royal fueron moderadas, pues debían atender, al mismo tiempo, las inquietudes de un electorado progresista, preocupado por los derechos humanos, como de sus votantes tradicionales de la clase trabajadora, que temían por el impacto de la inmigración sobre el empleo y los salarios.

La gran novedad de la campaña de 2007 fue el regreso de las discusiones sobre la identidad nacional francesa, tema que se asoció casi de manera inevitable con el debate sobre la inmigración. Los análisis sobre la identidad nacional fueron recurrentes desde los años ochenta: entonces,

⁴⁷ Citado por Sally Marthaler, art. cit. p. 391.

Pierre Nora y Mona Ozouf realizaron una obra de referencia sobre el tema que contó con las aportaciones de un centenar de historiadores⁴⁸ y, poco más tarde, Fernand Braudel –uno de los miembros más destacados de la escuela de los Annales– publicó una trilogía sobre la identidad de Francia.⁴⁹ No obstante, la sorpresa del “retorno de lo nacional” en 2007 reside más bien en el lugar central que ocupó durante la campaña presidencial. El tema fue recuperado e impulsado por Nicolás Sarkozy, quien articuló gran parte de su discurso alrededor de éste, al tiempo que prometió la creación de un Ministerio de la Inmigración, la Integración, la Identidad Nacional y el Codesarrollo, iniciativa que, aunque polémica, le ganó una enorme cantidad de votos.⁵⁰

El historiador francés Gérard Noiriel ha estudiado bien el lugar que ocupó la identidad nacional en el discurso de Sarkozy durante la campaña del 2007 y sostiene que su programa buscó relanzar el tema de la inmigración a partir de la identidad nacional. Para Noiriel, el candidato de la UMP insistió en el “problema” de la inmigración no sólo porque él mismo era percibido como alguien que podía lidiar con este asunto (más de dos tercios de la población aprobaron su respuesta a la crisis de los suburbios), también porque representaba una oportunidad para proponer una alternativa política aceptable frente a la extrema derecha y recuperar su electorado.⁵¹

⁴⁸ *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992.

⁴⁹ *L'identité de la France*, París, Flammarion, 1986.

⁵⁰ Gérard Noiriel, *À quoi sert l'identité nationale*, París, Agone, 2007, p. 81.

⁵¹ *Ibid.*, p. 83.

El discurso de Sarkozy se articuló alrededor de tres ejes, a saber: la definición de la nación francesa; el principio de la integración; y, la idea de que el modelo republicano estaba en crisis. Estos *leitmotifs* aparecen de manera reiterada en los discursos pronunciados por Sarkozy durante su campaña. Sarkozy subrayó la grandeza de la Francia republicana como un “todo armonioso”, que reconcilia lo particular y lo universal, al tiempo que estableció una correspondencia entre la nación y la República, enfatizando sus valores: la dignidad, la libertad, la justicia y el laicismo. *In nuce*, el espíritu de las luces. Todo esto para magnificar al país que fue cuna de la Revolución y los derechos del hombre y el ciudadano. Al mismo tiempo, los discursos tuvieron una fuerte carga emocional, refiriéndose constantemente a la identidad francesa como un “sentimiento” y una “inclinación del alma”, ideas que recuerdan la concepción voluntarista de la nación defendida por Renan en el siglo XIX.

La integración también fue parte fundamental del discurso. Para Sarkozy, la nación francesa no era una raza ni una etnia, sino el resultado del sincretismo cultural. Así, por ejemplo, “la sangre de los vikingos se entremezcló con la de los galos y los francos”.⁵² Durante la campaña, el candidato del UMP, multiplicó las referencias históricas a los franceses que vinieron de fuera, pero que lograron integrarse a la patria como Léon Gambetta, de origen italiano, e incluso Émile Zola, quien fuera hijo de un ingeniero italiano naturalizado. El propio Nicolás Sarkozy, de ascendencia húngara y judía, se presentó a sí mismo como el representante de la inmigración e integración exitosas. En un discurso pronunciado en Niza el

⁵² Citado por G. Noiriel, *À quoi sert l'identité nationale*, p. 89.

30 de marzo de 2007, el entonces candidato a la presidencia decía a su auditorio: “soy un francés de sangre mestiza, que debe todo a Francia, y estoy orgulloso de ser francés” (*français au sang mêle, qui doit tout à la France, je suis fier d’être français*).⁵³

Finalmente, se encuentra el tema de la crisis por la que atravesaba la identidad nacional francesa y la amenaza que esto representaba para el futuro del país. En palabras de Sarkozy:

Nuestro modelo republicano está en crisis. Se trata de una crisis moral; es una crisis de valores, una crisis de referentes y de sentido, una crisis de identidad [...] Creo que para un pueblo la identidad es algo esencial y creo, además, que Francia atraviesa por una crisis de identidad. Esta crisis es grave, es profunda y es peligrosa.⁵⁴

Con estas ideas, el discurso de la UMP buscó oponer la identidad del ciudadano francés con la figura del “otro”, es decir, el extranjero, que la amenaza. Se estableció así un vínculo entre inmigración e identidad nacional.

Sarkozy subrayó el fracaso de las políticas de integración e imprimió a la inmigración una connotación negativa, al insistir en la figura del “clandestino”, término con una fuerte carga peyorativa que representó la antítesis de lo nacional, del ciudadano francés. El 9 de marzo de 2007 en la ciudad de Caen, Sarkozy insistía en el significado de la identidad francesa y en la necesidad de controlar los flujos migratorios:

⁵³ *Loc. cit.*

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 84-85.

Ser francés, decía, es hablar y escribir francés. Ser francés es respetar la ley. Quien entra de forma clandestina a Francia, quien no hace ningún esfuerzo por integrarse, no debe esperar que se le reconozcan los mismos derechos que a un francés [...] El problema de Francia es que a fuerza de no exigir nada de nadie durante mucho tiempo, ni siquiera el respeto de sus valores y sus leyes, ha alimentado una de las crisis de identidad más grandes de su historia. Es por esto que hay que controlar la inmigración.⁵⁵

Por otra parte, el candidato a la presidencia utilizó con frecuencia el término “comunitarismo” para designar al Islam y contraponerlo a los valores de la República. En su discurso de investidura, pronunciado el 14 de enero de 2007, Sarkozy se manifestó en contra de la sumisión de la mujer, la poligamia y la ablación femenina, al tiempo que declaraba que deseaba ser el presidente de la Francia de los derechos del hombre. Cada uno de los ejemplos utilizados no sólo designaba el prototipo de lo anti-francés, también evocaba la imagen del Islam y, en particular, de la inmigración proveniente del norte de África, cuya exposición mediática había sido muy notoria en años precedentes. De esta manera, Sarkozy utilizó la misma retórica que en el caso de los “clandestinos” con el propósito de definir la identidad nacional en oposición al “otro”. Por medio de la combinación de estas dos amenazas –clandestinos y comunitarismo–, Nicolás Sarkozy creó un discurso basado en lo nacional y en preocupaciones de seguridad, adaptado al contexto mediático de entonces. La laxitud frente a la

⁵⁵ Citado en *ibid.*, p. 93.

inmigración fue presentada como el símbolo de la decadencia y de la crisis de valores por la que atravesaba el país.

El discurso articulado por Sarkozy alrededor de la inmigración justificó su decisión de crear un Ministerio de la Inmigración, la Integración, la Identidad Nacional y el Codesarrollo. En una entrevista con la prensa francesa, el entonces candidato de la UMP precisó que la política migratoria determinaría la identidad de Francia en treinta años. Así, estableció como objetivos del nuevo ministerio luchar contra la inmigración “clandestina”, combatir el comunitarismo y promover una política de integración basada en los valores de la República.⁵⁶ Este último tema adquirió gran relevancia durante el mandato de Sarkozy como presidente de la República. Entre otras cosas, se otorgó el carácter de obligatorio al “Contrato de recepción e integración”, que establecía las condiciones para residir legalmente en el país e insistía en el aprendizaje del francés como uno de los criterios más importantes para obtener la nacionalidad.⁵⁷ Distintos autores recuerdan que definir la identidad nacional a partir de la lengua es contrario a la concepción voluntarista de la nación francesa: después de la guerra de 1870, los alemanes apelaron a este criterio para justificar la anexión de Alsacia y Lorena, mientras que Renan rechazaba esta perspectiva en favor de la idea de una asociación voluntaria entre ciudadanos libres e iguales.⁵⁸

⁵⁶ *Ibid.*, p. 98.

⁵⁷ *Vid. supra.*, p. 102.

⁵⁸ G. Noiriel, *À quoi sert l'identité nationale*, p. 98.

La novedad de este ministerio suscitó una gran polémica. Varias personalidades políticas e intelectuales se manifestaron en contra, denunciando su incompatibilidad con el espíritu republicano. Ocho historiadores que participaban en la *Cité Nationale de l'Histoire de l'Immigration* renunciaron al proyecto en protesta por la creación de dicho ministerio.⁵⁹ En opinión de los académicos, el vínculo entre inmigración e identidad nacional era inaceptable y contradecía la idea inicial de la CNHI:

Nunca antes en nuestra República se había asociado a la inmigración con la identidad nacional en un Ministerio de Estado. Se trata de un acto fundacional de esta presidencia, que entiende a la inmigración como un "problema" para Francia y los franceses. Esta relación se inscribe en el marco de un discurso que estigmatiza a la inmigración y en la tradición de un nacionalismo basado en la desconfianza y la hostilidad hacia los extranjeros, en momentos de crisis.⁶⁰

Nancy L. Green sostuvo que el uso de ambos términos (inmigración e identidad nacional) no era inocente y sólo implicaba un problema en relación con la forma en que los inmigrantes eran percibidos por la sociedad y en la manera en que ellos mismos se sienten en ella. “Me parece —decía—

⁵⁹ Marie-Claude Blanc-Chaléard, Geneviève Dreyfus-Armand, Nancy L. Green, Gérard Noiriel, Patrick Simon, Vincent Viet, Marie-Christine Volovitch-Tavarès y Patrick Weil.

⁶⁰ Marie-Claude Blanc-Chaléard, Geneviève Dreyfus-Armand, Nancy L. Green *et. al.*, *Immigration et identité nationale : une association inacceptable*, París, 18 de mayo de 2007. Disponible en: <http://www.asti.lu/migrations/migrations-dans-le-monde/immigration-et-identite-nationale-une-association-inacceptable/>

que el solo nombre del ministerio constituye un obstáculo para la integración de los inmigrantes”.⁶¹

Pese al descontento de algunos sectores de la población, el ministerio fue creado con el inicio del gobierno de Nicolás Sarkozy, quien mantuvo como eje de su política migratoria la idea de lograr una inmigración selectiva y la lucha en contra de la inmigración ilegal. Aunque se cuestionó mucho su legitimidad, las medidas impulsadas por el nuevo ministerio no hicieron más que reforzar una vieja tendencia de la política migratoria francesa, a saber, la restricción de facto de las condiciones de acceso a la ciudadanía y al territorio nacional mediante el establecimiento de criterios culturales de integración como la firma de un “Contrato de recepción e integración” y la aprobación de exámenes de conocimiento del idioma francés. Desde hace más de una década existía en Francia legislación en este sentido, como las leyes Pasqua de 1986 y 1993, la Ley Debré en 1996 o las leyes Sarkozy, aprobadas en 2004 y 2006. Además, Nicolás Sarkozy se benefició de un contexto favorable, pues desde el inicio del siglo, una serie de episodios –desde la ansiedad generada por la construcción europea y la globalización, hasta el debate sobre el velo islámico, la polémica sobre las caricaturas de Mahoma en 2004 y los disturbios urbanos de 2005– contribuyeron a alimentar las preocupaciones de la opinión pública francesa sobre la inmigración, que invariablemente se mantendría como un asunto central en la agenda política del país.

⁶¹ Citado por G. Noiriel, *À quoi sert l'identité nationale*, p. 100.

CONCLUSIÓN
LA INMIGRACIÓN Y LA REPÚBLICA FRANCESA

En Francia, la inmigración es un asunto notablemente conflictivo, pues evoca preguntas fundamentales sobre la naturaleza misma de la vida cívica francesa. Durante las últimas tres décadas, la llegada y asentamiento de extranjeros al país ha evidenciado el antagonismo entre la diversidad inherente al fenómeno migratorio y el impulso unitario de la ideología republicana. Autores como Gérard Noiriel y Mary Dewhurst Lewis sostienen que esta tensión se ha manifestado durante toda la historia moderna de Francia;⁶² sin embargo, es a partir del segundo tercio del siglo XX que la inmigración adquirió un carácter abiertamente problemático en el terreno social y político, convirtiéndose en uno de los principales clivajes de la vida pública francesa. Entonces, la dinámica de los flujos migratorios se transformó y, con ella, las respuestas del Estado y las percepciones de la población frente al fenómeno migratorio. En este trabajo he analizado la evolución del debate sobre la inmigración en Francia, a fin de identificar las principales transformaciones, así como sus causas, implicaciones y significados.

La primera gran transformación ocurrió en 1974, cuando el gobierno de Valéry Giscard D'Estaing anunció la suspensión de la

⁶² Véase G. Noiriel, *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIXe-XXe siècle*, Le Seuil, París, 2006 y M. Dewhurst Lewis, "Immigration", en *The French Republic*.

inmigración laboral a Francia. La decisión respondió a consideraciones económicas: la crisis petrolera de 1973 terminó con tres décadas de crecimiento sostenido, conocidos como los treinta gloriosos, y ante un escenario económico endeble se juzgó imposible mantener una política de puertas abiertas. El Estado intentó reestablecer el control de los flujos migratorios mediante la suspensión de los contratos de trabajadores temporales, la reducción de los permisos de residencia expedidos y la repatriación de migrantes irregulares. Este cambio significó el tránsito de una inmigración temporal a otra permanente, pues el cierre de fronteras de 1974 aceleró el asentamiento de los inmigrantes y sus familias en territorio francés. De esta manera, la inmigración dejó de ser un fenómeno cíclico, que se ajustaba con relativa facilidad a las necesidades del mercado, y se convirtió en un elemento estructural de la economía francesa.

La decisión de Giscard D'Estaing también tuvo consecuencias en la composición de la población. La comunidad inmigrante de origen musulmán —proveniente de la región del Magreb— comenzó a aumentar, demostrando la dificultad de romper los vínculos entre Francia y sus ex colonias en África. Al mismo tiempo, el mantenimiento del derecho a la reunificación familiar favoreció la llegada masiva de mujeres y niños. Así, la población inmigrante dejó de estar integrada mayoritariamente por trabajadores temporales para convertirse en una comunidad crecientemente diversificada en términos de origen, sexo, religión y edad.

Si bien el tránsito hacia una inmigración permanente en la década de los setenta implicó cambios demográficos importantes, fue durante los años ochenta que el tema migratorio se colocó en el corazón del debate público

francés. En este decenio, la transformación más importante fue de naturaleza política. Al aglutinarse en diversas asociaciones como France Plus y SOS Racisme, los jóvenes inmigrantes de segunda generación se convirtieron en actores políticos organizados y ganaron una visibilidad inédita. El activismo de los inmigrantes se preocupó por defender la igualdad de sus derechos, terminar con la violencia y el racismo y reivindicar el lugar de la inmigración en la memoria colectiva nacional. Al mismo tiempo, los jóvenes desarrollaron lazos de solidaridad e incluso vínculos identitarios específicos, como ocurrió con los llamados *beurs*.

Otro cambio fundamental en esta década fue la llegada al poder del socialista François Mitterrand, en 1981. El triunfo de la izquierda implicó la adopción de una postura más abierta frente a la inmigración: el gobierno de Mitterrand anunció una nueva política basada en el respeto a los derechos humanos y el principio de igualdad entre extranjeros y nacionales; en consecuencia, implementó medidas progresistas como la regularización masiva y otorgó el derecho de asociación a los extranjeros. A partir de entonces, la ideología del partido en el gobierno empezaría a mostrarse como una variable determinante en la configuración de la política migratoria francesa. Así, la inauguración del primer periodo de cohabitación en 1986 significó el endurecimiento de la postura estatal frente a la inmigración. Mientras el presidente Mitterrand procuró diseñar una política pluralista que atendiera las demandas de la población inmigrante, el primer ministro Jacques Chirac definió entre sus prioridades la preservación de la identidad nacional e impulsó una reforma del Código de la Nacionalidad, que buscó eliminar el derecho de suelo.

Las discusiones sobre los criterios y condiciones de acceso a la nacionalidad francesa pusieron de manifiesto que la promesa de la igualdad republicana se limitaba a unos cuantos. El estatus de la mayoría de los jóvenes de segunda generación, por ejemplo, era ambiguo: muchos de ellos eran franceses por nacimiento (por el principio del *ius soli*), pero continuaban siendo vistos como inmigrantes, eran objeto de exclusión y discriminación continuas y se les estigmatizaba como “franceses de papel”. Desde el punto de vista de la derecha, estos jóvenes, en especial aquéllos de origen magrebí, no merecían la nacionalidad pues no eran franceses por convicción, sino a pesar de ellos mismos. Las diferencias culturales desempeñaron un papel muy relevante en las discusiones y el Islam empezó a adquirir un carácter problemático. Aunque la reforma del Código de la Nacionalidad no prosperó, la Comisión de Sabios que se convocó para analizarla determinó que la adquisición de la nacionalidad no podía descansar en criterios automáticos, basando su argumentación en la concepción electiva de la nación de Renan y los principios de la tradición republicana francesa. Es de recalcar cómo estos mismos argumentos han servido en momentos distintos para justificar posturas nacionalistas tanto de izquierda como de derecha.

La evolución del debate en los años ochenta no podría entenderse sin estudiar el ascenso y fortalecimiento de la extrema derecha en Francia, que irrumpió con fuerza en la escena política con la figura de Jean-Marie Le Pen y su partido, el Frente Nacional. El discurso incendiario de Le Pen contribuyó a alimentar la ansiedad de ciertos sectores frente a los supuestos peligros de una inmigración creciente; también introdujo el elemento de la

identidad nacional al debate. El Frente Nacional aglomeró a un buen número de simpatizantes, preocupados por el deterioro económico del país, materializado en recesión y desempleo, y la presunta responsabilidad de los inmigrantes en el problema. Por un lado, la consolidación de la extrema derecha como un actor legítimo dentro del juego democrático se tradujo en la adopción de su ideario xenófobo por parte de un segmento del electorado; por otro, obligó al resto de las fuerzas políticas a adoptar una postura clara frente a los tópicos centrales de su discurso. Como apunta atinadamente Catherine Withol de Wenden, en este decenio la inmigración se convirtió en un objeto de negociación entre partidos y líderes políticos en competencia.⁶³

A principios de los años noventa se registró un cambio en el debate sobre la inmigración que puede resumirse en una palabra: integración. El debate se concentró ahora en los procesos de incorporación de los inmigrantes a la sociedad francesa, pues la creciente pluralidad de la población comenzó a configurarse como el motivo de disputas y conflictos. La diversidad religiosa fue el terreno más problemático, sobre todo con la aparición del Islam en el espacio público. No hay asunto más representativo de esto que la polémica sobre el uso del velo islámico. Las discusiones sobre el tema iniciaron en 1989, luego de que tres niñas de un colegio en Creil se negaron a quitarse el velo, y sus implicaciones se han extendido hasta la actualidad. En opinión de algunos, el Islam se ha convertido en una fuente de ansiedad constante al cuestionar el principio de la *laïcité*, símbolo de la identidad francesa y elemento esencial de la ciudadanía republicana. De ahí

⁶³ “Immigration Policy and the Issue of Nationality”, p. 323.

que distintos actores políticos interpretaran el uso del velo como una muestra de los límites del modelo de integración francés y una amenaza para mantener la cohesión de la comunidad nacional.

La acentuada visibilidad del Islam y su presencia como tema contencioso en el espacio público condujo a una identificación creciente entre inmigración y religión musulmana, hasta volverlas prácticamente equivalentes a ojos de la opinión pública. Esto se tradujo en un aumento de las manifestaciones explícitas de rechazo hacia la población de origen musulmán, con base en creencias como su incapacidad para adaptarse a las normas e instituciones nacionales y la idea de que existía un límite natural a la cantidad de inmigrantes que una sociedad puede soportar. Estas preocupaciones se reforzaron nuevamente tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y siguen vigentes hasta la fecha. Sin embargo, la vinculación es imprecisa porque pierde de vista que muchos de los musulmanes son ya ciudadanos franceses.

Inicialmente, el gobierno respondió a la polémica del velo mediante la creación del Alto Consejo para la Integración, cuya relevancia radica en que consagró los principios del modelo de integración francés en textos oficiales. El Consejo definió la integración como un proceso activo, motivado por la acción individual y la participación en la comunidad nacional. Por otra parte, surgieron los primeros intentos de regulación pública del Islam, por ejemplo, con la creación del Consejo de Reflexión sobre el Islam en Francia (CORIF), en 1991.

En esta década, la preocupación por la migración se expresó en la arena político-institucional mediante dos modificaciones, en sentidos

opuestos, a los criterios de acceso a la nacionalidad francesa, que fueron producto de cambios en la correlación de fuerzas representadas en la Asamblea Nacional. En 1993 se estableció la manifestación de la voluntad como criterio adicional de acceso a la nacionalidad, al exigir que los niños de padres extranjeros nacidos en Francia expresaran su deseo de convertirse en franceses a los 16 años. Esta medida, que fue muy criticada por la izquierda porque rompió con el principio de igualdad en el que se fundamenta el pacto republicano, puede verse como una consecuencia de la identificación creciente entre migración e Islam y las preocupaciones sobre la capacidad, e incluso la voluntad, de integración de los migrantes. En 1998, esta decisión se revirtió por recomendación de la comisión encabezada por el sociólogo Patrick Weil. Con la reinstauración del *ius soli* terminó más de una década de conflicto en torno a la relación entre inmigración y nacionalidad, pero la búsqueda de la integración de los inmigrantes, en especial aquellos de origen musulmán, seguiría siendo la preocupación central de la política migratoria en los primeros años del nuevo siglo.

Durante el siglo XXI se han registrado cambios y continuidades respecto de los desarrollos de décadas anteriores; en términos generales, destaca el avance persistente de las posiciones más restrictivas. Un indicador temprano de esta tendencia fue la victoria de Jean-Marie Le Pen en la primera ronda de la elección presidencial de 2002. Aunque el triunfo de la extrema derecha obedeció a diversos factores —como las divisiones internas en los partidos principales, tanto de izquierda como de derecha, el abstencionismo y la fragmentación del voto—, la presencia del Frente

Nacional en la segunda ronda de la elección demostró la rentabilidad electoral de la inmigración, que se convirtió en un tema obligado para cualquier partido con aspiraciones políticas serias. Además, contribuyó a nutrir la relación entre inmigración y seguridad, vínculo que se había reforzado después de los atentados terroristas del 11 de septiembre.

El fortalecimiento de la extrema derecha impulsó el endurecimiento de la política migratoria. Recién inaugurado como ministro del Interior, Nicolás Sarkozy impulsó cambios en la legislación (Loi 2003-1119 y CESEDA), con miras a restringir la inmigración ilegal, reducir el número de solicitudes de asilo, promover el retorno voluntario y asegurar la integración de los inmigrantes. Este paquete de reformas puede interpretarse como un intento de la derecha por recuperar parte de su electorado: Sarkozy buscó reforzar su imagen como un político activo y atento a las necesidades de la población y convirtió a la inmigración selectiva (*immigration choisie*) en el *leitmotiv* de su discurso.

La integración mantuvo un lugar prioritario en la agenda, especialmente después de los disturbios del otoño de 2005. Las revueltas que estallaron en los suburbios de París representaron un auténtico desgarre del entramado social de la República, al poner en evidencia los límites del modelo francés de integración. La mayoría de los habitantes de los suburbios son de origen inmigrante y enfrentan condiciones de vida precarias: segregación social y espacial, discriminación y desempleo, condiciones muy lejanas a los ideales de igualdad y fraternidad. El estallido repentino del descontento social también tuvo como consecuencia la cristalización de una imagen negativa sobre la inmigración (equiparada

sistemáticamente con la religión musulmana) en la opinión pública, que vinculó los actos de violencia con las consecuencias de una inmigración excesiva y fuera de control.

Estas preocupaciones se manifestaron de manera muy clara durante la campaña presidencial del 2007, en la que la inmigración ocupó un lugar prioritario en la agenda de los candidatos. A la postre, quien lograría capitalizar mejor el tema sería Nicolás Sarkozy, quien promovió un debate sobre la identidad nacional. Sarkozy fundó su discurso en el siempre recurrente y latente ideario republicano, y buscó definir la identidad francesa en oposición a la figura del extranjero que la amenaza. Así, estableció un vínculo entre la preservación de la identidad nacional y el control y restricción de los flujos migratorios, especialmente los de origen musulmán. En la exaltada retórica de Sarkozy, no había antítesis más palpable y perturbadora de los valores de la República que el Islam y los peligros que supuestamente conlleva —por ejemplo, el comunitarismo.

Primero como ministro del Interior y luego como candidato y presidente, Nicolás Sarkozy se empeñó en definir a la inmigración como un problema de identidad, articulando un discurso basado en lo nacional y en preocupaciones de seguridad. Vio en la laxitud de la política migratoria el origen de la decadencia y la crisis de valores por la que atravesaba el país y con ello promovió una imagen negativa sobre la inmigración y el Islam, cuyas consecuencias siguen vigentes hasta la fecha.

Mary Dewhurst Lewis sostiene que Francia ha enfrentado el fenómeno de la inmigración como una República.⁶⁴ Es cierto que el

⁶⁴ Art. cit., p. 232.

fenómeno ha sido abordado sistemáticamente bajo la óptica de los valores republicanos. Con frecuencia, esto ha significado cierto grado de intolerancia a las particularidades culturales de los inmigrantes, frente a italianos y polacos a principios del siglo XX y frente a los musulmanes desde los albores del siglo XXI. Francia se erige como el país de los derechos del hombre y representa una esperanza para los trabajadores inmigrantes porque sus hijos tienen la posibilidad de adquirir la ciudadanía con relativa facilidad. Sin embargo, la promesa de la igualdad republicana para los inmigrantes y sus familias ha sido mermada de manera constante por la discriminación y la xenofobia, expresadas en movimientos políticos reaccionarios y políticas de exclusión. El malestar social visible en Francia en años recientes muestra hasta qué medida esto es cierto. Al final del camino, no ha habido una postura “republicana” única frente a la inmigración; en el transcurso de las últimas décadas, los líderes franceses han implementado políticas migratorias cambiantes, en ocasiones erráticas, que responden a coyunturas económicas, transformaciones sociales y políticas específicas. Los valores fundacionales de la República han sido evocados para justificar casi todas.

BIBLIOGRAFÍA

- s.a., “Nicolas Sarkozy continue de vilipender racailles et voyous”, *Le Monde*, París, Francia, 11 de noviembre de 2005 (Société).
- s.a., “Le projet de loi relatif à l’immigration et à l’intégration: extraits de l’exposé des motifs”, *Politique de l’immigration*, París, La Documentation Française, 2006, (*Regards sur l’actualité* 326), pp. 27-44.
- AMIRAUX, Valérie, “The Headscarf Question: What is Really the Issue?”, en S. Amghar, A. Boubekeur y M. Emerson (ed.), *European Islam. Challenges for Society and Public Policy*, Bruselas, Center for European Policy Studies, 2007, pp. 124-143.
- BALIBAR, Étienne e Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe: les identités ambiguës*, París, La Découverte, 1988.
- BAUBÉROT, Jean, *La Laïcité. Quel héritage de 1789 à nos jours?*, Ginebra, Labor et Fides, 1990.
- BAUDOUIN, Jean y Philippe Portier, “La laïcité française. Approche d’une métamorphose” en *La laïcité, une valeur d’aujourd’hui? Contestations et renégociations du modèle français*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001, pp. 15-34.
- BERTOSSI, Christophe, *French and British Models of Integration. Public Philosophies, Policies and State Institutions*, Oxford, University Press, 2007, (*Working Paper No. 46*).

- _____, “Les Musulmans, La France, L’Europe: contre quelques faux semblantes en matière d’intégration”, *Migrations et citoyenneté en Europe*, Friedrich Ebert Stiftung, 2007.
- BONNAFOUS, Simone, *L’immigration prise aux mots. Les immigrés dans la presse au tournant des années 80*, Paris, Kimé, 1991.
- BOUSHABA, Zouhir, *Être Algérien hier, aujourd’hui et demain*, Alger, Éditions Mimouni, 1992.
- BOWEN, John R., “The Republic and the Veil”, en Edward Berenson, Vincent Duclert y Christophe Prochasson (eds.), *The French Republic. History, Values, Debates*, Nueva York, Cornell University Press, 2011, pp. 272-277.
- _____, “Why did the French Rally to a Law Against Scarves in Schools?”, *Droit et Société*, 68 (2008), pp. 35-43.
- BOYER, Henri, “Tchador, les mots de l’affaire”, *Revue MScope*, 4 (1993), pp. 67-72.
- BRAUDEL, Fernand, *L’identité de la France*, Paris, Flammarion, 1986.
- BRENNER, Emmanuel (ed.), *Les territoires perdus de la République*, Paris, Mille et une nuits, 2002.
- BROUARD, Sylvain y Vicent Tiberj, *Les tensions autour de l’immigration dans l’opinion: crispation et polarisation. Le baromètre politique français*, Paris, Centre de Recherches Politiques de Sciences Po (CEVIPOF), 2006.
- BRUBAKER, Rogers, “Immigration, Citizenship, and the Nation-State in France and Germany: A Comparative Historical Analysis” en Anthony M. Messina y Gallya Lahav, *The Migration Reader. Exploring Politics and Policies*, Londres, Lynne Rienner Publishers, 2006.

- BRUNNERIE-KOFFMANN, Joelle, véase Tourraine, Alain.
- COLLOVALD, Annie, “Des désordres sociaux à la violence urbaine”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 136 (2001), pp.104-113.
- COSTA-LASCOUX, Jacqueline, *De l’immigré au citoyen. Notes et études documentaires*, Paris, La Documentation Française, 1989.
- _____, “Droits des immigrés, droits de l’homme et politique d’immigration”, *Regards sur l’actualité*, 113 (1985), pp.20-33.
- DEBRAY, Régis, véase Finkielkraut, Alain.
- DECHKUMHANG, Sumanya, *L’immigration en France: les politiques d’immigration et d’intégration des années 1980 à nos jours*, (Mémoire de fin d’études), Utrecht, University Press, 2007.
- DE GALEMBERT, Claire, “La gestion publique de l’islam en France et en Allemagne. De l’improvisation de pratiques *in situ* a l’amorce d’un processus de régulation nationale”, *La revue internationale et stratégique*, 52 (2003), pp. 67-78.
- DE GALAMBERT, Claire, “Le voile en procès” (Présentation du numéro), *Droit et Société*, 68 (2008), pp. 11-31.
- DÉSIR, Harlem, véase Tourraine, Alain.
- DEWHURST LEWIS, Mary, “Immigration”, en Edward Berenson, Vincent Duclert y Christophe Prochasson (eds.), *The French Republic. History, Values, Debates*, Nueva York, Cornell University Press, 2011, pp. 232-241.
- DUCHESNE, Sophie, *Citoyenneté à la française*, Paris, Presses de Sciences Po, 1997.
- DUCLERT, Vincent, *L’Affaire Dreyfus*, Paris, La Découverte, 2006.

- DUHAMEL, Olivier, y Jean-Noël Jeanneney, *Présidentielles, les surprises de l'histoire. 1965-1995*, París, Seuil, 2002.
- DUMONT, René, véase Tourraine, Alain.
- FASSIN, Didier, *Les nouvelles frontières de la société française*, París, La Découverte, 2010.
- FAVELL, Adrian, *Philosophies of Integration. Immigration and the Idea of Citizenship in France and Britain*, Nueva York, Palgrave, 2001.
- FELDBLUM, Miriam, *Reconstructing Citizenship. The Politics of Nationality Reform and Immigration in Contemporary France*, Nueva York, State University of New York Press, 1999.
- FOUQUET, Olivier y Jean-Claude Mallet (relatores), *Être français aujourd'hui et demain. Rapport de la Commission de la nationalité présenté par M. Marceau Long au Premier Ministre*, París, Unión générale d'éditions, 1988.
- FRONT NATIONAL, *Pour un avenir français. Le programme du gouvernement du Front National*, París, Editions Geoffrey de Bouillon, 2001.
- FUENTES, Carlos, "Viva el socialismo. Pero... (2)", *Reforma*, México, D.F., 15 de mayo de 2012 (Opinión).
- GASTAUT, Yvan, *Le métissage par le foot, mais jusqu'ou ?*, París, Éditions Autrement, 2008.
- _____, *L'immigration et l'opinion en France sous la V^e République*, París, Seuil, 2000.
- GEDDES, Andrew, "France: Still the One and Indivisible Republic?", *The Politics of Migration and Immigration in Europe*, Londres, Sage, 2003, pp. 52-78.

- GIORDAN, Henri, *Démocratie culturelle et droit à la différence. Rapport présenté à Jack Lang, Ministre de la Culture*, Paris, La Documentation Française, 1982.
- GIRARD, Alain y Jean Stoetzel, *Français et immigrés*, Paris, Presses Universitaires de France, 1953.
- GREEN, Nancy L., “The Immigration History Museum”, en Edward Berenson, Vincent Duclert y Christophe Prochasson (eds.), *The French Republic. History, Values, Debates*, Nueva York, Cornell University Press, 2011, pp. 242-251.
- GUIRAUDON, Virginie, “L’intégration des immigrés ou la politique de l’ésquive. Réformer sans changer de modèle?” en Pepper D. Culpepper, Peter A. Hall, Bruno Palier, *La France en mutation 1980-2005*, Paris, Presses de Sciences Po, 2006, pp. 265-299.
- GUYOTAT, Régis, “Le débat sur l’immigration. Le maire de Paris : Il y a overdose”, *Le Monde*, Paris, Francia, 21 de junio de 1991.
- HAUT CONSEIL A L’INTÉGRATION, *Liens Culturels et Intégration*, Paris, La Documentation Française, 1995.
- _____, *L’Islam dans la République*, Paris, La Documentation Française, 2000.
- _____, *Pour un modèle français d’intégration*, Paris, La Documentation Française, 1991.
- HERVIEU-LÉGER, Daniëlle, “El pasado en el presente: una nueva definición de la *laïcité* en la Francia multicultural”, en Peter L. Berger (ed.), *Los límites de la cohesión social: conflicto y mediación en las sociedades pluralistas*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1999, pp.77-134.

- HOFFMANN, Stanley, “Thoughts on the French Nation Today”, *Daedalus*, 122 (1993), pp.63-79.
- HOLLIFIELD, James, “France: Republicanism and the Limits of Immigration Control” en Wayne A. Cornelius, Philip L. Martin *et al.*, *Controlling Immigration. A Global Perspective*, Stanford, University Press, 2004, pp.183-214.
- HORNE, Alistair, *The Fall of Paris. The Siege and the Commune 1870-1871*, Londres, Penguin, 1990.
- JEANNENEY, Jean-Noël, véase Duhamel, Olivier.
- KASTORYANO, Riva, *Negotiating Identities. States and Immigrants in France and Germany*, Princeton, University Press, 2002.
- KENNEDY-BRENNER, Carliene, *Les travailleurs étrangers et les politiques d’immigration. Le cas de la France*, París, OCDE, 1979.
- LOCHAK, Danièle, “La loi du 24 juillet 2006 relative à l’immigration et à l’intégration”, *Politique de l’immigration, (Regards sur l’actualité 326)*.
- MALLET, Jean-Claude, véase Fouquet, Olivier.
- MARTHALER, Sally, “Nicolas Sarkozy and the Politics of French Immigration Policy”, *Journal of European Public Policy*, 15 (2008), pp. 382-397.
- MARTIN, Pierre, “L’élection présidentielle et les élections législatives françaises de 2002”, *French Politics, Culture and Society*, 21, (2003), pp. 16-25.
- MAUCO, Georges, *Les étrangers en France*, París, Armand Colin, 1932.
- MESTIRI, Ezzedine, *L’immigration*, París, La Découverte, 1990.
- MIGUET, Arnaud, “The French Elections of 2002: After the Earthquake, the Deluge”, *West European Politics*, 25 (2002), pp.207-220.

- NOIREL, Gérard, *À quoi sert l'identité nationale*, Paris, Agone, 2007.
- _____, *Atlas de l'immigration en France*, Paris, Éditions Autrement, 2002.
- _____, *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIXe-XXe siècle*, Le Seuil, Paris, 2006
- _____, “Socio-histoire d'un concept. Les usages du mot nationalité au XIXe siècle”, *Genèses*, 20 (1995), pp. 4-23.
- NORA, Pierre y Mona Ozouf, *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984-1992 (3 volúmenes).
- PARODI, Jean-Luc, (dir.), *Institutions et vie politique sous la Ve République*, Paris, La Documentation Française, 2003.
- PEROTTI, Antonio, *L'immigration en France depuis 1900*, Paris, CIEMI, 1985.
- PERRAULT, Gilles, véase Touraine, Alain.
- PERRINEAU, Pascal, “La surprise lepéniste et sa suite législative” en P. Perrineau y Colette Ysmal (eds.), *Le vote de tous les refus. Les élections présidentielle et législatives de 2002*, Paris, Presses de Sciences Po, 2003, pp.199-222.
- REA, Andrea y Maryse Triper, *Sociologie de l'immigration*, Paris, La Découverte, 2008, (*Repères*, 364).
- RENAN, Ernest, *Qu'est-ce qu'une nation? Et autres essais politiques*, Joël Roman (ed.), Paris, Pocket, 1992.
- REY, Henry, “El surgimiento del nacional-populismo en Francia: el caso del Frente Nacional”, *Foro Internacional*, 37 (1997), pp. 115-125.
- RHEIN, Brun J., *La ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan, 1998.

- SAFRAN, William, “State, Nation, National Identity and Citizenship: France as a Test Case”, *International Political Science Review*, 12 (1991), pp. 219-238.
- SCHNAPPER, Dominique, *La France de l'intégration. Sociologie de la nation en 1990*, Paris, Gallimard, 1991.
- _____, *L'Europe des immigrés: essai sur les politiques d'immigration*, Paris, Bourin, 1992.
- SCHAIN, Martin A., *The Politics of Immigration in France, Britain and the United States. A Comparative Study*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.
- SHIELDS, J.G., *The Extreme Right in France. From Pétain to Le Pen*, Nueva York, Routledge, 2007.
- SIBLOT, Paul, “ Ah! Qu'en termes voilés ces choses-la sont mises”, *Mots. Les langages du politique*, 30 (1992), pp. 5-17.
- SILVERMAN, Maxim, *Deconstructing the Nation. Immigration, Racism and Citizenship in Modern France*, Londres, Routledge, 1992.
- SINGER-KEREL, Jeanne, “Protection de la main-d'œuvre en temps de crise. Le précédent des années trente”, *Revue européenne de migrations internationales*, 5 (1989). pp. 7-27.
- STOETZEL, Jean, véase Girard, Alain.
- TERRAL, Hervé, *L'école de la République. Une anthologie (1878-1940)*, Paris, EHESS, 1999.
- TIBERJ, Vicent, véase Brouard, Sylvain.
- TOURAINÉ, Alain, Harlem Désir, Gilles Perrault, René Dumont y Joelle Brunnerie-Kauffmann, “Pour une laïcité ouverte”, *Politix*, 1989, pp.9-15.

- TRIBALAT, Michèle, *De l'immigration à l'assimilation. Enquête sur les populations d'origine étrangère en France*, París, La Découverte, 1996.
- TRIPER, Maryse, véase Rea, Andrea.
- VIGUIER, Frédéric, “The Suburbs”, en Edward Berenson, Vincent Duclert y Christophe Prochasson (eds.), *The French Republic. History, Values, Debates*, Nueva York, Cornell University Press, 2011, pp. 262-271.
- WALLERSTEIN, Immanuel, véase, Balibar, Étienne.
- WEBER, Eugen, *Peasants into Frenchman: The Modernization of Rural France (1870-1914)*, Stanford, University Press, 1976.
- WEIL, Patrick, *Être français. Les quatre piliers de la nationalité*, París, L'Aube, 2011.
- _____, *La France et ses étrangers. L'aventure d'une politique d'immigration de 1938 à nos jours*, París, Gallimard, 2005.
- _____, “L'Histoire de la Nationalité Française: Une Leçon pour l'Europe”, en P. Weil y Randall Hansen, *Nationalité et Citoyenneté en Europe*, París, La Découverte, 1999, pp.9-27.
- _____, *Qu'est-ce qu'un Français? Histoire de la nationalité française depuis la Révolution*, París, Gallimard, 2005.
- WEILER, Hans N., “Las políticas de reforma y no reforma en la educación francesa”, *Revista de Educación*, 289 (1989), pp. 129-143.
- WIEVIORKA, Michel, “Immigration and the Nation” en Lawrence D. Kritzman (ed.), *The Columbia History of Twentieth-Century French Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 262-265.

WITHOL DE WENDEN, Catherine, *Citoyenneté, nationalité et immigration*,
Paris, Arcantère, 1987.

___, "Immigration Policy and the Issue of Nationality", *Ethnic and Racial
Studies*, 14 (1991), pp. 319-332.

___, *Les immigrés et la politique*, Paris, Presses de Sciences Po, 1988.

___, "L'immigration, objet du débat politique", *Confluences Méditerranée*, 14
(1995), pp. 73-79.

DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS

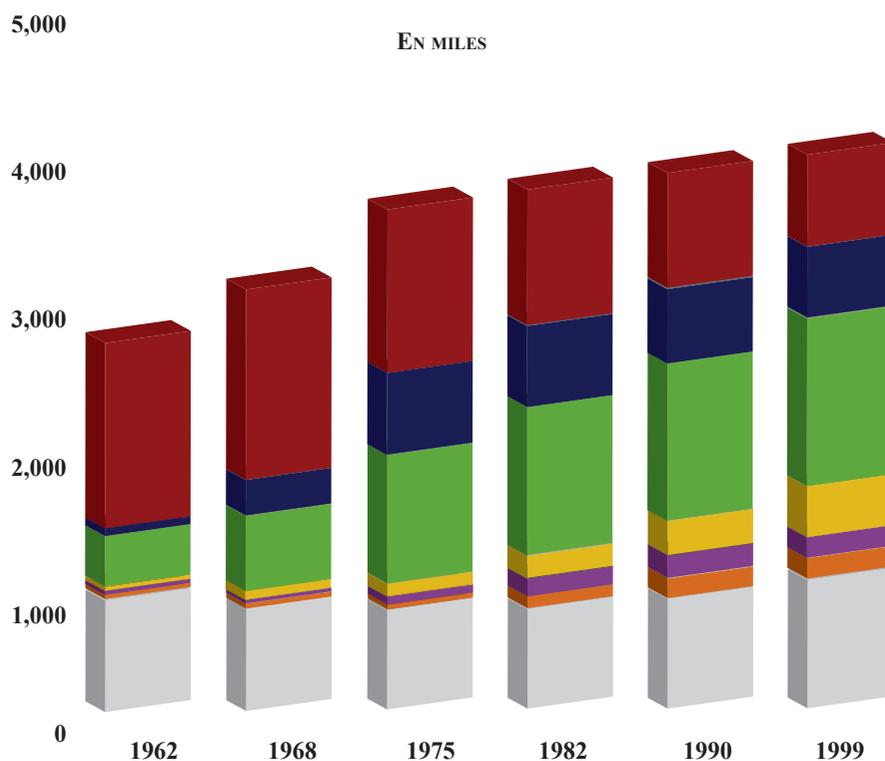
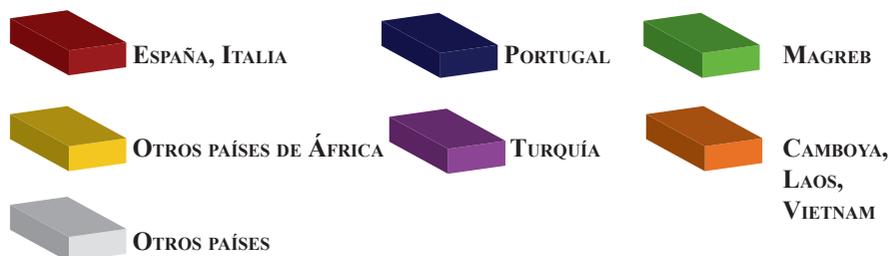
- BLANC-CHALÉARD, Marie-Claude, Geneviève Dreyfus-Armand, Nancy L. Green, Gérard Noiriel, Patrick Simon, Vincent Viet y Marie-Christine Volovitch-Tavarès, *Immigration et identité nationale: une association inacceptable*, París, 18 de mayo de 2007. Disponible en: <http://www.asti.lu/migrations/migrations-dans-le-monde/immigration-et-identite-nationale-une-association-inacceptable/>
- DE COULANGES, Fustel, *L'Alsace est-elle allemande ou française? Réponse a M. Mommsen, professeur à Berlin*, París, 27 de octubre de 1870. Disponible en: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5442701h>
- FINKIELKRAUT, Alain, Régis Debray, Elisabeth Badinter, Elisabeth de Fontenay y Catherine Kintzler, “Profs, ne capitulons pas!”, *Le Nouvel Observateur*, 2 de noviembre de 1989. Disponible en: <http://www.mediapart.fr/files/Badinter.pdf>
- PANASSIER, Catherine, *Les Minguettes, avril 1981 : grève de la faim contre la double peine*, Millénaire, Le Centre des Ressources Prospectives du Grand Lyon, 2008. Disponible en: http://www.millenaire3.com/uploads/tx_ressm3/Minguettes_1981.pdf
- REYNIERS, Alain, “Gypsy Population and their Movement Within Central and Eastern Europe Towards Some OECD Countries”. Disponible en: http://halshs.archivesouvertes.fr/docs/00/08/93/89/PDF/Reyniers_1995_OCDE.pdf

I. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN INMIGRANTE POR PAÍS DE ORIGEN (1962 - 1999)

País de origen	1962	1968	1975	1982	1990	1999	
	en %	efectivos					
Europa	78.7	76.4	67.1	57.3	50.4	45.0	1'934,144
España	8.0	21.0	15.2	11.7	9.5	7.4	316,232
Italia	31.7	23.8	17.2	14.1	11.6	8.8	378,649
Portugal	2.0	8.8	16.8	15.8	14.4	13.3	571,874
Polonia	9.5	6.7	4.8	3.9	3.4	2.3	98,571
Otros países de Europa	17.5	16.1	13.1	11.8	11.5	13.2	568,818
África	14.9	19.9	28.0	33.2	35.9	39.3	1'691,562
Argelia	11.6	11.7	14.3	14.8	13.3	13.4	574,208
Marruecos	1.1	3.3	6.6	9.1	11.0	12.1	522,504
Túnez	1.5	3.5	4.7	5.0	5.0	4.7	201,561
Otros países de África	0.7	1.4	2.4	4.3	6.6	9.1	393,289
Asia	2.4	2.5	3.6	7.9	11.4	12.7	549,994
Turquía	1.4	1.3	1.9	3.0	4.0	4.0	174,160
Camboya, Laos y Vietnam	0.4	0.6	0.7	3.0	3.7	3.7	159,750
Otros países de Asia	0.6	0.6	1.0	1.9	3.7	5.0	216,084
América, Oceanía	3.2	1.1	1.3	1.6	2.3	3.0	130,394
No declarados	0.8	0.1	-	-	-	-	-
Efectivos	2'861,280	3'281,060	3'887,460	4'037,036	4'165,952	4'306,094	4'306,094

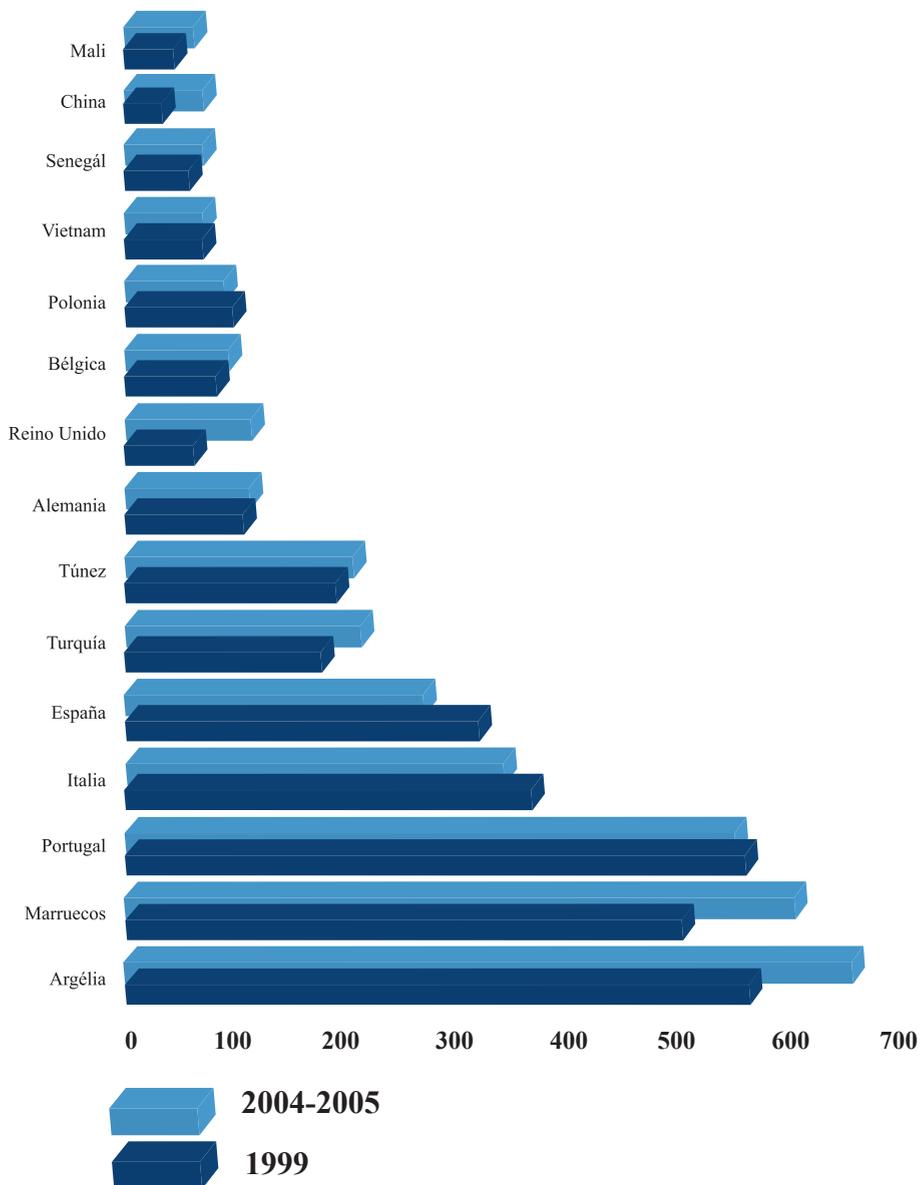
Fuente: Insee, *Recensements de la population, 1962-1999*.

II. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN INMIGRANTE POR PAÍS DE ORIGEN 1962-1999



Fuente: *Insee, Recensements de la population, 1962-1999.*

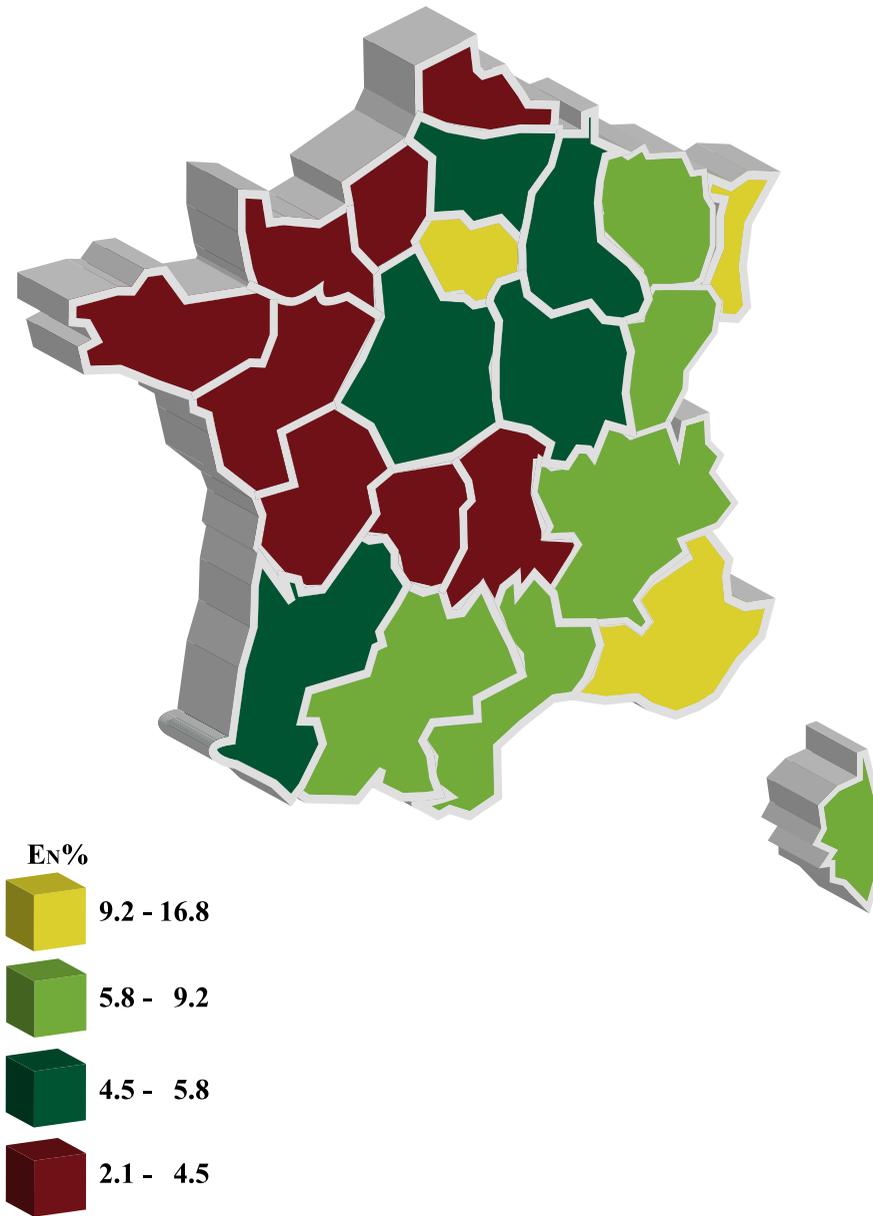
III. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN INMIGRANTE POR PAÍS DE ORIGEN EN 1999 Y 2004-2005



(En miles)

Fuente: Insee, recensement de 1999 et enquetes annuelles de recensement de 2004 et 2005.

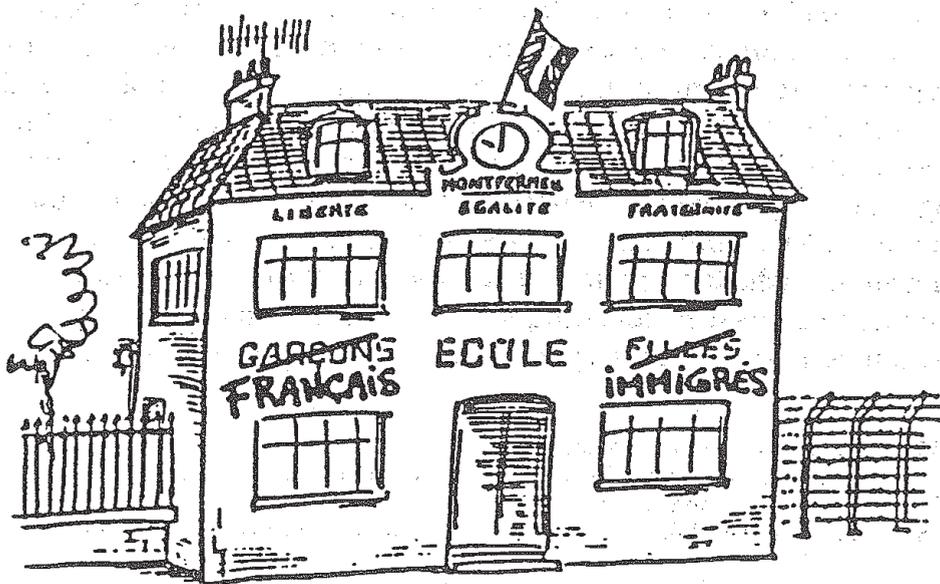
IV. CONCENTRACIÓN DE LA POBLACIÓN INMIGRANTE POR REGIÓN 2004-2005



FUENTE: INSEE, ENQUÊTES ANNUELLES DE RECENSEMENT DE 2004 ET 2005.

V. INMIGRACIÓN E INTEGRACIÓN

A. CRTONES DE LAS CARICATURAS JEAN-FRANÇOIS BATELLIER Y JEAN PLANTUREUX



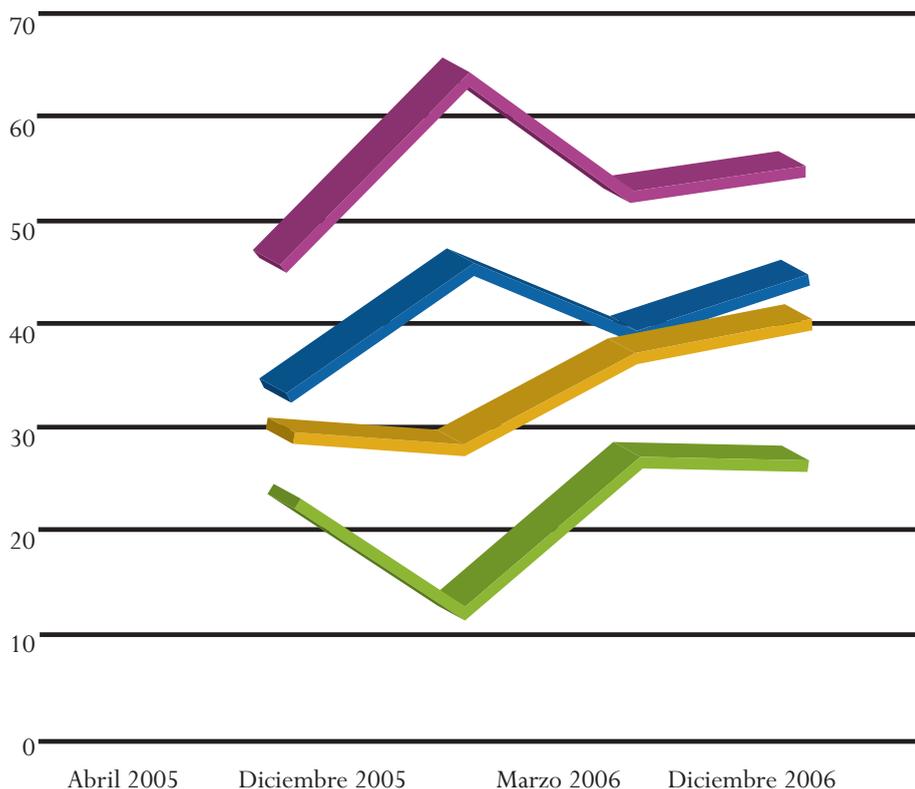
BATELLIER, Le Monde, 24 de octubre de 1989.



PLANTU, l' Express, 20 de mayo de 1993.

VI. INMIGRACIÓN Y OPINIÓN PÚBLICA

A. EVOLUCIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA EN RELACIÓN CON LA INMIGRACIÓN, LA PENA DE MUERTE, EL FINANCIAMIENTO PÚBLICO DE MEZQUITAS Y EL SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD 2005-2006 (%)



- Porcentaje de la población que está de acuerdo con las siguientes afirmaciones: Hay demasiados inmigrantes.
- Se debe reestablecer la pena de muerte.
- El Estado debe financiar la construcción de mezquitas.
- Uno no se siente seguro en ninguna parte.

Fuente: Sylvain Brouard y Vicent Tiberj, *Les tensions autour de l'immigration dans l'opinion: crispation et polarisation. Le baromètre politique français, Paris, CEVIPOF, 2006. Muestra: 5,600 personas.*

B. EVOLUCIÓN DEL PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN QUE SE SIENTE AMENAZADA POR DISTINTOS GRUPOS DE INMIGRANTES 2005-2006

Inmigración	Abril 2005	Diciembre 2006	Evolución
De Asia	27%	38%	+11
De África subsahariana	25%	40%	+15
De Europa del Este	41%	51%	+10
Del Magreb	35%	48%	+13
Todas las anteriores	32%	44%	+12

Fuente: *Sylvain Brouard y Vicent Tiberj, Les tensions autour de l'immigration dans l'opinion: crispation et polarisation. Le baromètre politique français, Paris, CEVIPOF, 2006.*

Muestra: 5,600 personas.

C. EVOLUCIÓN DE LAS PERCEPCIONES SOBRE LA INMIGRACIÓN COMO UNA AMENAZA 2005-2006

Inmigración	Abril 2005		Diciembre 2006		Evolución	
	Demasiados inmigrantes	No demasiados inmigrantes	Demasiados inmigrantes	No demasiados inmigrantes	Demasiados inmigrantes	No demasiados inmigrantes
De Asia	45%	11%	57%	17%	+12	+6
De África subsahariana	43%	10%	57%	17%	+14	+7
De Europa del Este	63%	22%	65%	31%	+2	+9
Del Magreb	62%	12%	73%	19%	+11	+7
Todas las anteriores	53%	14%	63%	21%	+10	+7

Fuente: *Sylvain Brouard y Vicent Tiberj, Les tensions autour de l'immigration dans l'opinion: crispation et polarisation. Le baromètre politique français, Paris, CEVIPOF, 2006.*

Muestra: 5,600 personas.